



LA HUELLA INSONDABLE

JESÚS TORRES RIVERO



Usted puede navegar en el libro de la siguiente manera:

Para pasar las páginas – Colocar el cursor del ratón sobre las esquinas de las paginas y hacer clic

Para ampliar las páginas – Hacer doble clic en la pagina que desea aumentar de tamaño

Para minimizar la pantalla de la aplicación – Presione la tecla ESCAPE (ESC)

JESÚS TORRES RIVERO

LA HUELLA INSONDABLE

SIBIUDO

LA HUELLA INSONDABLE

Producido por el Sistema de Bibliotecas de la Universidad de Oriente SIBIUDO

Derecho reservados © 2018 Fondo Editorial De la Universidad de Oriente

Depósito Legal:

Corrección de textos y estilo:

El Autor

Composición y diagramación digital:

Lcdo. Marcos Ramírez

Diseño de portada:

El Autor

LA HUELLA INSONDABLE

Presentación del profesor Jesús Alberto Castillo

PRESENTACIÓN

A primera vista, Jesús Torres Rivero, el irreverente hijo del barrio de San Francisco de Cumaná, se nos presenta inaccesible con su propia pluma. La imaginación literaria que siempre lo ha acompañado rompe el tiempo y espacio de la literatura convencional, para introducirnos en un universo de rituales dentro de un amplio legajo cultural. De forma amena escudriña, nos pone en compañía del Caballero de la Triste Figura y de otros personajes de Cervantes para explicar un comportamiento, una mentalidad. Su amplia racionalidad transita palmo a palmo actitudes inmersas en la cultura hispánica que han quedado perennes en nuestra cotidianidad. Historia, poesía, vivencia y narrativa es reflejo de un hombre que ha llevado siempre la pasión de la literatura al fragor de la experiencia citadina y cotidiana.

Al ritmo de la “huella insondable” el autor va dibujando un surco que se nos presenta insoslayable para acercarse al devenir histórico de nuestros pueblos, ansiosos de esperanzas, anclados necesariamente en la perdurable imagen de aquella cultura ibérica. Es ésta una creación literaria plena de realismo mágico, drama, sudor, humor, seducción y picardía, que nos sitúa en quinientos años de mestizaje, caracterizado por el cautivador encanto de lo que fue inexorable aventura y encuentro de las tres culturas: indígena, hispánica y africana. Conjunción que marca la piel y el espíritu de nuestra civilización. Esta América colombina, edén seductor de utopistas europeos es cromatismo étnico y cultural que irradia conjunción de mitos, leyendas, cuentos y anécdotas que, con el paso del tiempo han ido moldeando nuestro modo de vida, que es decir nuestra propia cultura, de muchas generaciones que la han ido esculpiendo con sangre y poesía hacia nuevos senderos y horizontes.

Uno se sumerge en esta escritura para descubrir que su texto conduce más allá del hidalgo caballero y del fiel escudero. Cualquiera podría pensar que encierra una apología a Miguel de Cervantes Saavedra. ¡Nada de eso! Va más allá.

Con peculiar y refinado estilo, Torres Rivero deja claro que la “huella insondable” es una inocultable imaginación por reivindicar, por una parte, la muy rica cultura del humor cervantino que ha perdurado en nuestros pueblos y que, además, ha ayudado a elevar nuestro estado anímico en coyunturas especiales de la vida, por muy amargo que haya sido el momento; y por otra, a nuestro costado indígena y africano. Y el inicio de su ensayo es una pregunta para que nuestro interés se enganche a la narración: “¿Cómo es eso de Cervantes y los quinientos años, si él nació casi un siglo después de la llegada de Colón a esta ‘tierra de gracia’?”.

Para situarnos en los siglos XVI y comienzos del XVII, expone sucintamente la realidad de la España absolutista y decadente frente a la miseria degradante del pueblo. O parafraseando a Marx diríamos, esa sociedad anclada en sus propias contradicciones, donde “la nobleza e iglesia, junto con el monarca” mantenían al pueblo en el más cruento oscurantismo. Pero a pesar de esto, la picardía y el humor

brotaban, de manera espontánea, de los más genuinos sentimientos y expresiones del individuo, porque su alma se rebelaba contra el estatus quo de esa época y hacía que de aquella sociedad aflorara todo su potencial literario y poético en demostración de heroísmo frente la santa inquisición.

La destreza del autor ha de adentrarnos en un complejo mundo impregnado de hidalguía caballeresca y cruentas escenas, en fábulas y leyendas, en la que podrán vislumbrarse siempre la “huella insondable”, para descubrir al heraldo perenne de aquellos españoles que llegaron a nuestro continente entre los siglos XV y XVII, protagonistas del proceso de conquista y mestizaje. En ellos la magia, picardía y humor de personajes cervantinos estuvieron presentes y nos ayudan a entender rituales que permanecen intactos en nuestra sociedad. América se llenó de la magia de Cervantes, de la de los romances y de la de la novela picaresca con el relato en primera persona, nueva estirpe literaria del truhán. Todas ellas dejaron una herencia político-cultural en nuestro Continente, en especial, la lengua castellana, sin que se subestimen las manifestaciones culturales de nuestros antepasados americanos ni el agregado africano, pues todas hicieron posible -dentro de un inconsciente colectivo- nuestra peculiar actitud y comportamiento en el amplio contexto histórico-social de nuestros pueblos. De allí derivarán desde el individualismo caudillista hasta múltiples ritualidades políticas y religiosas que socialmente nos definen.

Así, deléitese el lector con cada uno de los pasajes de esta obra, que no por breve deja de ser muy importante y que podría definirse como socio-política; ensayo este pleno de historia, pasión y humor, que invita a que la herencia cultural inmersa en nuestro inconsciente colectivo, después de quinientos años, definitivamente la asumamos -sin complejos- de manera consciente.

Jesús Alberto Castillo
Político y Periodista

AGRADECIMIENTO:

A Gustavo Luis Carrera, quien leyó los iniciales textos de este trabajo y me alentó para que lo concluyera.

DEDICATORIA:

A los mestizos de nuestro Continente, descendientes irreprochables de todos aquellos magníficos aventureros -indistintamente de su clase, sexo o religión- que no merecen nuestras críticas moralistas, sino una cada vez mayor admiración.

UN ESPECIAL RECUERDO:

Para mi fraterno amigo David Alizo, con quien inicié el conocimiento de la mitología con su magia y sus misterios, y para Jean Marc Sellier de Civrieux, siempre presentes en mi recuerdo las imágenes de aquellas inolvidables tenidas sobre literatura, historia y poesía, escanciando noches y amaneceres en copas de vino rubí y escuchando maravillosas canciones populares de países del Sur, fija aún la mirada en la raya de la península que flota entre cirios celestes y la ardentía de las ondas.

Porque

*Sólo mirándolas al revés
se ven bien las cosas de este mundo
Gracián.*

PROLOGO

Originalidad analítica y elegancia estilística

Jesús Torres Rivero y *La huella insondable*

Gustavo Luis Carrera

Si se acepta que cultura es todo lo que no es naturaleza, se ve fácilmente que tal concepto sólo es válido en el campo referencial de la capacidad humana para fabricar e inventar. Porque hay facultades naturales que devienen en cultura, y en grado sumo. Vale al respecto el caso de la lengua: el acto natural de emitir sonidos guturales y de identificar sentidos en los más elementales sistemas de comunicación, se convierte en la magnífica obra de cultura que es una lengua, un idioma. Y seguramente esto sirve de alerta para convenir que una cultura es la suma proteica de lo natural y de lo creado por acción humana.

¿No valen estas precauciones cuando se pretende hablar de una identidad y de una cultura nacional? Y en seguida surge la pregunta clave (o cimera): ¿qué raíces esenciales nutren la savia que singulariza el árbol en constante crecimiento que es nuestra cultura? Ya es habitual la respuesta: somos un mestizaje del indígena originario, el español venido de repente y el negro sobrevenido. Dentro de esta tríada raramente se considera, en particular, la raíz hispánica. ¿Es que se da por un hecho primario que no necesita determinación precisa, o es un prejuicio que sigue obsesionado por la imagen del conquistador sanguinario?

Desde hace mucho se ha hablado de una Leyenda Negra y de una Leyenda Dorada en cuanto al proceso de descubrimiento o encuentro, de conquista o dominación y de colonización o sujeción de las Indias Occidentales. La primera, negativa y condenatoria, pretende presentar como cruel e inhumano, hasta el extremo, dicho proceso. La segunda, intenta hacer relativos los excesos e inclusive destacar aspectos y circunstancias positivos, justamente por tratarse de la índole abierta y gregaria de la esencia hispánica. Quizás la Leyenda no es Negra ni Dorada, sino del color matizado de la carne humana y gris como es el tiempo en la dimensión histórica. El hombre ha sido, es y será una confusa amalgama de mitos y de ambiciones; y el tiempo histórico es un hierro candente que impone una marca tan inconsciente como inevitable.

En todo caso, como se dice con propiedad analítica: hechas las digresiones introductorias, ha de irse al tema específico de esta ocasión. Se trata de un libro que genera líneas de percepción y de meditación totalmente inusitadas. Justamente la interrogante relativa a la presencia decisiva de lo hispánico en la simbiosis formativa de nuestra cultura originaria es la que aborda el destacado y consecuente narrador y ensayista cumanés, Jesús Torres Rivero, en *La huella insondable* (Edición de la Asociación de Profesores de la Universidad de Oriente, Cumaná, 2007).

La hipótesis investigativa

Lo particular es la originalidad esencial de este detenido y bien nutrido de fuentes (quizás demasiadas) proceso investigativo, que osa preguntarse cómo era el espíritu hispánico de la época de la Conquista de estas benditas (¿lo siguen siendo?) tierras americanas, y en particular de un divagante territorio que habría de ser bautizado al itálico modo como Venezuela. Pero, sobre todo, y esto es lo ostensiblemente original de esta obra, intentar sólida y convincente respuesta a una enjundiosa pregunta dual: ¿cómo era la literatura académica y la literatura popular en la España del tiempo de su irrupción (¿descubrimiento o topetazo?) en las míticas y espejeantes Indias Occidentales?

Quizás la más inteligente y sutil singularidad de este libro es la de haberse planteado (¿por primera vez?) cuál era la España que se implantó en tierras americanas. Pero, esta España no es buscada en sus rostros históricos, económicos o políticos. La España que se solicita y se encuentra es la que vive y vibra en la lengua y en los usos, costumbres y formas tradicionales de pensar y de fabular. Es decir, a fin de cuentas una España popular; porque del pueblo —y hasta del pueblo fuera de la ley-- venían los conquistadores-fundadores. Dicho de otro modo: Jesús Torres Rivero se pregunta cómo eran los españoles que efectivamente hicieron siembra en nuestros antecedentes étnicos y culturales; todo ello como germen de una inigualable y esplendente creatividad mestiza.

Y en consideración de lo anterior, ¿no es lógico que nuestro autor se fuera a las figuras cimeras de ambos mundos: en las letras impresas al maestro de caracteres, Cervantes; y en la oralidad popular al maestro en urdir trapacerías, Pedro de Urdemalas? Pero, aún hay más. Y ello revela hasta qué punto fue atinada la escogencia: los soldados de la Conquista venían de los estratos populares más bajos, tal como eran su fabla y su bagaje mítico. Pues bien, resulta que Cervantes fue soldado, en contacto con esta dimensión cultural específica; y como se sabe, también fue preso, en los baños de Argel, donde, sin duda reforzó dichos ámbitos del decir y el pensar. Y de Pedro de Urdemalas, ni se diga: era considerado —y lo sigue siendo-- quizás el personaje más representativo de la astucia popular española para hablar y hacer en pro de su supervivencia. Así, Cervantes, o mejor aún, el Quijote y Pedro de Urdemalas se complementan, equiparándose, para lograr la imagen más próxima, no ya a la esencia hispánica de la época (¿de todas las épocas?), lo cual es indiscutible, sino a la estructura cultural que sirve de apoyo a la tesis de Jesús Torres Rivero.

Sin duda, es del caso añadir dos o tres cosas a propósito de ambos personajes. Decir El Quijote, es decir la literatura moderna en lengua española, enraizada en sus dos vertientes, allí personificadas: el saber hidalgo y poético de Don Quijote y la filosofía pragmática y vivencial de Sancho: integridad de lo hispánico. Símbolo significativo que nos arropa literaria y emocionalmente como una fuente primigenia. Y decir Pedro de Urdemalas es decir el pueblo español. Pero, ¿sólo español? He podido detectar su presencia en la tradición popular actual del conjunto de los países hispanoamericanos, e inclusive en los Estados Unidos, en Nuevo México. Siendo el caso venezolano, por mi experiencia investigativa, uno de los más notables de conservación nacional del personaje, en una diversidad de apelativos, donde predomina el de Pedro Rímales (cambiando de nombre como de ropaje; pero conservando siempre su mismo cuerpo, de huesos astutos y carnes

fangidoras; tal como tuve ocasión de dejar registrado en trabajo todavía inédito). En fin, que suscribo la proposición de que nuestra lengua y nuestro mundo anímico y mítico son, al origen, el espejo de dos rostros patriarcales, cada uno en su anaquel de la misma biblioteca cultural: Don Quijote y Pedro de Urdemalas. (Por cierto, esta determinación de nuestras fuentes idiomáticas y anímicas en figuras modélicas para nada inmovibles, sino aptas para la adaptación evolutiva con las exigencias de los tiempos y las sumas integradoras de otras fuentes, que detecto --y que espero, para mi bien que nuestro autor comparta--, me seduce en el intelecto y en el sentir, y se me representa como el fundamento singular de la originalidad encomiable de este libro).

Consciente de los riesgos del camino emprendido (abismos, desiertos, torrenteras, arenas movedizas, espejismos), Jesús Torres Rivero se cura en salud investigativa, y precisa en la nota de contraportada del volumen: "el texto irá describiendo el fresco de una mentalidad, una actitud y un comportamiento, de un temperamento y de unas ambiciones, que eran propias de aquellos osados personajes que se lanzaron a descubrir la pasión americana, que son irremediamente nuestros antepasados, a los que no podemos dejar de reconocer, y a quienes, sin embargo, a través de algunos personaje cervantinos aquí expuestos, podríamos hoy ser nosotros los que los descubriéramos a ellos". Y al respecto, lo acompaña la precisa presentación del libro, hecha por el profesor Jesús Alberto Castillo, afirmando que el texto "transita palmo a palmo actitudes inmersas en la cultura hispánica que han quedado perennes en nuestra cotidianidad".

De su parte, el poderoso componente religioso que estimulaba el alma de los audaces aventureros, de costumbre omitido por historiadores, no sólo no es desdeñado, sino que se le concede el justo lugar de inspiración recóndita: "Porque, la conquista de América fue considerada, en principio —y muchos de los que vinieron así lo creyeron firmemente—, como una cruzada ineludible por la verdad de Cristo. Iban hacia ella estos hombres costara lo que costare, no importaba si en ello se les iba la propia vida". Lo cual es en particular significativo justamente por su omisión retaliadora de parte de quienes miran el proceso sólo a través del ojo de la cerradura de la crueldad sanguinaria y de la ambición de riquezas. (Nadie niega la presencia ostensible de estos factores degradados; pero ignorar el poderoso ingrediente que nuestro autor destaca, es signo de estrechez histórica y de prejuicio anticientífico).

El océano cervantino

Jesús Torres Rivero se adentra en el océano cervantino —tan navegado y mareado-- desde una nueva perspectiva; hecho insólito en un piélago donde han practicado los más diversos y sapientes surcadores y buceadores. En efecto, el va tras un objetivo realmente novedoso: nuestro Cervantes, o si se prefiere, la huella insondable de Cervantes y de la España de su tiempo, en el ánimo americana, venezolana. (Y hablo de novedad porque se lo que significa aportar alguna modesta originalidad en asuntos cervantinos, cuando lo hice con el tema de Don Quijote y la locura virtual).

Lo que salta a la vista es que al tratar de Cervantes nuestro autor sabe de qué habla, puesto que no se limita a Don Quijote, sino que recorre otras famosas producciones cervantinas: la novela Rinconete y Cortadillo, el entremés El Retablo de las Maravillas y la

comedia Pedro de Urdemalas; todas del mismo tiempo quijotesco: comienzos del siglo XVII. Lo cual sirve de asidero y acicate para que el "Apéndice" conceda su espacio a un inspirado y elegante epílogo, titulado España, el Nuevo Mundo y los encantamientos. Es un breve texto posterior al corpus central del libro; pero que le sirve de cumplido remate conceptual y sensible; amparado, además, por la sombra generosa del sutil autoanálisis sicoanímico —anticipado en el tiempo literario-- que realiza el Quijote: "Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para seguridad de mi conciencia". De donde procede la conclusión seductora de que así como Don Quijote iba, bajo efectos de un encantamiento, en pos de aventuras y de su amada Dulcinea, por igual Cervantes fue seducido por el encantamiento de América: prueba de ello es que pensó venir a estas tierras ignotas y fantaseadas.

El provecho que se deriva de la lectura de este libro es múltiple y quizás inagotable (digo esto último porque sé que es propicio para varias lecturas y para múltiples enfoques históricos, literarios y anímicos). Mi admiración por este original y trascendente escrito viene, a fin de cuentas, de que cumple con la triada notable: conocimiento crítico basado en una investigación rigurosa; empatía intelectual y anímica con el tema escogido; escritura llena de sugerencias y de donosura. Allí está la clave de este libro singular.

Jesús Torres Rivero es un acucioso investigador y un escritor respetuoso de la propiedad del lenguaje que maneja con sutil elegancia. Publicó Los encantados del agua y Voces y expresiones; para luego lograr un particularmente valioso trabajo analítico y antológico, con originales perspectivas, sobre el gran poeta Andrés Bello, con motivo del centenario de su nacimiento; y que título: Antológica. Pero, el escritor cuando descansa, trabaja en sueños; y de esa usina onírica nació este nuevo libro, destinado a dejar en el lector una huella insondable; y que fuerza es declarar que, aunque conocía algo de su futura identidad, su lectura me produjo lo más semejante a la sorpresa. ¡Un tema incógnito sobre una tierra incógnita!

Rumbos temáticos

El riguroso método demostrativo de Jesús Torres Rivero lo lleva a cumplir con precisar las fuentes bibliográficas que le han servido de soporte. Práctica metodológica habitual y productiva en los medios universitarios. Pero, considero que el exceso de fuentes citadas entraba con su peso en la lectura del texto; y quizás en ello no reparó nuestro autor. Por eso se dice que toda cita puede ser útil, pero no forzosamente necesaria. No por ello pierde en méritos ideológicos el libro, pero se resiente de una sobrecarga de apoyos magistrales. En todo caso, es mi percepción, más técnica que de contenido.

Ahora bien, dadas la importancia y la atracción del tema (¿avispero?) que el alborotó, me permito someter a la consideración del autor dos ideas o variaciones temáticas. De una parte, que la colonización hispánica no fue generosa al mestizarse, sino que obedeció a una simbiosis que la hizo inevitable. La índole de los conquistadores y de los colonizadores españoles era, de origen, abierta al contacto con lo desconocido e inclusive jugaba en ello importante papel el factor religioso humanitario; sin desconocer la importancia del comercio sexual de hombres sin mujeres. Pero, como quiera que sea, lo significativo es el resultado evidente. Mientras lo hispánico étnico y espiritual se integra en

una nueva sensibilidad mestiza, el paso de alemanes por la región falconiana lo único que aparentemente dejó (aunque algunos ponen en duda este origen) fue el sabroso sülze (cabeza de cochino en vinagreta), ahora convertido por los del lugar en selce o selse, y que está presente en las areperas. De otra parte, la lengua española nos fue impuesta; pero ya es nuestra --después de usarla por más de cuatro siglos-- y de adaptarla a nuestro modo y sabor venezolanos. Y así, en cada país del subcontinente (inclusive donde hay alta presencia de lenguas indígenas); sin tener que imitar el habla peninsular para que se nos entienda en lo interno y en lo externo. (A diferencia de los sublenguajes o patois o creoles o papiamentos de las excolonias inglesas, francesas y holandesas; donde hay que hablar como los conquistadores para hacerse entender fuera de sus territorios).

Balance trascendente

Ya sea que se califique de propósito o de vocación, el espíritu del libro se va afirmando, en palabras del autor, progresiva, morosamente. Comienza por asomar su afincamiento en los conceptos históricos de "procesos de larga duración" que se traducen en "resistencias o herencias continuadas". Luego, adelanta el soporte funcional de algo más que una hipótesis: la existencia de "una verosímil correspondencia entre ciertos caracteres y actuaciones de personajes de Cervantes y relevantes peculiaridades del tipo de español que vino a las Indias durante los siglos XV, XVI y XVII". Destaca el papel determinante del "acervo mágico-religioso de nuestro mestizaje", que se evidencia en "nuestro sincretismo cultural". Pero, seguramente donde más limpia y elocuentemente se sustancia el ánimo del libro es en este fragmento, que no dudo en transcribir en extenso: "es preciso, sin pretender conclusiones irrefutables, sobre esta materia, comparar, a partir de textos de Cervantes, de crónicas, novelas y narraciones tradicionales, la mentalidad y el comportamiento del hombre venezolano, apreciando algunos atisbos, dentro de las etapas de nuestro proceso histórico desde hace quinientos años, considerando la mentalidad, actitud y comportamiento del tipo de español que a partir del siglo XV, y durante los siglos XVI y XVII, fue interfiriendo nuestra geografía y espacio social, dentro del cual fue mezclándose, primero con el indígena y posteriormente con el negro, de lo que resultaría la etnia básica de nuestro pueblo, con caracteres y conductas apreciables que nos distinguen dentro del resto del mestizaje hispanoamericano". Como he dicho, este proyecto investigativo es, en sí mismo, un singular gesto de búsqueda original y necesaria; que hasta ahora no había visto como propósito, al menos manifiesto, en ningún texto anterior. Por eso hablo de originalidad, y agrego el signo de la trascendencia, al explorar un camino a seguir, por fuerza de justicia y equidad anímicas. (De lo que se trata es de captar un ánimo española viva en la literatura de una época y ver su imagen reflejada en el espejo del alma venezolana proyectada a través del tiempo. Y esto, en mi percepción, es un experimento simbiótico sin precedentes).

Más que de conclusión, prefiero hablar de experiencia reveladora. La huella insondable me ha conducido al reencuentro con un Cervantes vivo por derecho del habla, con un Pedro de Urdemalas pródigo de astucias de supervivencia, con un conquistador aventurero español de plena marginalidad oral y espiritual; y en la otra cara de la luna, el hallazgo del alma cumanesa, que vibra en el estribillo altivo y en la poesía decantada. Historia y pueblo en mestiza y creadora alianza.

I

**CERVANTES Y NOSOTROS
(500 AÑOS DESPUÉS)**

*Picardía y humor:
¿la misma flor?
Anónimo.*

Al leer este título surgirá en el lector la lógica interrogante ¿cómo es eso de Cervantes y los quinientos años, si él nació casi un siglo después de la llegada de Colón a esta “*tierra de gracia*”?

Siendo ésta una verdad irrefutable, necesario es aclarar la aparente incongruencia de tal titulación, que, advertimos, será la materia y objeto del presente trabajo si en el curso de su exposición no se desvían nuestros deseos tras otros idénticos encuentros que aviven la imaginación.

Pero, antes de adentrarnos por esta ondulante vía, haremos alusión, sucintamente, al humor cervantino; esa nota característica en gran parte de sus obras, considerando, claro está, el que desparrama profusamente *El Quijote*, para así evitar la apostasía de Madame Henri Bachelier y obtener, por lo mismo, la bendición de Pierre Menard, y descartando, por razones obvias, algunas de las *Novelas Ejemplares*, *Viaje al Parnaso* y *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*.

Imprescindible es, pues, partir de este hecho: que Cervantes en sus tiempos de guerra había convivido con la soldadesca, integrada la mayoría de ésta por individuos del bajo pueblo de todas partes de la Península, con sus fablas regionales y jergas marginales, con sus cuentos, leyendas, chirigotas y chascarrillos, los cuales cocinaban en su espíritu y a fuego lento aquellos horneros de la cultura popular.

Experiencia esta que le servirá en su creación para otorgar realidad a lo narrado e ironizar a aquella sociedad en descomposición, en decadencia, donde la riqueza y ostentación del Estado Imperial, por el que hacíanse matar, sin dudar, súbditos y acólitos, cohabitaban con la más degradante miseria;

sociedad a la que sus estamentos de poder, la nobleza e iglesia, junto con el monarca, que dirigían y decidían su destino, utilizando su férreo sistema político le negaban e impedían un dinámico acceso hacia la nueva vía espiritual y económica de la Edad Moderna, obligándola, tiránicamente, a quedarse rezagada en el arcaico orden teológico de la Edad Media. Mientras esto sucedía, coetáneamente la *Philosophía Crhisti* y el *Humanismo* de Erasmo se difundían abiertamente entre algunos pensadores laicos y otros de la Iglesia peninsular.

Y a propósito de esto, nos alerta Marcel Bataillon (*Erasmo en España*, Fondo de Cultura Económica, 1950), que para comprender mejor, en su origen, el hecho de la aceptación del pensamiento erasmista por muchas personas en la sociedad española de ese tiempo, el mismo deberá estudiarse dentro de un fenómeno espiritual más amplio: *dentro de un movimiento espiritual más vasto que la Inquisición trata por esos días de contener con un dique: el de los alumbrados dejados o perfectos*; fenómeno este que, en buena medida, creemos, se nutría de la mentalidad mágica-religiosa que emergía de lo profundo del inconsciente colectivo español, porque como lo han aseverado muchos investigadores, en aquel tiempo, para el vivir cotidiano de un hombre lo sobrenatural era real, pues ello constituía la sustentación de su pensamiento y actuación de todos los días, lo que podemos corroborar -valga el ejemplo- en las actas procesales y demás documentos referidos al caso concreto de Francisca Hernández, una famosa “alumbrada”, *que tenía el don de curar enfermedades graves mediante la aplicación de cintas y pañizuelos suyos*, quien, junto con su admirador, el fraile franciscano Francisco Ortiz, de “linaje de conversos”, que se sacrificó por ella ante los inquisidores y fiscales, fue enjuiciada por el Santo Oficio durante los años 1529 y 1532; proceso este publicado en libro en 1968 (Angela Selke, *El Santo Oficio de la Inquisición*,

Ediciones Guadarrama, Madrid); siendo así mismo muy reveladora, desde el punto de vista literario, la opinión de la autora, con respecto a los escritos o “Cuadernos” que este fraile dirigió desde la cárcel a sus inquisidores durante el proceso, al afirmar *que sorprenden por ser un modo peculiar de expresión que parece adelantarse, en varias décadas, a la prosa de ciertos escritores místicos o ascéticos de la segunda mitad del siglo XVI.*

Bataillon también expresa en su obra, que más tarde las ideas erasmistas se trasladaron a las Indias en la doctrina evangelizadora de muchos misioneros; y que *Del erasmismo español se derivó hacia América una corriente animada por la esperanza de fundar con la gente nueva de tierras nuevamente descubiertas una renovada cristiandad.* Se iniciaban de esta manera los ensayos para alcanzar en las Indias la nueva utopía, que en Europa se hizo literatura con Tomás Moro; rescatando el pensamiento de los primeros cristianos y las formas de agrupación social que habían hallado en los primitivos habitantes de América, enriquecidas estas ideas con otras nuevas de integración social, que conducirían a sorprendentes ensayos como el de Vasco de Quiroga en México, en el siglo XVI, y más tarde, a la extraordinaria estructuración de una sociedad comunitaria, concebida y ejecutada por los jesuitas en el Paraguay en conjunción con agrupaciones indígenas, aquella *República Cristiana de los Guaraníes* que duró desde fines del XVI hasta 1767 cuando la Compañía fue expulsada por el rey Carlos III de todos los territorios dominados por los españoles.

Y en torno a la situación histórico-social de la España de esa época, en el breve ensayo, *España, El Nuevo Mundo y los Encantamientos*, exponemos que, en aquel tiempo “*la razón*” trataba de imponerse a la imaginación; que sucedía que el pueblo español, de espíritu religioso, cristiano, místico, supersticioso y providencial, en su casi totalidad rechazaba “*la razón*”, la cual

se solazaba intelectualmente en los cerebros de los pocos erasmistas y en el cuerpo del Estado; porque a ese pueblo, tal como se manifestó ante la aparición de América, le bastaba tan sólo un sueño, una ilusión, un ideal, para que se lanzara a su conquista, en especial, si ese sueño, esa ilusión y ese ideal se identificaban con la religión y la posibilidad de lo heroico, que se tradujeran, consecencialmente, en la obtención de riquezas que le permitiera un mínimo de consideración social para aspirar ascender en la escala estamental.

Porque América, como dijo Augusto Roas Bastos en su discurso al recibir el Premio Cervantes, es *el Continente por antonomasia de la imaginación y el deseo*.

Sin embargo, de todas maneras, en España se fue produciendo un cambio inevitable, de forma imperceptible, en lenta combustión, con mucha tardanza, pues, aproximadamente más de un siglo esperaría la sociedad española para que sucedieran, con el afrancesado Felipe V, ciertas variantes en lo político y económico, y poder afirmar que se estaba ingresando, *mutatis mutandi*, en la Edad Moderna; y esto, a costa de muchos sacrificios populares.

Consideremos, así mismo, la estadía de Cervantes en Sevilla y la cárcel que en ella sufrió. Fueron amargos y duros tiempos de dudas sobre su honestidad en los manejos de los dineros de la Hacienda de Felipe II, cuando en el abrupto encierro (*donde toda incomodidad tiene su asiento...*) enriquece aún más su léxico y repertorio de humor popular con los giros, refranes, cuentos e historias de aquellos parias de la fortuna, sus compañeros de prisión; esos marginados que la desgracia había conducido hasta allí. Porque en aquel puerto de La Torre del Oro, que recibía las riquezas de América y enviaba a ésta a los ávidos de hacer fortuna, se daban cita indefectible el oro y la plata venidos de las Indias y los más despiadados delincuentes, pobres desesperados

y putas *ab solemnitatis*, que acudían de todos los rincones de España, quienes para su protección y sobrevivencia se agrupaban en organizadas e insólitas cofradías al margen de la ley, resguardadas por la venalidad, *pane lucrando*, de muchos de los alguaciles que debían aplicarla.

Muchos fueron los lugares en la España de aquella época donde tuvieron asiento, y funcionaron, esas agrupaciones que transitaban entre la marginalidad y la delincuencia, algunos de ellos conocidos personalmente por Cervantes, como es evidente en el Capítulo III de El Quijote, cuando el ventero luego de burlarse al decir que le otorga el don de armarlo caballero y, cuando la ingenuidad quijotesca le argumenta las ventajas y beneficios de la caballería andante, con una nueva burla le declara el muy pillo, que de mozo se había desempeñado él en tan honroso menester sin haber salido de “*los Percheles de Málaga, islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo, donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando algunos pupilos, y finalmente dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay en casi toda España.*” Sitios estos descritos por don Diego Clemencín en su nota 9 al citado Capítulo III, en la edición señalada en la Bibliografía, quien, además, asegura que al barrio *Compás de Sevilla* perteneció la casa de Monipodio donde moraron y perfeccionaron sus “bellas artes” Rinconete y Cortadillo.

Por eso el humor de Cervantes no es, en modo alguno, un producto intelectual, un vaciado cerebral de pensamiento academicista, sino que responde a una razón de piel, de sensibilidad de vida, pero de ésta de todos los días en roce permanente con la gente común y corriente que le pasaba a su

lado, que le miraba, le sonreía, o tomaba tiempo para narrarle los secretos de su propia vida, sus pasiones, aciertos y desaciertos, frustraciones y esperanzas, en su pedregoso y limitado espacio vital; en especial, el humor que proviene de su encuentro y comunicación con los marginados de aquella sociedad, ya fueran soldados, estudiantes, delincuentes, putas, pícaros, truhanes, macarelos, malsines, celestinas, alcahuetes, carceleros, cautivos, esclavos, judíos, etc. Porque, como acertadamente lo expresara Arturo Uslar Pietri en *Nuestro Señor Don Quijote* (Revista Nacional de Cultura 255, Caracas, 1984), Cervantes tuvo que *completar su duro aprendizaje de gentes y leguas en un inventario sin término de toda aquella extraña y contrastada España, desde los duques hasta los malhumorados huéspedes de la cárcel, y desde los palacios de la Corte hasta los recintos más famosos de la picardía.*

De allí que el humor cervantino, a pesar de su origen muchas veces amargo y doloroso, no sea efectista ni sarcástico, ése que busca del lector la carcajada o la venganza. Por el contrario, es un humor siempre inmerso en una situación determinada y puesto al descubierto sin aspavientos, que va apareciendo de manera natural y escurre suavemente por la historia contada para recrearnos en la paradoja vital; si bien, algunas veces, se presenta como el estallido de chispas sin estruendos que nos desatan la risa. Porque ese humor, en todo caso, proviene del estado anímico de un personaje o de lo paradójico de su propia vida; será siempre un humor que golpea y nos produce risas. Pero, en verdad, en el humor cervantino, aún cuando la risa inevitablemente se presenta, en la secuela que es su sonrisa anidará eternamente una especie de tristeza y resignación.

Por eso, cuando algunos autores, con distintas argumentaciones coinciden en incluir a muchas de las obras de Cervantes en la categoría preceptiva “*picaresca*”, a la par que *Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de*

Alfarache, *La Pícaro Justina* o *La vida del Buscón*, es preciso recordar que a la obra en verso *Pedro de Urdemalas*, centro de este trabajo, la llama *comedia* su propio autor, y el humor que la caracteriza es, por supuesto, la ironía y no la sátira burlesca de aquellas novelas picarescas. Y a pesar de que éstas no son objeto del presente trabajo, nos referiremos, sólo aledañamente, a particulares opiniones críticas acerca del marco histórico-social del *pícaro* como personaje y sobre el género “novela picaresca”.

Los mayoría de los estudios sobre estos asuntos nos dan una visión de conjunto acerca de la vida espiritual y social de la España de los siglos XVI y XVII, a partir, fundamentalmente, del análisis de la ideología religiosa y de las ideas y hechos más significativos de esa época, como fueron el heroísmo cristiano, la azarosa vida de los conversos ante el peligro inminente de la Inquisición que imponía el estatuto de limpieza de sangre, instrumento de poder de la nobleza y la Iglesia, y la “honra opinión”, sostenidas hipocresías que, junto con la miseria popular y el ascenso económico de la clase burguesa, eran los elementos que constituían las manifestaciones exteriores de la dinámica social de esa época, y que por esta misma razón, arguyen, fueron pretextos y materia para la invención del nuevo género literario que se conoce como *picaresca*, y serían, en definitiva, el blanco de la sátira burlesca de este nuevo tipo de narrativa y de su *pícaro* personaje.

En relación con este género “picaresca”, visto en sentido *lato*, algunos cuestionan a quienes afirman que ha sido, y es, indispensable, el uso de la primera persona al escribirse esta clase de novela, porque, -argumentan- nada impide el uso de la tercera persona en relatos de esta especie; otros consideran, además, con sospechoso celo, que no es imprescindible el humorismo en tales obras, aún cuando afirman que su presencia no obstruye el fin que se proponen sus autores, es decir, no evita la sátira burlesca a las

hipocresías, como antes las calificamos, de la sociedad, y, en especial, de sus estamentos de poder; señalan también, respecto de las primeras obras picarescas, que no hay en ellas héroes, sino antihéroes frente al modelo aceptado, pues es la contrapartida del héroe noble, del caballero, representando -por tanto- una irreverencia sacrílega para el cristianismo de esa época que exigía que el único paradigma a imitar debía ser Cristo. En otro sentido, opinan, así mismo, tales críticos, que muchas veces la forma y el estilo del discurso del pícaro no se corresponden con su condición social, reverso de la ideología de la aristocracia. Y algunos concluyen interrogándose sobre la certeza o no (¿incertidumbre?) de la condición heroica (¿?) del personaje.

Por nuestra parte, estamos acordes en que aproximadamente desde los años finales del primer cuarto del siglo XVII, con el ascenso de la burguesía como poder y su influencia en todos los órdenes de la vida social, en la medida en que iban cambiando las relaciones económicas de ésta y en su dinámica, apareció en la literatura un nuevo personaje con características semejantes al de las novelas picarescas, pero con actitudes y ejecutorias propias de su tiempo, por lo que a la narrativa que lo tiene como personaje central la han denominado, por extensión, algunos autores, *neo-picaresca*. Presumimos que es a esta clase de novelas a la que se refieren estos autores cuando expresan que para su narración nada impide el uso de la tercera persona. Es razonable.

Pero si bien es cierto que toda época produce sus tipos de pícaros, sus truhanes, es para nosotros axiomático que *el pícaro* en nuestra literatura nace y se identifica con el personaje de la novela del siglo XVI y comienzos del XVII, sea ésta *Lázaro de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*, *La Pícaro Justina* o *La vida del Buscón*, a la que se le conoce como *picaresca*, tal como ella se

originó, y como la conocemos y aceptamos la mayoría de los lectores. Como ejemplo, *Lazarillo de Tormes* es único, desde su aparición y hacia el futuro. Existieron y existirán otros personajes pícaros, pero nunca será ese mismo e idéntico *pícaro*, el que únicamente surgió en el marco histórico de una situación social específica de la España de aquel momento; aunque, reconociendo nosotros la verdad que sobre el personaje literario, en general, exponen algunos críticos en cuanto a que nunca será definitivo e invariable su perfil, porque sus rasgos se verán siempre determinados, en máxima medida, por las circunstancias que rodean al autor y su obra, su cultura y la cultura que le impondrá, ineludiblemente, el lenguaje de su tiempo y de su espacio; y ya dependerá del genio del escritor que ese personaje no sólo sea imagen de la realidad sino que ella logre traspasar las fronteras del tiempo. Pero, somos de opinión, que esta observación no le cuadra por entero a ese personaje antes señalado como el *pícaro* (*verbigracia, Lazarillo de Tormes o El Buscón*) pues, él respondió a una situación socio-histórica única e irrepetible, afirmación esta que no excluye se deban reconocer sus personajes antecedentes, ni la aparición, posterior a su época, en la sociedad y en su consecuente literatura, de otros personajes afines, pero jamás idénticos, con muchas características que los asemejan, por supuesto, a aquél.

Y en cuanto al humor y la comicidad en la novela picaresca, estas son condiciones imprescindibles, inherentes, al personaje *pícaro* y a las situaciones de su narración.

II

EL HERALDO PERENNE

*Del hambre la desgracia
y del harto la gracia.
Antónimo.*

Pasemos ahora a explicar nuestra osadía y pretensión en este trabajo, de cuyo atrevimiento pudiera resultar una situación de humor, lo que en todo caso no constituiría una pérdida sino un acierto del azar ¡bendito Borges!, considerando que no pretendemos historiar ni hacer literatura, sino que simples lectores, a pesar de ser legos, por amor a estas disciplinas y por curiosidad intelectual (por mera recreación lúdica, o ludia) nos hemos planteado una posible correspondencia entre las características de algunos personajes de Cervantes y las de aquellos españoles que vinieron al continente americano durante los siglos XV, XVI y XVII; este tipo humano protagonista del proceso histórico iniciado en Venezuela, conforme a las investigaciones del historiador, poco conocido en nuestro país, Juan Manzano Manzano, con la llegada de Colón y sus hombres al poblado de Cumaná (*América fue descubierta en 1494*, Acad.Nac.Hist., Caracas, 1984).

Y un poco dentro de la picardía y para tratar de lograr nuestro propósito, con alevosía y ventaja (ya que el ensañamiento lo dejamos a los conquistadores, generales realistas y republicanos y a tiranos civiles y militares), escogimos de entrada como referencia la comedia *Pedro de Urdemalas*. Porque al leer en ésta los siguientes emblemáticos versos, creemos que comienza a desvelarse un enigma:

*Yo soy hijo de la piedra,
que padre no conocí...*

Así se da inicio al romance autobiográfico de ese personaje legendario y popular español de la tradición oral, cuyas raíces se pierden en el tiempo, rescatado afortunadamente para la literatura escrita por el alcalaíno y que hoy vive en su comedia homónima.

Estos dos versos parecieran representar la ruptura de una forma de pensar y vivir de una época, o el umbral para el inicio de otra. Se va dejando la forma medieval y se comienza a caminar los predios de la vida Moderna. Aquí Cervantes intuyó el profundo cambio que se estaba produciendo en el hombre de su época a contracorriente de la ideología que sustentaba el poder y el Estado español; ideología, y sus ritualidades, que estos imponían, y pretendieron continuar imponiendo, por encima de la aparición de la ética de los nuevos tiempos. Porque el individuo, a quien antes se le hacía imposible sustraerse de la amorfa historia de su estamento social para pasar a la literatura, después de los hitos histórico-sociales que constituyeron la Reconquista y el descubrimiento del Nuevo Mundo, comenzará a contar su propia historia personal, en primera persona, como de hecho apareció en este romance y en las novelas picarescas; y que, luego, trasladándose a América iniciará, con su ambición e individualismo característico, la gesta de creación de una nueva estirpe. En este sentido, salvando las distancias, la opinión de Guillermo de Torre, que corrobora esta afirmación, viene como pez al agua, al comentar él la característica del relato en primera persona, cuando dice: *al centrar en la primera persona del singular las cuestiones vitales, humanas, permanentes, éstas se colorean de un patetismo metafísico (Historia de las literaturas de vanguardia, Guadarrama, Madrid, 1974).*

Que no conoció padre, nos dice Urdemalas, que él es hijo de la piedra. Afirmaciones estas aparentemente paradójicas, que sin embargo podrían desentrañarse en su significado simbólico y mítico. Porque este hombre de la

nueva era, de una nueva ética, tiene un nuevo origen, es hijo del ara, del altar, de ese objeto y lugar mítico, de ese *onphalo* sagrado y sacralizado que es cúpula del cielo y de la tierra donde tiene lugar la epifanía; fuente de vida y de resurrección. Por tanto, su punto de partida, su origen, no exigirá linajes anteriores, sino esfuerzo y trabajo presentes y futuros para hacer, para construir, su propia historia. Como vemos, estas afirmaciones de Cervantes contienen la demostración más palpable del rechazo del pueblo a la hipocresía de la honra y del estatuto de la limpieza de sangre, argumentos de dominio y discriminación que habían inventado e impuesto coercitivamente los estamentos Nobleza e Iglesia.

Y a propósito de algunas situaciones que han tenido que surgir en aquel tiempo ante el temor del “estigma de sangre corrompida”, es muy probable que muchas personas de igual condición a la de Pedro de Urdemalas, si el padre era judío o converso nuevo, se obligaran a hacer silencio sobre quién era éste, debido al peligro, más que inminente, a la discriminación religiosa y social a que estaban expuestos. Y, de igual manera, por esta misma situación, han debido ser muchos los casos en que una madre, para proteger a su hijo de esa “ignominia”, no le revelara nunca quién era su progenitor.

Ya vimos, pues, como estos dos primeros versos del romance preanuncian la aparición de un nuevo hombre, el de la Edad Moderna. Ya se presentían los cambios que muy pronto habrían de producirse en el mundo material y espiritual de Occidente, los cuales vislumbraban, en buena medida, lo que sería posteriormente el hombre iberoamericano y latinoamericano.

Y continúa su autobiografía Pedro de Urdemalas:

*No sé donde me criaron;
pero sé decir que fui*

de estos niños de doctrina...
Allí con dietas y azotes,
que siempre sobran allí,
aprendí las oraciones,
y a tener hambre aprendí;
aunque también con aquesto
supe leer y escribir,
y supe hurtar la limosna,
y disculparme y mentir.
No me contentó esta vida
cuando algo grande me ví,
y en un navío de flota
con todo mi cuerpo dí,
donde serví de grumete
y a las Indias fui y volví,
vestido de pez y angeo
y sin un maravedí...

Leímos, pues, como el personaje *confiesa* haber sido niño de doctrina; es decir, de esos innumerables huérfanos pobres, en bastardía o no, o expósitos, recogidos, por caridad o lástima, en los conventos e iglesias, donde, aunque poca cosa comían (ante esta escasez, los frailes y curas argüían que el hambre se compensaba con la enseñanza de las oraciones y la esperanza de optar al paraíso) se le impartían clases para que aprendieran a leer y escribir, siempre bajo la amenaza del pronto azote, con la “metodología” de aquel entonces circunscrita al axioma “*la letra con sangre entra*”; actitud y práctica “pedagógicas” aceptadas conciente e inconscientemente por aquella sociedad,

las cuales continuaron admitiéndose como válidas durante cientos de años en el ámbito de la cultura hispanoamericana, salvo honrosas excepciones como la del maestro Simón Rodríguez, ejecutadas habitualmente por muchísimos padres y educadores, y, por fortuna, y gracias al cielo, hoy abolidas, podemos decir, de todos los sistemas educativos de Occidente.

Esta actitud y práctica de “*la letra con sangre entra*”, aunque parezca un asunto trivial, es para nosotros un ejemplo de muchísima importancia, porque constituye una muestra palpable, y vivida, de lo que los historiadores de los **procesos de larga duración (*longue durée*)**, que es uno de los estudios en que se sustenta, en parte, el presente trabajo, han denominado **resistencias o herencias continuadas**, las cuales habiendo ellas subsistido en la mentalidad de las personas, ante un determinado estímulo, externo o interior, emergen de nuestro inconsciente colectivo venezolano, (podríamos extenderlo al hispanoamericano), por lo que ha sido muy difícil de erradicar totalmente.

En verdad, volviendo al ejemplo de Pedro de Urdemalas, el caso de este personaje alfabeto en una España donde la mayoría no sabía leer y escribir es sorprendente, pero no excepcional, pues según las investigaciones de J.M. Pelorson (*Aspectos Ideológicos La Frustración de un Imperio*, Labor, 1984), para el siglo XVI, debido a hechos determinantes como la Ley española de 1564 que admitió las recomendaciones que sobre materia educativa había aprobado el Concilio de Trento, a la fundación de la Compañía de Jesús con su dinámica actividad catequística, a la multiplicación de los colegios en todo el ámbito peninsular, al fortalecimiento de las universidades españolas ya existentes y a la creación de nuevas universidades, a la promoción de estudiantes pobres, al aumento de hermanos legos, de bedeles y de sacristanes que, en altísimo número, profesaban en iglesias y conventos, dio a España, según afirma este autor, un lugar aventajado en esta materia frente a los demás

países coetáneos. Estas afirmaciones están corroboradas con los casos literarios expresos, de *Guzmán de Alfarache*, que como él mismo confiesa fue estudiante de Teología en la Universidad de Alcalá de Henares, y el de Tomás Rodaja (*El Licenciado Vidriera*) que hizo Leyes en esta misma Alma Mater. Y apuntemos aquí este dato curioso, de cómo Mateo Alemán, autor de la novela que inició el género *picaresca*, logró, a pesar de su origen judío, venirse a las Indias; lo que no pudo alcanzar Cervantes con sus muchas solicitudes ante las autoridades. También se vino a estas latitudes, a otras aventuras, el hijo de Clemente Pablos, el Buscón.

Hay que tener presente de esos tiempos, que frente el sector oficial español, con sus rígidos sistemas teológico y jurídico sobre los que descansaba, se fue desarrollando otro profano constituido por la literatura y el teatro, el cual fue minando todo el cuerpo social de la península, llegando a ser conocido y apreciado por las capas más humildes y marginales de la población, como lo describe el propio Cervantes al narrar la lectura de poemas y novelas entre criados, pastores y campesinos, así como la escenificación de entremeses y comedias entre ellos, como se describen explícitamente en *el retablillo de maese Pedro de El Quijote* y en *El Retablo de Las Maravillas*; lo que evidencia, con creces, el hecho arriba señalado de cómo en la España de aquel tiempo la educación, o por mejor decir, la circunstancia del aprendizaje de la lectura y escritura hubiera llegado a tocar a personas del estamento pueblo, produjo, tal vez por un fenómeno de repetición, e imitación, el amplio aprecio que aquel pueblo sintió por la literatura y el teatro; y, de allí su auge espectacular durante los Siglos de Oro.

Por cierto, que la costumbre de la lectura en grupos la trasladaron los españoles a las Indias, y hasta los años treinta de la centuria pasada, esta costumbre se presenciaba en algunas de nuestras haciendas del Oriente

venezolano, donde, después de la cena familiar, el padre o la madre leían cada noche, a sus hijos y parientes que con ellos vivían, capítulos de alguna novela, a los que ponían también oídos los sirvientes y peones.

A propósito de esta práctica nos fue informada una anécdota, que aquí recreamos, sucedida en un fundo llamado La Laguna, arriba, en la serranía del Turimiquire, donde vivió un indio, peón de ese fundo, quien no sabía leer ni escribir pero que contaba con una memoria privilegiada. Este individuo todas las noches se recostaba bajo una ventana de la casa de sus patronos, a escuchar los capítulos de una novela de caballería (de ésas que cuando nombran un personaje se explana en su genealogía) que el hacendado leía continuamente a su familia; y en cada una de aquellas noches, una vez concluida esa lectura, se iba el indio al traspatio de la casa donde se encontraba reunida la peonada y le repetía, -palabra por palabra-, el capítulo de la novela escuchado momentos antes. Y fue en una de esas tantas oportunidades en que aquel indio estaba narrando a la peonada un pasaje que, más o menos, decía de esta manera: *...e iba la gigante Miona atravesando el río Tajo, llevando en sus cuadriles un niño que parecía un adulto...*, cuando de repente uno de los presentes lo interrumpió preguntando: *Dígame ño Tristán, que así llamaban al memorioso, ¿qué es un adulto?*. A lo que éste de inmediato contestó: *¡Me extraña ño Carmito, hijo de ño Serapio a quien llaman Malacara, nieto de ña Gonzaga y bisnieto de Deacatorce, que no sepa vuesa merced lo que es un adulto! Adulto es todo aquél, grande o pequeño, que haya concebido adulterio.* Y, sin alterarse, continuó declamando la historia al atento y estupefacto auditorio.

¡Cómo se reprodujo, a tantos siglos, la gracia y osadía de Ginesillo de la Parapilla y de Chanfalla, por estas latitudes!, adornadas de ingenuo desparpajo.

Pero volvamos a la lectura del romance, de cuando regresó Pedro a España:

*Pisé otra vez las riberas
del río Guadalquivir...
...y a Sevilla me volví,
donde al rateruelo oficio
me acomodé bajo y vil...*

Aquí arranca la narración de su oficio de truhán, su periplo de la picardía en la que tuvo que desenvolverse por un tiempo, como imperativo categórico de su condición marginal, conducta esta que no le era posible excluir totalmente de su comportamiento. Así, como él mismo confiesa, fue mandil de su primer amo, que sospechamos fue Monipodio, el terrible jefe de la Cofradía donde hicieron pasantías *Rinconete y Cortadillo*, porque atrapado Urdemalas por la Justicia, y sometido a *ansias*, llora su desgracia la Escalanta, una de las putas cofrades.

Pero volviendo a nuestra anterior apreciación sobre la picardía de Pedro de Urdemalas, en nuestro criterio, ella es ajena a cualquier preceptiva que han tratado de imponer ciertos críticos; y nada tiene que ver con tesis, definiciones y conceptos contrapuestos que acerca del pícaro en nuestra literatura sostienen, respectivamente, autores como Alexander Parker y Francisco Rico (*Los Pícaros en la literatura*, Edit. Gredos, 1975, y *La Novela Picaresca y el Punto de Vista*, Edit. Seix Barral, 1976). Preferimos, en relación con los personajes cervantinos, a que aquí hacemos referencia, atenernos a la expresión pícaro en su sentido más amplio, así como a la de su símil truhán en su acepción general, porque se corresponden mejor con la materia de este

trabajo, de manera que, entre otros, usaremos indistintamente los dos términos.

Y continúa el truhán de Pedro de Urdemalas contando como fue pasando por variados amos y de las bellaquerías que de cada uno aprendió y practicó; así como de lo fausto de su, también, oficio de lazarillo, porque con el ciego logró afinar su estilo en la versificación, lo cual nos narra de esta forma:

*Aprendí la jerigonza,
Y a ser vistoso aprendí,
Y a componer oraciones
En verso airoso y gentil.*

Es interesante observar aquí la coincidencia entre el *de Tormes* y *de Urdemalas*, en el punto al agradecimiento que ambos hacen de sus amos ciegos. Quede al lector y al estudioso de estos asuntos ahondar sobre este tipo de coincidencias en nuestra literatura.

Siguiendo con su cuento, Urdemalas explica el origen de su apelativo, de cómo fue que un leedor de manos, un quiromántico, un Malgesí que se las leyó puso al descubierto su verdadera índole, pues según nos lo aclara el mismo Pedro:

*Añadióle Pedro al Urde
Unas malas...*

Y que además le pronosticó:

...que habéis de ser rey,

*fraile y papa, y matachín,
y avendraos por un gitano
un caso que sé decir
que le escucharán los reyes
y gustarán de le oír.
Pasareis por mil oficios
trabajosos; pero al fin
tendréis uno do seáis
todo cuanto he dicho aquí.*

El autobiográfico romance de este personaje legendario que no por ello menos verdadero, enredador, malicioso, trapacero, rezandero, astuto, ingenioso, bajamanero, caleta, mohatrero, tahúr y aventurero, a quien alababa por sus malas artes La Lozana Andaluza cuando decía: *Pedro de Urdemalas no supiera mejor enredar*; que era popularísimo en algunas partes de España en el siglo XVI, según afirman algunos investigadores de la literatura, fue rescatado por Cervantes de la tradición oral; y el mismo, visto en su texto, nos obliga a creer que era, también, sumamente popular en Andalucía. Deducimos, debió haber sido, así mismo, menos extenso, conociéndolo probablemente el escritor en una de las versiones que un siglo atrás anduvo de boca en boca del pueblo y a la que, por razones obvias, se le adicionó la aventura indiana tal como en ella aparece y como la escribiera don Miguel, la cual estaba sucediendo realmente en aquel momento para exaltación de la codicia, del sueño y de la imaginación del pueblo español.

A esta comedia escrita en lenguaje llano, mas no vulgar, grotesco o bufonesco, por su estructura y temática, donde lo épico es la vida de un personaje del bajo pueblo, marginal, en este caso de un rufián, de un truhán,

debemos catalogarla entre los romances de tema popular variado, dentro de la escala propuesta por ciertos autores (Diez-Echarri, Emiliano y Roca Franquesa, José María, *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*, Aguilar, 1966).

Cervantes y este texto (*Pedro de Urdemalas*) son lo que han denominado algunos historiadores de las fuentes literarias, oral y oral-escrita, una clara muestra de **intermediarios culturales**; es decir, agentes de comunicación entre la cultura popular (tradicional, la calificaba Menéndez Pidal) y la cultura escrita, en sus interrelaciones permanentes, irremediables, diacrónicas; agentes de expansión. Y es, precisamente, por estas notas características que estos *intermediarios* se prestan para la investigación de una **mentalidad**, de una **actitud**, de un **comportamiento**, sin que por ello eludamos el problema ideológico que pudiera contenerlos, ni el fenómeno de la *hibridación cultural*, los cuales puedan conducir a nuevas revelaciones en el campo de la literatura, de la historia o de la sociología (Vovelle, Michel, *Ideologías y Mentalidades*, Ariel, 1985, y Pelorson, Ob. Cit.).

Consideramos, además, que al personaje Pedro de Urdemalas le es perfectamente aplicable la reflexión de este último autor, donde expresa: *El antihéroe, el pícaro, podía, pues, cobrar aspectos heroicos en la misma literatura que introducía tal tipo social*. En esta afirmación podríamos incluir también, sin ánimo de corregirla sino de ampliarla, al truhán; así como añadir que esa literatura no sólo introducía sino que además reproducía ese tipo social, el cual será en gran medida, y sin que quede la menor duda, el protagonista de la gran gesta de inventar el continente de Colón. Por eso veremos que muchos de estos antihéroes-héroes, aún hoy se debaten para su credibilidad entre el mito ideológico que fragua el poder y el que permanentemente cocina la invención popular, siendo ambas versiones,

muchas veces, la confusión de algunos historiadores ortodoxos y el deleite de la imaginación. Pensemos, por un momento, para convencernos de ello, a los hombres de las falanges romanas asomando, a través de una rendija de todos estos siglos, una mueca de ironía para los actuales galos e iberos (franceses y españoles), en particular un soldado llamado Paceco que aún goza de muy buena salud en nuestro gentilicio (y para corroborar esta imagen nos remitimos a *La Guerra de las Galias*, en la campaña de Julio César en España).

Y con relación a la versión oral de *Pedro de Urdemalas*, y a su reproducción en texto escrito, no está de más recordar, por considerarlo importante, que fue por aquellos siglos XVI y XVII de Cervantes cuando en España se realizaron relevantes recopilaciones de romances, como las de los *Cancioneros*, de *Constantina*, de *Juan Fernández*, *el General*, de *Hernando del Castillo*, de *Cuarenta Cantos*, de *Alonso de Fuentes*, y otros.

Pero retornemos a la obra de don Miguel y observemos que es el mismo Pedro de Urdemalas quien confiesa que, luego de ejercer los más variados oficios de la truhanería y el hampa, de ser mandil de distintos dueños en diferentes ciudades, llega a un poblado de gentes simples donde se hace mozo del alcalde Martín Crespo; y es precisamente en este lugar donde se desarrolla la comedia y donde continúa la vida del personaje, pintándonos el autor una especie de fresco de cómo era, en parte, la vida de los que como Urdemalas vinieron a las Indias y regresaron a España fracasados. En este sentido, creemos que al caso de este personaje de Cervantes le es aplicable lo expuesto por Fernando Díaz-Plaja en *La vida Cotidiana en la España del Siglo de Oro* (Edaf, Madrid, 1994): *de todas sus andanzas volvían los pícaros a menudo sin un céntimo, pero cargados de experiencia que les servía para ir por los pueblos y, en cuanto reunían a unos cuantos lugareños, empezar a narrar sus*

hazañas, ampliándolas lo más posible para impresionar a sus oyentes y sacarles luego algún donativo con que pasar aquella jornada, antes de viajar a otro pueblo para repetir su actuación. Imaginemos, sólo por recrear, cómo fue esta práctica, con los tantos individuos mostrencos que, a partir de cuando Colón regresó de su primer viaje hasta el siglo XVII, pasaron a nuestra América y volvieron fracasados a España.

¡Ay Pedro de Urdemalas enredador, malicioso, trapacero, rezandero, astuto y aventurero! No obstante, Cervantes no permite que se hunda en estos cognomentos negativos, sino que a la par lo dignifica; al inicio poniendo en boca de Clemente estas frases halagüeñas:

*De tu ingenio, Pedro amigo,
y nuestra amistad se puede
fiar más de lo que digo,
porque él al mayor excede,
y de ella el mundo es testigo;
así que es de calidad
tu ingenio y nuestra amistad...*

Más adelante, será el propio alcalde Martín Crespo quien le sume otras cualidades:

*Que te tengo por prudente
Más que un cura y un doctor.*

Porque, aclara, que Pedro es para él:

No mi mozo, más mi hermano

Y cuando lo ve convertido en gitano por amor a Belica, le halaga:

Siempre fuiste gran hombre...

Tu ingenio y tu bizarría.

Ya, anteriormente, Maldonado, conde de gitanos, con su peculiar ceceo andaluz, le había endilgado otra cualidad al exclamar:

¡Oh Pedro de Urdemalas generoso!

Obvio es, que estos valores humanos con que don Miguel adorna a Pedro de Urdemalas descuellan y opacan las pícaras urdimbres del personaje. No hay dudas que ya en aquella sociedad se estaban imponiendo inéditas formas de pensar, amanecían nuevos tiempos. Por eso, cuando los miles de Pedro de Urdemalas salen de la geografía peninsular y se acercan en las Indias, libres, en gran medida, de las presiones de los viejos valores impuestos por los estamentos de poder en España, mucho de ellos consiguen iniciar y continuar una estirpe distinta, que conservando muchas de las actitudes, comportamientos y mentalidades de sus antepasados, fueron los ascendientes en nuestro país de los que luego se denominaron, respectivamente, blancos criollos y mestizos (aunque en verdad todos eran mestizos), los cuales completaron la conquista y colonización de nuestro territorio; y en los tres primeros decenios del siglo XIX participaron, en uno y otro bando, en la guerra de emancipación hispanoamericana.

Como no de otra forma podía ser, en Urdemalas está presente y se expone la condición humana con todos los defectos y todas las virtudes.

Porque ella sólo podrá ser dirigida por el imperio de la libertad de pensar y actuar bajo pautas sociales en un momento histórico determinado; situación esta donde siempre estará inmerso el ser humano. La condición humana en Urdemalas la expone Cervantes con ingenio dentro de un espectro irónico con el que logra la aceptación y tolerancia del lector hacia este personaje pícaro, truhán.

Así mismo, en esta comedia se reafirman valores morales y cristianos que estaban insertos y fijados por la ideología predominante de aquella época y que formaban parte de la vida misma del español de aquel momento. Por eso vemos en la *Jornada I* cómo Clemente embozado, al igual que Clemencia, haciéndose pasar por un pastor, refiere a Martín Crespo su aventura amorosa con ésta, exponiéndole la semejanza en calidad entre sus condiciones de pobreza y la riqueza del alcalde, comparándosele de esta manera:

*Como él yo soy tan bueno;
tan rico no, y a su riqueza igualo
con estar siempre ajeno
de todo vicio perezoso y malo;
y entre buenos es fuero
que valga la virtud más que el dinero.*

Expresión esta última que paradigmáticamente encierra toda una mentalidad propia de la Edad Media, fijada con la prédica secular contra la riqueza e interiorizada por la teología escolástica.

Y en la *Jornada II*, en la ocasión en que Maldonado recrimina a Pedro su preocupación por la cercanía de los hombres de la Justicia, diciéndole:

En muy poco agua te ahogas...

Urdemalas, sin darse por aludido, aunque prácticamente se le insinúa cobardía, le replica adornándose a sí mismo de altas cualidades:

Que ha de ser el hombre honrado

Recatado y no atrevido:

Y es prudencia prevenir

El peligro...

Más adelante, Cervantes, por lengua del mismo Pedro de Urdemalas, y por sus acciones, ironiza una falsa y desproporcionada creencia cristiana, fingidas y exageradas muestras de piedad y las supersticiones religiosas de aquella época y de aquella sociedad, las cuales mezcladas con supercherías, creencias y prácticas mágicas, estaban enraizadas en la mentalidad española, con especial vigor en la mentalidad popular, pero de las que no estaban exentos los demás estamentos. Así vemos, como en la *Jornada III*, al entregarle la viuda Marina a Pedro de Urdemalas (el rezandero) el dinero para que, con sus oraciones, salvara de El Purgatorio las almas de sus parientes difuntos, éste la exorciza cínicamente burlándose de su credulidad:

*Mi buena bendición toma,
que da salud a las muelas,
preserva que no se engañe
nadie con fraude y cautelas...*

*llevando la bendición
del gran Pedro de Urdemalas*

También en esta Jornada el autor ironiza esa mezcla de creencias religiosas y mágicas, en el hipócrita desprendimiento de la viuda Marina que, luego de hacer entrega del dinero a Urdemalas, quejumbrosamente exclama:

*Ya yo soy otra alma en pena,
después que me veo ajena
del talego que entregué.*

Poderoso caballero... No hay dudas. Porque siempre ha sido así.

En este pasaje de la comedia se pone en evidencia una mentalidad, un comportamiento, una actitud ante la vida y la muerte que depende y surge de las profundidades biológicas y culturales, que inmersos en las capas más entrañables de la memoria, al emerger de ésta se traducen en actos, gestos y sueños como reflejos inconscientes de representaciones allí arraigadas, cuyo estudio, dice el historiador francés Philippe Ariée, deberá centrarse en el *juego relativo que existe entre las condiciones de existencia de los hombres y la manera cómo reaccionan respecto de ellas* (*Ensayos sobre historia de la muerte en Occidente*, 1976). O como señala Vladimir Acosta en *Viajeros y Maravillas* (Monte Ávila, 1992), al referirse a los grandes temas del imaginario que son patrimonio universal: *Vienen de lejos, a veces del fondo de los tiempos; pero casi cada cultura o grupos de culturas preindustriales los ha conocido y recreado de algún modo, adaptándolos a sus valores y patrones.*

Es de sumo interés para nosotros este cuadro de la comedia, porque pone en evidencia la actitud de los vivos ante las almas de los difuntos, en especial, el temor reverencial hacia el alma del muerto que se cree ha quedado vagando en pena entre los vivos, de quienes exigen ayuda y solidaridad para poder

dejar ese estadio intermedio y descansar en paz. Creencias estas que han sobrevivido de antiguas religiones que, bajo las capas de más hondura del inconsciente, formaban parte de esa mezcla de lo religioso con lo mágico, que se manifestaban, por lo regular, en miedo al **doblo** o alma en pena. Acerca de este credo, recordemos que los antiguos griegos pensaban que la persona muerta iba a seguir su tránsito bajo tierra, conservando sus sentimientos de bienestar y sufrimiento; que por ello, el muerto al que no se le hubiera dado sepultura carecía de morada, vagaba errante en forma de fantasma y se convertía, por su rabia, en malhechora, se vengaba de los vivos que, al no haberla enterrado, la sometían a ese tormento después de su deceso, por lo que les enviaba maleficios y enfermedades; igualmente, si al cadáver se le enterraba sin cumplirse con los debidos ritos funerarios, o que estos se hubiesen hecho incompletos, o que no se hubieran pronunciado precisas fórmulas rituales, sucedía también que el muerto que andaba errante y lleno de ira se les aparecía a los vivos exigiendo de ellos lo sepultaran de acuerdo a las reglas debidas.

Y en relación con esta creencia, vale la pena transcribir lo que Vovelle (ob. cit.) nos dice al respecto: *Espíritus errantes confundidos con las fuerzas naturales que se vuelven ansiosos de solicitar la intervención de los vivos. Esta presencia inquietante es la de los muertos comprometidos, según la expresión citada, es decir, que no han pagado sus deudas y que sólo pueden ser liberados por la solidaridad de los vivos.* Y nos permitimos agregar, que en tal pasaje es viable deducir que persiste, si hacemos de él una lectura sublineal, una mentalidad arcaica sobre los muertos, mantenida (**resistencia**) en el inconsciente colectivo español, proveniente, probablemente, de antiguas religiones célticas, iberas y mediterráneas.

En otro sentido, refiriéndose a *la religión popular* nos apunta Bakhtine (citado por Vovelle) una interesante definición de ésta, cuando nos dice que ella no es más que *un conjunto de actitudes y comportamientos, una dinámica, en una palabra, basada en la inversión de los valores y las jerarquías, la corrosión de la risa y de lo irrisorio que opone una contra lectura espontánea y constantemente desmitificadora a la religión y el orden social*. Por nuestra parte creemos, que esta religión tal como la define este autor tuvo muy poca representación en la España de la Inquisición y la Contrarreforma; y si estuvo presente fue en una ínfima parte de la población y se hacía casi imperceptible, por el respeto reverencial de ésta hacia el poder, en especial hacia la Iglesia; y es opinión de algunos historiadores, con quienes compartimos criterio, que ésta se cuidó, muchas veces, de perseguir creencias populares, o de tratar de eliminarlas drásticamente, pues buscaba más bien orientarlas, subsumirlas o integrarlas a su doctrina. Y comentan estos mismos investigadores que, probablemente, esta relativa tolerancia se debía, en gran medida, al origen popular del clero español, quien aceptaba y disfrutaba, con desparpajo, de las anécdotas picantes de que eran blanco sus integrantes. Sin embargo, aún considerando la situación descrita y entendiendo que para los estamentos dominantes, clero y nobleza, la risa, la burla y la comicidad se tenían como conductas de villanos, rufianes y bufones, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que este tipo de religión se mantenía viva y subsistía en la mentalidad del pueblo español, si bien acorralada y cubierta por la ideología católica dominante; y una prueba de ello era la existencia de cofradías de truhanes, pícaros y delincuentes, como la de Monipodio, donde se atrevían, sólo ellos, con las reservas del caso, a practicar o comunicar en lenguaje críptico esta religión popular.

Diferente era el caso del clero en Francia, pues allí este orden se había prácticamente prostituido, por lo que había perdido el respeto de la nobleza y del pueblo; como claramente lo señala Huizinga en *El Otoño de la Edad Media* (Alianza 1984): *La degeneración del propio clero hizo el resto y así hacia siglos que las clases altas y bajas se regocijaban ante las figuras del monje deshonesto y del cura gordo y tragón. Existía siempre un odio latente contra el clero.* Claro, no quiere esto decir que en España no existieran también resentimientos contra curas y frailes, en particular, por parte de conversos, mujeres y delincuentes.

Sin embargo, para un truhán como Pedro de Urdemalas la religión devenía en pretexto y ocasión para plasmar sus artes de enredo y truhanerías; para ejercer su oficio de rezandero y ensalmador, por su conocimiento de los secretos y efectividad de las oraciones, invocando entre sus ayudas al *ánima sola*, este espíritu de El Purgatorio muy conocido y presente en la creencia y mentalidad popular venezolana.

Otra condición de Urdemalas, suerte de taumaturgo, es su capacidad de trastrocarse, o cambiarse, para convertirse en cualquier otro personaje; de tal manera, que al final de la comedia resaltarán las ventajas de esa condición en el ejercicio de su oficio de pícaro, de truhán, al transferirlas a las del actor; y así proclama:

*Ya podré ser patriarca,
pontífice y estudiante,
emperador y monarca;
que el oficio de farsante
todos estados abarca.*

Y concluye señalando:

*Sé todos los requisitos
Que un farsante ha de tener.*

Así se cumplía, de esta manera, la predicción del Malgesí que le había descubierto lo escrito en las líneas de la mano; práctica de la quiromancia muy común, aún hoy, en Andalucía, preferentemente entre gitanos.

En cuanto a esa capacidad de trastrocarse, no podemos olvidar que, además, el término *farsante* se aplica indistintamente tanto al *actor* como al *pícaro*, al *truhán* o al *bufón*; y que a la *comedia* se le ha denominado, genéricamente, *farsa*.

III

EN CLAVE DE PIEL

*En el viaje del alma
no todo es calma.*

Parónimo.

Siempre nos perseguirá, como una furia del teatro griego, la eterna pregunta que Wilde polarizó en el arte, dejándonos, no obstante, la certeza de una sutil incertidumbre, la cual incitó atrevidas tesis de la Psicología, que con Jung aportó signos reveladores de una probable convicción, cuando afirmó, en su estudio del I Ching, que son las relaciones sincrónicas, no causales, inmersas en el inconsciente, producidas y procesadas en la mente, en la relatividad del espacio y tiempo analógicamente creados y condicionados -así mismo- por ésta, las que nos impulsan a actuar en concomitancia, en armonía, con acontecimientos lejanos cuya memoria, en el curso de la vida, se han estado depositando en las capas profundas de nuestro inconsciente.

De aquí que nuestra anterior conjetura de una verosímil correspondencia entre ciertos caracteres y actuaciones de personajes de Cervantes y relevantes peculiaridades del tipo de español que vino a las Indias durante los siglos XV, XVI y XVII, está en sintonía con ideas y conceptos expuestos por algunos historiadores y escritores, que iremos exponiendo en este trabajo que, advertimos, no aspira a la academia sino a la modestia.

El investigador francés Jacques Le Goff en su obra *Lo Maravilloso y Cotidiano en el Occidente Medieval* (Ariel, 1986), precisa el concepto de **herencias continuadas** en la historia de los pueblos, definiéndolas como el empleo reiterado de representaciones formales de las mentalidades inconscientes colectivas, es decir, aquellas actitudes y comportamientos que subsisten y perduran durante muchísimo tiempo en la cultura del cuerpo social, y en cada individuo en particular, que se hacen presentes, o aparecen, ante determinados estímulos o situaciones, interiores o externas. Actitudes y

comportamientos estos que otro historiador galo, Vovelle (Ob. cit.), denomina **formas de resistencias**, porque ellas mantienen su presencia durante larguísimo tiempo en el substrato del inconsciente; acotando, además, que esto demuestra que *hay en los comportamientos humanos una parte que escapa a la ideología*; y que es esta parte de los comportamientos humanos a las que llama formas de resistencias, las que evidencian, así mismo, la *relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la vida de los hombres y la manera en que la cuentan y la viven*, de lo que podemos inferir que él se refiere, indudablemente, entre las formas de contar, a la **literatura oral o escrita**; y concluye este autor afirmando, que el hombre “entero” (familia, costumbres, sueños, lenguaje, moda, etc.) se puede definir y describir por sus comportamientos.

Válido es, pues, asentar aquí lo expresado por esta corriente de los estudios de la historia, cuando para apoyar la tesis antes descrita alega que ésta pone su mayor interés en lo mental; y que la especificidad de **la prisión de larga duración (*longue durée*)** testimonia, en los seguidores de esta vía historiográfica, la importancia que estos dan, no tanto a la autonomía de lo mental, sino a la originalidad de los ritmos a que está sometida.

Relacionada con esta corriente de la historia, es de la mayor relevancia la posición marxista expuesta en el contenido de la carta que Engels remite a Ernest Block, parcialmente transcrita por Vovelle (Ob. cit.), en la que aquél aclara que *Según la concepción materialista de la historia, el factor determinante es, en última instancia, la producción, y la reproducción, de la vida real*. De lo que se puede apreciar, en el caso que nos ocupa de los comportamientos como formas de resistencias, que según esta afirmación de Engels, el factor determinante estaría representado en buena medida por el arte y **la literatura** realistas.

Y en cuanto a lo que a esta última se refiere, y por lo que atañe directamente a este trabajo, reproduciremos lo pensado y escrito por Flaubert y Vargas Llosa, dos importantes y reconocidos novelistas pertenecientes a épocas distintas; opiniones estas que serán también de máximo interés para los lectores, porque ellas tratan del proceso genésico en la creación literaria, específicamente en la escogencia, por un autor, del tema para una novela, que en los siguientes ejemplos nos ponen de manifiesto un criterio, si no igual, semejante al de los historiadores de los procesos de larga duración y de las mentalidades.

Veamos. Mario Vargas Llosa comenta en el capítulo Dos, El hombre-pluma, de *La Orgía Perpetua*, en ¿Utilizó Flaubert elementos reales en *Madam Bovary*? ¿Fue consciente de ello? (Seix Barral, 1975), al referirse a cómo incide *el factor irracional* en la escogencia de un tema por un novelista, que: *la intervención decisiva que tiene, en la elección de un tema, el factor irracional, aquel dominio en el que la voluntad y la conciencia no mandan, sino obedecen, y desde el que ciertas experiencias claves, almacenadas allí y, a menudo, olvidadas, operan secretamente sobre las acciones, pensamientos y sueños humanos, como su remota raíz, como su explicación profunda.* Añadiendo, de seguidas, para apoyar esta reflexión, que eso fue lo que quiso decir Flaubert en una de sus cartas al expresar: *On n'est pas du tout libre d'écrire telle ou telle chose. On en choisit pas son sujet. Voilà ce que le public et les critiques ne comprennent pas. Le secret des chefs-d'oeuvre est là, dans la concordance du sujet et du tempèrament de l'auteur.* Además, abundando en su anterior explicación nos dice que en el escritor (en el novelista en este caso) *Ciertos asuntos tocan fibras profundas de su ser, excitan su sensibilidad, provocan en él la voluntad de crear... Porque aquellos temas que lo estimulan a nivel consciente preexisten, de modo*

embrionario y borroso, en su subjetividad. Y asienta, como para no dejar dudas al respecto, -y añadimos nosotros que también para reafirmar la semejanza que apuntamos arriba-, que una novela no es la consecuencia de haberle escamoteado un tema a la vida, sino que ella resulta *siempre de un conglomerado de experiencias, secundarias e ínfimas que, ocurridas en distintas épocas y circunstancias, empozadas en el fondo del subconsciente o frescas en la memoria, algunas personalmente vividas...*

Vistas en este concierto las anteriores aseveraciones del autor de *Madam Bovary* y del escritor peruano, hoy español, quedará ya de parte del lector el sacar sus propias conclusiones.

Sin embargo, antes de cerrar lo referente a las ideas expuestas, veamos, por lo que tiene a su vez de coincidente con las de los autores arriba aludidos, lo dicho por Roas Bastos (Discurso cit.), al referirse a su oficio de escritor, cuando afirma que *las incursiones en la escritura tratan de penetrar lo más profundamente posible bajo la piel del destino humano, de las experiencias vividas, del siempre renovado enigma de la existencia, creando su propia realidad sin perder por ello su carácter imaginario de “historias fingidas” como decía Cervantes de las que él mismo escribía.*

Se ha llegado, así mismo, a considerar a las **mentalidades** como integrando, o contenidas en, la ideología, pero enterradas en el nivel de las motivaciones inconscientes. En esta vía, dicen sus autores, ellas remiten de manera privilegiada al recuerdo, a la memoria, a formas de resistencias que han sido definidas como *las fuerzas de inercia de las estructuras mentales*; las que serían, según algunos historiadores de esta corriente, *las escorias de las ideologías muertas*, de esas que ha estado recibiendo el hombre y depositando en el inconsciente durante su tránsito histórico sobre el planeta; formas mentales conservadas en las capas más profundas de la memoria colectiva, e

individual, que ante determinadas motivaciones, interiores o externas, se repiten insistentemente en actos inconscientes. E insistiendo, hasta llevar estas disquisiciones a un punto extremo, algunos autores, como lo señala Vovelle (Ob. cit.), *pretenden descubrir en esos recuerdos que resisten, el tesoro de una identidad preservada, las estructuras intangibles y arraigadas, la expresión más auténtica de los temperamentos colectivos, en una palabra, lo más valioso que tienen*. Estas ideas parecieran remitirnos, creemos sinceramente, al estadio de la edad de oro, al paraíso perdido de todas las mitologías.

Es igualmente interesante, por lo que toca a este trabajo, la información que nos proporciona Le Goff en el Capítulo IX de su citada obra, *Los Marginados del Occidente Medieval*, donde enuncia entre los excluidos de esa época a los herejes, judíos, brujas y brujos, extranjeros, los venidos a menos, campesinos, obreros, artesanos, vagamundos, estudiantes, prostitutas y delincuentes. Como podemos observar la lista es abundante y, en nuestra opinión, exagerada, pues por la amplitud con que el autor la expone, nos demuestra que la misma no fue sometida a una razonable discriminación y jerarquía. Porque nos bastaría señalar que, en el diseño y construcción de las grandes catedrales góticas de Europa y de los tesoros artísticos contenidos en ellas intervinieron de manera decisiva muchos maestros y artesanos de corporaciones, o fueron ellos sus creadores directos. Esta situación nos hace presumir que muchos de esos maestros y artesanos llegaron a gozar de ciertas consideraciones sociales.

En este mismo orden de ideas, como dato de sumo interés, el capítulo aludido expone un suceso relevante, y revelador, en lo religioso y social de la Edad Media, al destacar que fue a partir del siglo XIII cuando se reivindicaron, como consecuencia del capitalismo en ascenso, algunos oficios

hasta ese momento tenidos como infamantes, lo que hizo que la Iglesia, dentro de su apologética, instituyera el sitio de *El Purgatorio* (que antes no existía) como lugar intermedio entre *El Infierno* y *El Cielo* para purgar penas y poder acceder definitivamente a éste; y así, de este modo, se ascendía en el reconocimiento social y en la purificación del alma, lo que sin duda representaba, de una manera teologal, la reivindicación o recuperación de algunos marginados y excluidos que antes vivían entre dobles y letanías, y cuyas plegarias -por lo mismo- no alcanzaban a tomar vuelo. A esto podemos añadir, que este mismo autor considera que esta creación intermedia entre Infierno y Paraíso representa la relación secular, y familiar, de las ánimas de El Purgatorio con los vivos y de cómo la Iglesia post-tridentina logró cristianizar al *doble*, a esa alma errante que penaba sin remedio entre los vivos, que como señalábamos antes era una creencia arraigada de antiguas culturas y religiones, para convertirlo en *ánima de El Purgatorio*, intermediario de la divinidad y la salvación.

Fue por este cambio en la concepción del tránsito de las almas de los muertos, que en una comedia del siglo XVII el oficio de *rezandero de ánimas* era una ocupación social y religiosamente aceptada, tal como la ejercía *Pedro de Urdemalas*.

Es oportuno y necesario aquí que no olvidemos que de esta clase de personas estuvo compuesto mayormente el contingente de españoles, conquistadores y pobladores, que entre 1492 y 1700 vinieron a las Indias.

Con relación a los iniciadores e impulsores de los estudios de la literatura como fuente y respaldo de los estudios de la historia, y viceversa, lugar aparte y destacado merecen las investigaciones que al respecto llevara a cabo don Andrés Bello, en una época en que eran pocos y contados, inclusive en Europa, los que ejercían esta visión recíproca acerca de estas disciplinas.

Logró el maestro Bello realizar sus importantísimas investigaciones, por su condición de humanista y la forzada estadía durante dieciocho años en Londres, donde tuvo la oportunidad de acceder a la biblioteca de su paisano Francisco de Miranda y a la del Museo Británico. Allí estudió libros, manuscritos y documentos inéditos de la literatura medieval europea, especialmente la *Crónica del Cid*, el *Poema de Mío Cid*, los *Romances castellanos antiguos*, las *Canciones de Gesta francesas* y poemas épicos de *troveres* y juglares, descubriendo, de paso, el origen de estos poemas en los cantares germánicos; desvelos y hallazgos, recogidos en notas, que fueron base de sus importantes trabajos acerca de aquella *Crónica* y de todos esos *Cantares*, donde expondría novedosas, inéditas y certeras ideas acerca del origen, formación, estructura, métrica, asonancia, estilo e influencias de la poesía épica castellana, de cuyos trabajos, mientras vivió, sólo pudo dar a conocer fragmentos y resúmenes en artículos de prensa y cartas a otros investigadores. Esas investigaciones que fueron una pasión de vida por descubrir el origen y formación de nuestra lengua, sin embargo no logró verlas editadas, pues sus publicaciones se hicieron después de su muerte; ellas fueron producto de aquellas notas que había conservado de sus pesquisas históricas-literarias y semánticas, en Inglaterra, en la *Crónica del Cid*, en el *Poema de Mío Cid*, en los apéndices sobre la época medieval, en los *romances castellanos*, en la versificación en la *Canción de Gesta francesa* y en los *cantares germánicos*.

Ya en el ocaso de su vida escribió una nota, en la prensa chilena, referida a la publicación de *Biblioteca Española* de Rivadeneyra y al código del *Poema de Mío Cid* que ésta reprodujo (1864), donde expresa textualmente la importancia de tal publicación para el conocimiento e investigación de nuestro pasado literario y de la evolución de nuestra lengua, porque la *Biblioteca*

incluía obras antiguas de la literatura castellana y trabajos de investigación sobre ellas, algunas de las cuales hasta ese momento habían permanecido inéditas para el mundo de habla hispana, por lo que aseveraba que dicha publicación tenía que considerarse como *debiendo ella ser base de todo estudio satisfactorio de las antigüedades y orígenes de la literatura*; y respecto del *Poema de Mio Cid* ya, en 1823, había expresado que era una *...pintura animada de las costumbres y caracteres, la naturalidad de los afectos, el amable candor de las expresiones...*; y en su estudio *Literatura castellana* (1834) agregaba, *debemos fijarnos en los indicios de antigüedad que resultan no sólo de su sencillez y candor del estilo, sino de las cosas que en él se refieren*. De esa inigualable labor desarrollada por don Andrés Bello como investigador de la historia de la literatura medieval castellana y europea, y de las crónicas, romances y *Poema de Mio Cid*, deja constancia el justo juicio de Marcelino Menéndez Pelayo cuando afirma: *En las cuestiones relativas a los orígenes literarios de la Edad Media y a los primeros documentos de la lengua castellana, Bello no sólo aparece muy superior a la crítica de su tiempo, sino que puede decirse sin temeridad que fue de los primeros que dieron fundamento científico a esta parte de la arqueología literaria* (Casa de Bello, Caracas, 1986, Estudios Filológicos, Obras Completas, *Estudio Preliminar*, Pedro Grases).

Es así mismo de justicia dejar sentado aquí que para la mayoría, si no todos, de los historiadores franceses, Huizinga, aunque posterior a Bello, es considerado como uno de los iniciadores y propulsores de los estudios literarios como fuente historiográfica.

Acerca de las precisiones y proposiciones de los historiadores Vovelle y Le Goff, comunes a quienes están formados y practican esta metodología historiográfica, y las de los adscritos a la que se ha dado en denominar *nouvel*

histoire, quienes utilizan, además, recursos y técnicas narrativas, hasta hoy casi exclusivas de la literatura, especialmente para contar historias de pequeñas comunidades y de grupos que se han resistido a ser devorados por culturas dominantes, nos inducen a creer que es preciso, sin pretender conclusiones irrefutables sobre esta materia, comparar, a partir de textos de Cervantes, de crónicas, novelas y narraciones tradicionales, la mentalidad y el comportamiento del hombre venezolano, apreciando algunos atisbos, dentro de las etapas de nuestro proceso histórico desde hace quinientos años, considerando la mentalidad, actitud y comportamiento del tipo de español que a partir del siglo XV, y durante los siglos XVI y XVII, fue interfiriendo nuestra geografía y espacio social, dentro del cual fue mezclándose primero con el indígena y posteriormente con el negro, de lo que resultaría la etnia básica de nuestro pueblo, con caracteres y conductas apreciables que nos distinguen dentro del resto del mestizaje hispanoamericano; pueblo que realizó una peculiar y sangrienta guerra de Independencia, donde prácticamente desapareció la casta blanca (aunque también eran mestizos, pero más claros) u oligarquía, como lo expone, en extenso, el historiador Manuel Caballero, en su original e importante análisis del proceso que condujo a la llamada Guerra Federal y a sus consecuencias (*Ni Dios Ni Federación*, Planeta, 1996), cuyos sucesos acrecentaron aún más la mezcla étnica y cultural, continuando nuestra nación en la dinámica de un proceso político-social muy propio y específico.

Sobre el punto especial de cómo aquellos españoles pudieron haber reaccionado mentalmente ante el encuentro con la etnia indígena y, casi de seguidas, ante la negroide, vale la pena recordar aquí que, desde el siglo X habían llegado a la región de Al Andalus, que siglos después se reduciría a Andalucía y por último a Granada, para fungir de guardias especiales del

Califa, los primeros contingentes de soldados (moros) del norte de África (*Memorias de AbDhala, último rey ziri de Granada*, destronado por los almorávides, Alianza, 1979), quienes, durante los reinos taifas, se fueron mezclando, mestizando, con los habitantes que allí vivían, lo que ha debido prolongarse, probablemente, hasta el mismísimo siglo XV. De lo que podemos deducir, que cuando los primeros españoles llegaron a las Indias eran individuos ya mestizados con esa etnia africana desde hacía algunos siglos. Recordemos, a modo de ejemplo, a El Negro, compañero de Albar Núñez Cabeza de Vaca en su deambular huyendo por La Florida, Texas y Nuevo México.

Así mismo, al hecho de las características mentales del tipo de español venido a estas tierras, a lo que hoy se conoce como Venezuela, habrá que agregársele la circunstancia de las condiciones de este espacio geográfico donde se asentaría, y la estructura y peculiaridades de las tribus que habitaban aquí; es decir, las características de un territorio, que luego estuvo compuesto por varias provincias, entre ellas Venezuela y un espacio que se conoció como Nueva Andalucía o Cumaná, más tarde provincia, que, según lo aseverado por algunos cronistas e historiadores, que estaba social y políticamente estratificado en múltiples tribus diferentes, la mayoría hostiles y en muchos casos enemigas entre sí, con productos culturales arquitectónicos exiguos, o mejor, no monumentales; que no habían alcanzado una estructura social y política que la acercara a una concepción incipiente de Estado, si se les llegaba a comparar con lo que habían logrado las sociedades Azteca, Maya, Inca y Chibcha. De todas esas tribus, tal vez de la de los Timotocucas, en los Andes, conforme a algunos autores, se pudiera hacer excepción, porque había alcanzado avances notables en su estadio socioeconómico y cultural, lo que se debió tal vez a su cercanía y relaciones con los Chibchas de Colombia.

Todo esto lo exponemos, por supuesto, sin ánimo discriminatorio y sin desdeñar al habitante primero de esta tierra y, por supuesto, sin subestimar sus manifestaciones y producciones culturales, por las cuales sentimos tanto respeto y admiración como podemos sentir por las de la más moderna civilización; pues, nuestra intención es indicar aquí cómo fue que aquellos españoles, bajo su propia óptica y concepción del mundo, observaron y vivieron nuestro territorio durante los primeros años de su llegada hasta su definitivo asentamiento en poblaciones. Acerca de la indubitable riqueza de este patrimonio cultural, espiritual, de nuestros indígenas, recientemente ha sido publicado por la Fundación Ayacucho la recopilación, del poeta Gustavo Pereira, *Costado Indio*.

Asentados, pues, dentro de esta variedad étnica a la que se agregaría el negro esclavo, los hispanos que habían llegado en aquel tiempo, en su gran mayoría desempeñaban “bajos oficios” como los de bodegueros, de pequeños artesanos, albañiles, etc.; a quienes los pudientes, durante la colonia, despectivamente denominaron *blancos de orilla*, a los que les importaba un bledo el modelo estamental castellano que habían dejado atrás y que hubieran querido enterrar en el olvido; fueron ellos los que más pronto que nunca *follaron* con indias y negras y se amancebaron con ellas, como también llegaron a hacerlo, *ad libido* y *ad libitum* bajo la sotana, muchos clérigos y legos, acelerando, de este modo nuestro mestizaje. Fue, ineludiblemente, el lenguaje del amor, o de la lujuria, el que actuó de catalizador veloz para la difusión del castellano y de acelerador del proceso de mestizaje.

A lo anterior habrá que agregar que, ya a mediados del siglo XVII, las pocas poblaciones existentes, en su gran mayoría, estaban separadas por grandes distancias y sus habitantes sufrían las dificultades de traslación por las casi inexistentes vías de comunicación, o, para decirlo con las dramáticas

palabras de Arturo Uslar Pietri, nuestra población estaba *Recogida en aldeas separadas, asediada por la miseria y por el infierno, sin centro y sin comunicaciones, con poco arte y poco pan...* (*Letras y Hombres de Venezuela*, Edime, 1958); factores todos estos, entre otros, que impedían en gran medida el efectivo control político y religioso del Estado español, y obstaculizaron el que se pudiera repetir aquí aquel modelo estamental castellano, lo que dio como resultado la aparición del sistema de *castas* que se impuso en el proceso socioeconómico colonial en lo que hoy es el territorio venezolano.

IV

VERDADES Y FICCIONES

*Sin libro y lira
la vida expira.*
Epónimo.

A partir de las ideas previamente expuestas, veamos, brevemente, cuál fue el tipo de español que con mayor afluencia vino a las Indias e intervino en la conquista y poblamiento de nuestro territorio, considerando, primordialmente, la fuente literaria que nos permita acercarnos a la revelación de ciertos comportamientos, actitudes y mentalidades de aquellos hombres que llegaron durante los siglos XV, XVI y XVII, vistas, así mismo, algunas narraciones de cronistas de la época, ensayos y novelas de autores venezolanos y algunos cuentos inéditos de nuestra tradición oral recreados por nosotros; abrevando en otros textos de Cervantes, como ya lo hicimos en *Pedro de Urdemalas*, y más adelante haremos en *El retablo de las maravillas*, *Rinconete y Cortadillo* y *La tía fingida*, que se le atribuye. E intentaremos evidenciar, si de alguna forma esos comportamientos, actitudes y mentalidades que aparecen en personajes de esas obras, han subsistido en el inconsciente colectivo, teniendo siempre en cuenta el hecho incontrovertible de que España nos impuso su lengua e ideología; y si esto lográramos, insistir en rastrear, también, algunos mínimos atisbos de su incidencia e influencia durante la vida colonial, en los sucesos de nuestra Independencia y en otros procesos y sucesos de nuestra historia.

Iniciaremos la muestra con un libro singular, *El Conquistador Español del siglo XVI*, de Rufino Blanco Fombona. Brillante ensayo publicado por primera vez en Madrid, en 1922, el cual tiene la virtud de explorar, adelantándose en muchos años a la hipótesis que los historiadores franceses, antes citados, denominaron estudio de las mentalidades en los procesos de larga duración (*longue durée*).

Con relación a la carga de criterio positivista que indudablemente priva en el libro, lo cual se le ha criticado acerbamente y de manera exagerada, en especial por el uso que sin rubor hace del término “*raza*”, opinamos que esto no desmerece al libro, puesto que su utilización está claramente explicada, por el mismo autor, en el capítulo *La Médula Española*, cuando nos alerta: *Para conocer el modo de ser español, en alguno de sus rasgos esenciales, se empleará aquí la palabra raza, no en sentido antropológico, sino como grupo de gentes con determinados caracteres físicos y psíquicos - preferentemente psíquicos- que durante largos períodos... se han desenvuelto en circunstancias que les permite tener y conservar ciertas características.*

Solo la idea básica sobre la que Blanco Fombona hace descansar la trama de su magnífico ensayo, bastaría por sí misma para situarlo entre los pensadores que, *avant la lettre*, se han denominado precursores de una rama de la investigación histórica que, fundamentados en los procesos de larga duración y de las mentalidades y actitudes inmersas en el inconsciente colectivo, entendiendo este concepto tal y como se ha venido exponiendo en las anteriores páginas de este trabajo, creemos que elucidará cada vez más el por qué de determinados comportamientos, colectivos e individuales, y de ciertos procesos y sucesos en la historia de nuestro pueblo, de Venezuela.

Así mismo, nos atrevemos a afirmar, salvo prueba en contrario, que fue Rufino Blanco Fombona el primero que inició esta original interpretación de nuestro proceso histórico escudriñando en la manera de ser del hispanoamericano, a partir de algunas mentalidades y actitudes del tipo de español que vino como conquistador a las Indias en los siglos XVI y XVII. La cercanía de estos hombres al lar caballeresco de las novelas y de los cantares de gesta que los convirtió en soñadores de aventuras remotas en las nuevas tierras descubiertas, aunada a los sucesos de la guerra de Reconquista en la

que habían participado de algún modo, acrecentó, como él mismo dice, la muy española virtud del heroísmo, cualidad esta que, posteriormente, extremará en loas Rodríguez Prampolini, en su libro *Amadices de América* (Celarg, Caracas, 1975).

A lo apuntado anteriormente agregamos, que ya para el siglo XVI los españoles eran aficionados a los relatos de aventuras y prodigios. Asienta, así mismo, Blanco Fombona, de estos conquistadores, que fue su fanatismo religioso un detonante que produjo múltiples crímenes atroces, por su violencia y crueldad, de manera que *las peores fechorías las comete sin repugnancia*, porque creía que las purificaba la religión, que de este modo, pensamos nosotros, se convertía en justificación y catarsis; y los hacía, además, estoicos y temerarios hasta lo inconcebible. Eran también, afirma este autor, muy supersticiosos, como lo pudimos constatar nosotros en *Pedro de Urdemalas*; que su creencia en milagros y apariciones era tan normal como el comer y el beber; y que no se dijera nada de la certeza que ellos tenían del mal de ojo, mentalidad y actitud esta que aún perdura en nosotros. Dice, también, de ellos, que su herencia estoica los había marcado con el rasgo de un fatalismo militante, característica esta que, curiosamente, en una obra editada veintidós años después, Picón Salas la tendrá como propia del indígena. Otras características que este libro le asigna a los conquistadores españoles del siglo XVI, son la de ser codiciosos, jugadores empedernidos, porque su pensamiento estaba regido por el anhelo de hacer fortuna con el mínimo esfuerzo; y ratifica la más evidente, evidenciada y criticada de todas sus características, la de ser individualistas hasta el extremo.

Por cierto, acerca de la veracidad y permanencia de esta última característica en la vida y obras de los españoles, incluyendo a los actuales, pareciera haber acuerdo unánime entre los autores, pues bastará reproducir

aquí, a manera de ejemplo, la conclusión a que llega Guillermo de Torre (Ob. cit), al comparar la actitud poco permeable de la literatura española con la actitud receptiva y de aceptación de la literatura francesa ante nuevas ideas y formas de escrituras, provengan éstas del propio país o del exterior, cuando expresa: *frente al irreductible individualismo de las literaturas hispánicas, productores y consumidores de las letras galas, solo sostienen y aceptan lo nuevo cuando surge en formación de parada, bajo una bandera espectacular;* lo que evidencia, además, acotamos nosotros, una autoestima muy arraigada y una mentalidad tradicionalista en el español. Y más recientemente, leímos en el sociólogo y escritor Amando de Miguel (*La perversión del lenguaje*, Espasa Calpe, 1994) otras dos características que este autor le suma, no ya al español, sino a lo español: *el pesimismo congénito de la cultura española y el masoquismo visceral de la raza.*

Y a propósito de este carácter individualista del español que heredamos los hispanoamericanos, el mismo fue confundido y desvirtuado, de propósito, identificándolo con el fenómeno económico-político del caudillismo, por los más conspicuos representantes del positivismo en América (Sarmiento, Alberdi, Lastarria, Ayarragaray, Bunge, García Calderón y Vallenilla Lanz), imprimiéndole su carga de racismo y prejuicio contra los mestizos de este Continente.

De paso anotamos aquí una interesante curiosidad. Un intento de explicar la aparición del “pícaro” en la realidad del siglo XV español. Fue al inicio de la antropología aspirando a ser disciplina científica, dentro del auge del positivismo y de su influencia en las ciencias jurídicas, con las teorías de Lombroso y de sus discípulos en Italia, y de sus seguidores en Europa, tal nos apunta Luis Maristany en su ensayo, *El gabinete del doctor Lombroso* (Editorial Anagrama, Barcelona, 1973), señalando que a finales del siglo XIX

el Doctor Rafael Salillas realizó en España un estudio sobre la picaresca, en dos libros, *El lenguaje y Hampa*, donde partiendo de los antecedentes históricos y sociológicos de la vida picaresca, asevera -bajo su óptica positivista- que la deficiente alimentación era la principal causa de degeneración, y que ésta a su vez lo era de la conducta pícaro, de la cual surgía su modalidad “hampa delincuente”, denominación esta que, sorpresivamente, hoy en día, algunos especialistas han actualizado con la nomenclatura “conducta delincuente”. Advertía así mismo el Doctor Salillas, que siempre era posible indagar, en la vida y obra de los autores de la picaresca, datos, avisos y sugerencias acerca de sus perfiles o biotipos, proyectados, desde luego, a los personajes pícaros de sus obras; y que, por investigaciones especiales -afirmaba- serían corroborados, indudablemente, por la ciencia antropológica.

Pero, continuemos con lo expresado por Blanco Bombona. Señala éste, que por encontrarse aquellos hombres rezagados entre la cultura del medioevo y la antepuerta de la edad moderna, conservaban muy a flor de piel una mentalidad fantasiosa y mágica, la cual los hacía propensos a creer firmemente, sin dudar, en toda clase de leyendas e invenciones sobre el mundo indiano, por más inverosímiles que éstas fueran, las cuales exacerbaban sus deseos de continuar, sin detenerse ni reparar en obstáculos, atravesando la sorprendente geografía americana hasta su más íntimo rincón, en el avance de conquista y evangelización. Así creían, dice nuestro autor, en el país de los enanos, en el de los cíclopes, en el de los hombres con dos pares de ojos, en el de los de una sola pierna, en el de los que se alimentaban del olor de las flores, o que dormían bajo el agua de los ríos y lagunas, mitologías y leyendas estas que estaban arraigadas desde la Antigüedad, y que se continuaron durante la Edad Media, en el hombre europeo; y así mismo,

creyeron y aumentaron los mitos de Manoa y de El Dorado. Aunada, pues, a esa mentalidad saturada por las fantasías contenidas en las tradiciones, cuentos populares y en los libros de caballería, estaba la seducción de lo que se oía y de lo que se hallaba de este Nuevo Mundo, lo cual era tan inusitado, impresionante e hiperbólico, que ante la magnificencia de la ciudad de Tenochtitlán Bernal Díaz del Castillo hubo de exclamar *que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís*.

Con el transcurso de los siglos esta mentalidad operó en el proceso de mestizaje *la subyacente condición creadora* (Uslar Pietri, *Realismo Mágico*), un fenómeno que algunos han denominado *sincretismo religioso y mágico*, en el que se mezclaron y están fundidas creencias mágicas y religiosas, cristianas, indígenas y negroides, que conformarían parte de lo que es la cultura hispanoamericana.

Acerca de la obra comentada, y del momento en que ella fue escrita, el crítico Ángel Rama, en su estudio *Rufino Blanco Fombona y el Egotismo Latinoamericano* (Separata, UC, 1975), expresa: *Y se dio fundamentación teórica a la reconciliación de los hispanoamericanos con la madre patria que estaba en curso en el novecientos (desarrollando una teoría de la raza que la emparenta con formulaciones que en la época hizo José de Vasconcelos en México) fue porque en ella encontró los gérmenes de un concepto del honor, de la rebeldía individual, de la altivez y aún de la soberbia, que estimó los valores peculiares de la "raza" latina, a los cuales exaltó sin tasa porque los hizo funcionar como instrumentos de guerra contra los amenazadores Estados sajones Unidos*. En relación con esta aseveración hay que decir que, ciertamente, luego de la depredación guerrera yanqui, en 1895, de las posesiones españolas de Cuba y Puerto Rico en el Caribe, y de Las Filipinas en el Pacífico, en la mayoría de los intelectuales hispanoamericanos se creó

una fuerte corriente de simpatía y reconocimiento de nuestra unión con la cultura e historia española, tanta, que en el soneto *Español*, Rubén Darío no sólo toma partido por esta posición de exaltación de los valores hispanoamericanos sino que elimina cualquier línea diferencial entre él y un español, se declara español; porque, debemos aclarar, que de allí a afirmar que estuviera en elaboración una “teoría de la raza”, como Rama lo asevera, es exagerado, y prueba de ello es este texto del propio Vasconcelos transcrito de *La Raza Cósmica* (Espasa Calpe, 1948): *las épocas más ilustres de la Humanidad han sido, precisamente, aquellas en que varios pueblos disímiles se ponen en contacto y se mezclan. Ninguna raza contemporánea puede presentarse por sí sola como un modelo acabado que todas las otras hayan de imitar*, el cual, como es obvio, expone el más claro rechazo a cualquier asomo de racismo.

Sin embargo, el crítico uruguayo, en dicha *Separata*, evidentemente insiste en ratificar, para nosotros su equívoca apreciación, cuando cita un pasaje de *El Negro Ruiz*, folleto escrito también por Blanco Fombona en 1901, donde éste atribuye a ese personaje mestizo ciertas características que luego acuñará a los conquistadores del siglo XVI, al decir: *Este hombre se hizo notable en ciertas clases de la población por su vivir un poco novelesco. Dicharachero, tabernario, de profesión curandero, aficionado según decía a las armas, el Dr. Bolívar juntaba a estas grandes virtudes de garito, la de ser negro de horrible catadura*. De lo que pudiera inferirse que, en este caso, Blanco Fombona daba a entender -asunto que nosotros no apreciamos de esta manera- que el origen y causa de las conductas negativas de este mestizo hispanoamericano estuviera en su componente africano, lo cual evidenciaría, sin duda, un odioso prejuicio racista, inaceptable, por supuesto ¡gracias a Dios! hoy en día.

No obstante, el término “raza” para definir a los iberoamericanos o hispanoamericanos, resulta en todo caso equívoco e impropio, por ello creemos de la mayor importancia transcribir parte de lo respondido por Arturo Uslar Pietri, a una entrevista que le hiciera Armando Coll para el Papel Literario de El Nacional, el 29 de Abril de 1990, donde expone: *Somos una comunidad con una base de valores absolutamente unitaria que viene de la cultura occidental como la trajeron los españoles a América con la herencia cristiano-griega-judía. Nosotros nos movemos dentro de ese mundo, pero nos movemos con una originalidad extraordinaria. El español que se vino a América, más nunca se pareció al otro...tenía otra manera de comportarse, de moverse, de comer, otra manera de pensar...Ocurrió una cosa mucho más grave: el nacimiento de una nueva situación cultural...es el conjunto cultural más homogéneo que hay en el mundo, con esa peculiaridad que nos da el proceso de creación de una cultura a partir del mestizaje...**No somos una raza, sino una cultura cósmica.***

Y para corroborar el predominio de la mentalidad violenta de los hispanoamericanos, en especial de los venezolanos, que en gran medida heredamos, y conservamos, de nuestros antepasados los conquistadores del siglo XVI, don Rufino afirma, respecto de la guerra de emancipación, que en ninguna parte como en Venezuela se desbordaron tan desmedidamente las pasiones, donde la violencia y el crimen se personificaron (muestra de la mentalidad anárquica también) así en el bando realista como en el republicano, entre otros, en Boves, Antoñanzas, Zuazola, Cerveris; en Antonio Nicolás Briceño, Arismendi, Bermúdez, Piar y José Félix Rivas; llegando a institucionalizarse con el *Decreto de Guerra a Muerte******. Por nuestra parte, no dudamos en afirmar -como ya lo han señalado serios autores- que la guerra de Independencia fue una guerra civil, ideológica, entre realistas y

republicanos, que en esencia y doctrinariamente propendía a la universalidad al igual que la Revolución Francesa, su antecedente y modelo filosófico-político; de allí que desde mediados hasta finales del siglo XIX esta guerra se continuó en la propia España, alcanzando algunos avances políticos, aunque tímidos, en la relación de correspondencia de pueblo y monarquía.

En cuanto a las aspiraciones y conquistas políticas de los hispanoamericanos en los movimientos independentistas, es opinión de Guillermo Morón, en su discurso en la Universidad de San Marcos, refiriéndose al *Tratado principal sobre Las Leyes* del jurista Francisco Suárez, publicado en 1612, que éste debe considerarse como un antecedente fundamental ideológico (filosófico-jurídico) del pensamiento político que desembocó, a comienzos del siglo XIX, en los movimientos de emancipación hispanoamericanos, porque, inclusive, habrá de considerarse que ya para el siglo XVI nosotros habíamos conocido un cúmulo de ventajas políticas de ejercicio de libertades; agregando, además, que *para América, para los Reinos de las Indias, en tiempos del Gran Rey fue Felipe II... sopló sobre nuestros pueblos todo un ventarrón de libertades, que ya es justo develar y anunciar: el derecho a representar, la libertad de expresión en gran medida, la autonomía y responsabilidad de los gobiernos provinciales, la discusión en el Cabildo, herencia libertaria de las ciudades.* (No. 251, Julio-Septiembre 1980, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*).

Otra obra que especialmente nos ocupa es, *De la Conquista a la Independencia*, de Mariano Picón Salas (Fondo de Cultura Económica, 1950), publicada inicialmente en 1944, la cual expone una panorámica de las culturas que intervinieron en el mestizaje hispanoamericano, haciendo justo y expreso reconocimiento al distinguir con capítulo aparte el *Legado Indígena*, donde resalta algunos de los caracteres y mentalidades de estos pobladores

precolombinos, así como de su arte, referido mayormente a las culturas de Aztecas, Mayas, Tiahuanaco y Nasca. Señala, así mismo, como una de sus mentalidades más resaltantes la aceptación de una fatalidad inevitable, producto de sus cosmogonías y mitos, con un fondo religioso y mesiánico, que les conformó su condición estoica, de humildad y de melancolía, que, consecencialmente, eran, en aquellos indígenas, conductas naturales e imprescindibles para surcar su experiencia vital, y fueron, en sí, parte de su condición humana. Además, en esta obra se reflexiona y expone lo dramático que debió ser para éstos lo que ella denomina *el impacto inicial*, ése que hubo de sucederse en el encuentro de las culturas indígenas con la del conquistador; encuentro, que siempre tuvo que ser violento aún cuando no mediara -en algunos casos- la lid armada, de modos de vida distintos y antagónicos, de diferentes actitudes y mentalidades; esos antagonismo de estilos de vida, de “razas” y economías.

La obra de Picón Salas se abona, en parte y sutilmente, con el ensayo antes comentado de Rufino Blanco Fombona, lo cual se pone en evidencia cuando ella, refiriéndose a los conquistadores del siglo XVI, afirma que *actúan en el alma española una serie de restricciones medievales: la prédica contra el dinero y el préstamo a interés de la teología escolástica, el desdén por el comercio que en la vieja España había sido ocupación de humildes judíos*; y acoge lo dicho por Cortés sobre los conquistadores, en cuanto que *las más de la gente española que acá pasa son de baja manera, fuertes y viciosos de diversos vicios y pecados*, es decir, lo que en sus oportunidades señalaron el Obispo Montesinos y los frailes Pedro de Córdova y Bartolomé de Las Casas, para denunciar los excesos y crímenes en que habían caído los españoles en el trato con los indios y para oponerse a tales injusticias. Agrega a esto, nuestro autor, un detalle por demás importante y de nuestro máximo

interés, contenido en la mentalidad de aquellos conquistadores españoles del siglo XVI que vinieron a las Indias, al comparar la economía de éstos con la del pícaro, señalando que *la economía del pícaro es fundamentalmente una economía de aventura que no difiere en sustancia, por los elementos de magia y sorpresa que la alimentan, de la economía del conquistador*. Como es deducible, esta última aseveración nos conducirá siempre a encontrar en América la presencia de *Pedro de Urdemalas*, de *Chanfalla*, de *la Chirinos* y de *Rinconete y Cortadillo*. Por lo mismo que reafirma don Mariano en este mismo ensayo que *una de las formas de la picardía, del desamparo popular, será venir a América*; no sin antes advertirnos, en una sutil observación, que el alma, el espíritu de aquellos españoles del siglo XVI, se debatía en *la frontera en que se cruzan la violencia del conquistador con el humanismo ético de las Leyes de Indias* (entre la cruda y cruel realidad y el deber ser); pudiendo, en todo caso, la cultura española *reivindicar para sí un idealismo moral*. Idealismo este, opinamos nosotros, característico de esta cultura, donde se apoyarán sin titubeos para su acción evangelizadora los frailes Antonio de Montesinos, Pedro de Córdoba y Las Casas, quien en la junta de Obispos de 1546 en México logra la *Declaración de los derechos de los indígenas*; Motolinía, Sahugún, Acosta, Durán y muchísimos clérigos y seglares que creían en ese idealismo; y los indios discípulos de este último, Alvarado Tezozomoc y Alba Ixtlilxóchitl. Y en cuanto a lo afirmado por don Mariano acerca de que una de las formas de la picardía será venirse a las Indias, ocurrió un suceso, coetáneo con la conquista del territorio que hoy es Venezuela, que así lo corrobora: cuando el conquistador Diego Fernández de Serpa contrata al poeta Pedro de la Cadena para que le invente (¿?) un poema pleno de hechos heroicos en estas latitudes, para con ese documento acudir al Monarca en solicitud de una Cédula Real que le invistiera como Gobernador

de la Nueva Andalucía o Cumaná, con poderes para conquistar este territorio (Ojer y Subero, UCAB, Caracas); lo que a las finales consiguió, refundando a Cumaná en 1569.

Pero volviendo al asunto de las mentalidades, actitudes y comportamientos, Picón Salas señala que todos estos, mayormente, pueden descubrirse, en los hispanoamericanos hurgando en nuestro léxico mestizo y manera de expresarnos, porque él cree que *el secreto de nuestra psique ha de rastrearse, frecuentemente, por indirecta ruta emocional y estética, en el misterio semántico de nuestro castellano*; esa peculiar y variadísima forma de expresión del hispanoamericano –glosamos nosotros-, que es secular síntesis de espíritus, sangres y naturalezas, acisoladas en los hombres de nuestra América, o como lo manifiesta el propio don Mariano, *que se expresa en música, ritos, fiestas y danzas...la definitiva conciliación mestiza*; y en otra obra suya (*Comprensión de Venezuela*, de 1949) ya había dicho: *Porque en el idioma el hombre ofrece la más válida configuración de su alma*.

Y en cuanto a este proceso de mestizaje, apunta el ensayista, que cuando se escribieron los textos que hoy conocemos del *Popol Vuh* y del *Chilam Balam*, ya estos acusaban influencias españolas. Sobre esta visión acerca de la lengua mestizada que irremediablemente quedó para siempre sembrada en nosotros, en la Introducción a *Antológica* definimos el poema *Canto a España*, de Andrés Eloy Blanco, como epopeya lírica de la lengua castellana (Edit. Rayuela, Caracas, 1996).

Respecto al hecho histórico de la conquista española en América, señala el escritor merideño, que sólo algunos espíritus excepcionales, como Sahagún, intentaron juzgar al indio “*desde adentro*”, *desde el plano de sus propios intereses y sus propias reacciones*. Así mismo, defiende el legado cultural de este proceso mestizo al afirmar que *Lo criollo, fundamentado en una*

tradición, una fuerte vida de familia, una historia y una literatura que tiene sus figuras ductoras, sus nombres que identifican el sentimiento y el ideal colectivo, mantiene despierta la conciencia regional; sin que esta aseveración implique desconocimiento, y mucho menos aceptación, de las tropelías y desafueros cometidos por muchos españoles contra los indios durante la conquista y colonización.

Este erudito ensayo de Mariano Picón Salas, donde alaba la obra antes comentada de Blanco Fombona, se extiende en análisis y exposiciones de cómo fue todo ese proceso de conquista, su impronta, el mestizaje biológico y cultural que produjo, las tesis o *leyendas* contrapuestas que se emitieron sobre este proceso, los detractores y defensores de los españoles que vinieron a las Indias durante los siglos XVI y XVII, los valedores y conservadores del indígena y su cultura, la evangelización como pedagogía e instrumento de mestizaje, la literatura y arte barrocos en México y la obra de Joseh de Acosta; y se prolonga hasta la vida y cultura del siglo XVIII en Hispanoamérica.

Pasemos ahora a una obra más reciente, a la novela histórica *Los Viajeros de Indias* (Pomaire, 1991), del psiquiatra y escritor Francisco Herrera Luque, con prólogo del poeta Juan Liscano, que la presenta diciendo de ella que, *lo más válido de este análisis es que historia, ficciones literarias, sociología y psicología quedan aunados en una misma tentativa de comprender nuestro país y el proceso de formación de nuestro pueblo*; y que es un aporte más para el análisis y conocimiento de nuestro proceso social, al hacer énfasis sobre dos sucesos relacionados como fueron la guerra de Reconquista, que había convertido a labriegos en hijosdalgos y soldados, por una parte, y por la otra, el final de la guerra que dejó desocupados a gran parte de esa soldadesca, que serían después los que vendrían al descubrimiento y conquista de las Indias; y que tales sucesos fueron los que contribuyeron a la formación de las conductas

y actitudes de quienes vinieron, pues, al Nuevo Mundo; porque estos conquistadores y viajeros, con esas conductas y actitudes, sin duda, *fueron un fenómeno de la postguerra.*

Insiste Herrera Luque, en esta novela, en una hipótesis que ya hacía muchos años una perversa sociología naturalista y parte de autores positivistas como Alberti, Ingenieros y Vallenilla Lanz, entre otros, habían señalado, en sus trabajos como causas del “atraso” de las naciones iberoamericanas al compararlas con el auge industrial de las anglosajonas, sobre todo con los Estados Unidos de Norteamérica, los determinismos étnico y geográfico, por el origen racial de lo que fue nuestra conquista y colonización, –aduciendo ellos- que todo partía de la clase de individuo que nos descubrió, conquistó y colonizó, y su mezcla con indios y negros, aunado todo aquello a la desventajosa ubicación geográfica y tropical clima de la mayoría de nuestros países. Si bien, el psiquiatra se regodea, básicamente, en el determinismo étnico, con una óptica entre eurocentrista y clínica.

Este autor apoya su visión de los conquistadores españoles, en primer término, en la descripción que de ellos hizo Cristóbal Colón, conocida a través del padre Las Casas en su *Historia de las Indias*, que: *Son hombres facinerosos, viciosos, robadores, violentos, ladrones, forzadores mujeres casadas, corrompedores de vírgenes, falsos, perjuros y fementidos*, con la que se iniciaría en nuestra historia lo que se denominó posteriormente *la leyenda negra* de la conquista y colonización de América; y así mismo, la fundamenta en estudios clínico–psiquiátricos y cuadros estadísticos sobre enfermedades y conductas insanas como el homicidio, la crueldad y el sadismo de los conquistadores, extraídos por Herrera Luque de los escritos y testimonios recogidos por algunos cronistas e historiadores. En este sentido, su novela pretende imponer una hipótesis, personal y extrema, en cuanto a la existencia

de una patología congénita en el conquistador español de los siglos XV, XVI y XVII, que signó todos los sucesos de la conquista, la cual se continuaría después como endémica y que aún perdura, de acuerdo con esa hipótesis, en los venezolanos de hoy.

Por supuesto, no comulgamos con esa posición exagerada y suicida de este escritor, en la que propone que creamos, está visto, que en nosotros los hispanoamericanos, en especial en los venezolanos, existe una especie de estigma pecaminoso, bíblico, “marca del mal”, ineludible e imborrable, un determinismo atávico y metafísico del cual no podremos escapar jamás. Y en apoyo de esto, presenta en el capítulo *Imagen de Venezuela en los primeros tiempos* de la novela que estamos comentando, verbigracias de asesinatos, robos, inmoralidades, depravaciones de costumbres, cometidos por aquellos españoles, hombres, mujeres, seglares y clérigos, extraídos de las páginas de Oviedo y Baños, Aguado, Arcaya, Pardo, Arcila Farías y otros, para concluir afirmando, que envueltos y revueltos en tantos crímenes pasaron los primeros años de aquellos habitantes de Venezuela. Claro está, este autor deja de lado, sin considerar, que durante ese lapso ya la coalescencia –valga el término-, la mezcla étnica y cultural entre españoles e indios se estaba produciendo, y, que apenas hubo de transcurrir muy poco tiempo para que fueran aquellos mestizos una parte de los soldados, y sus acompañantes, quienes ampliarían la conquista y colonización de la mayor parte de nuestro territorio.

Pero, lo más insólito y extremado del planteamiento de Herrera Luque queda evidenciado en varias frases, inadmisibles por lo demás, de su novela, entre ellas, *¿Radica en esta simiente que España aventó sobre estas tierras el malestar que todavía vivimos?; ...que a través de cuatrocientos años –(ahora son quinientos)- la huella de los viajeros de Indias permanece incólume...; y En ellos tal vez esté la clave de nuestros problemas morales y sociales.* Como

vemos, a nuestro psiquiatra sólo le faltó sentenciar –sin el humor de Borges– lo declarado en *Ficciones* por el heresiarca de Uqbar: *Los espejos y la cópula son monstruosos, porque multiplican el número de los hombres*; en nuestro caso sería el de los venezolanos. Sin olvidar, por supuesto, la verdad contenida en el viejo refrán que sostiene que “*no hay linaje sin puta, ni mudalar sin pulgas*”.

Afirma, así mismo, nuestro novelista, que las mentalidades, actitudes y comportamientos del conquistador español fueron las del cesante soldado de la guerra de Reconquista. Ésta, que según él había invertido los valores del pueblo español (¿?), pues había convertido a torpes guerreros y asesinos, por el solo hecho de pelear contra los moros, en hijosdalgos, y a hombres de buena voluntad –y pacíficos trabajadores– en villanos, otorgándole a los primeros el lugar de mayor importancia en la escala social. Por nuestra parte, no dudamos que los sucesos de la Reconquista y la posterior leva de sus soldados haya influido, en algo, en la mentalidad, actitud y comportamiento de muchos de los conquistadores españoles, eso tenía lógicamente que ser así, pero de allí a considerarlo como un determinismo causal de todas sus insanias y comportamientos negativos, nos parece que es ir demasiado lejos. En cuanto a la aseveración en torno a lo de los hijosdalgos, habrá de recordarse que la división social entre éstos y los villanos, si bien se acrecentó con la guerra de Reconquista, era ya una reconocida distinción mucho antes del suceso histórico del Mío Cid, fundamentada principalmente en lazos de sangre y por vía hereditaria. Pero, además, esta aseveración de Herrera Luque no se compadece con lo expuesto en su anterior novela, *Los Amos del Valle* (Pomaire, 1979), porque en ésta no aparece de ninguna manera, ni siquiera insinuada, o que pudiera inferirse de la misma, pues sus personajes, ejemplo de ello *El Cautivo*, no se corresponden con ese criterio ni con esa visión.

Acoge este novelista lo que ya muchos autores habían expresado, que fue de esa mayoría de hijosdalgos sin oficio ni trabajo que esparció la postguerra por toda la geografía española, sobretodo por Andalucía al ser Sevilla puerto de salida hacia las Indias, particularmente, de hidalgos segundones que despreciaban los trabajos manuales y los oficios mercantiles; y que todos estos hijosdalgos pobres, y los otros soldados cesantes, fueron los que colmaron los navíos que vinieron a América. De esos aventureros, dice el autor, que eran audaces, improvisados, orgullosos, ostentosos, vanidosos, intolerantes, confiados en la mano de Dios, *para quienes la muerte resultaba un hecho trivial*, pero que *también eran generosos*. Que de esta camada y de delincuentes recién salidos de la cárcel, que gozaban también de muchos de esos “atributos”, sería de los que iba nutrirse el contingente de conquistadores que entre 1494 y 1570, aproximadamente, llegaron a lo que es hoy Venezuela. Pero, además, como ya había señalado Picón Salas (ob. cit.), aquellos españoles enraizados en la Edad Media preferían el alma al cuerpo y, habiendo salido de la reciente Reconquista, *son hombres de frontera*.

No toma en cuenta, ni da mayor importancia, el novelista, al hecho de que durante los años iniciales de la conquista se mezclaron los hispanos con indígenas procreando la primera generación de mestizos, y que mucho de éstos intervendrían en continuar la conquista y poblamiento de nuestro territorio, como fue el caso del conocidísimo mestizo de Margarita, Francisco Fajardo, hijo de don Francisco y de la hija del Cacique Charaima, doña Isabel, importante actor en la conquista y población del valle de Caracas, a quien algunos historiadores, como José de Oviedo y Baños (*Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*) tienen como el legítimo fundador de esta ciudad (Caracas); también el de otro conquistador, Alonso Díaz Vallejo, e igualmente el de los propios hermanos de Fajardo, Alonso y Juan

Carreño. Y habrá que decir aquí, también, que el conquistador y fundador de Trujillo, Diego García de Paredes, se ayuntó con una india, en quien se supone tuvo descendencia, según lo deja entrever F. Jiménez Arraiz en su ensayo *Estirpes Caraqueñas* (Acad. Nac. Hist., Año I-Tomo I-N. 1, 1912).

Y serán de esos mismos mestizos los que, a la postre, se mezclarían a su vez con negros esclavos, originando nuestra actual población mestiza. Porque el encuentro con este Nuevo Mundo, fue de tal modo impactante, que hará decir a los historiadores Isaac J. Pardo y Demetrio Ramos que, cuando apenas el hispano se instalaba en la geografía americana inmediatamente se convertía en criollo, en *indiano*, comenzaba a ver las cosas de manera distinta al europeo y a actuar de otro modo; de lo que se puede asegurar, que a partir de allí se iniciaba su mestizaje. Y uno de los ejemplos más evidente fue el del cronista Juan de Castellanos, a quien Antonio Arraiz llega a considerar que escribió sus *Elegías de Varones Ilustres de Indias* con alma y ojos de criollo, incorporando a sus versos no sólo el paisaje observado y palabras indígenas, sino algunos términos inexistentes en el castellano español inventados por *indianos* para nombrar algunas de nuestras cosas (*Lo erudito en la cultura Venezolana*, Revista Nacional de Cultura); e Isaac J. Pardo expresa que Castellanos *adelanta sus ensayos barrocos a los más osados que habían de surgir posteriormente en los grandes centros literarios de México y Lima* (Acad. Nac. Hist., Elegía de Varones Ilustres de Indias, *Introducción*).

Por lo demás, no debemos olvidar que esos pobres sin trabajo que junto con los delincuentes vinieron a la conquista y poblamiento del territorio de nuestro país, en su gran mayoría eran soldadesca y no comandantes ni capitanes; y, en opinión de algunos autores, aquellos soldados actuaron muchísimas veces con un comportamiento digno y humano, al margen de sus jefes, a quienes criticaron muchas de sus actuaciones y expresaron

arrepentimiento por acciones inhumanas que tuvieron coercitivamente que cumplir por órdenes de sus comandantes.

Lo que sí debemos tener presente, siempre, es un hecho muy significativo señalado por Picón Salas (ob. cit.), en cuanto a que los españoles se caracterizaron por ser fundadores, *más que factorías de mera explotación económica...la enorme huella de España por el vasto mundo indiano originó naciones de tan firme conciencia territorial y psicología tan diferenciada, como las que integran Hispanoamérica*; lo cual ratifica Pedro Henríquez Ureña en su *Historia de la Cultura en la América Hispánica* (Fondo de Cultura Económica, 1962). Fundar significa crear. Y así lo hicieron en todo el vasto territorio americano, incluyendo parte de lo que es hoy los Estados Unidos de Norte América; a los que plenaron de villas y ciudades, algunas de éstas con escuelas, seminarios y universidades, en donde hoy habitamos. Por ejemplo, en la historia de la conquista de Venezuela es proverbial, lo que antes han señalado muchos autores, esa marcada diferencia entre los españoles y los representantes de los banqueros alemanes (Welsares), especialmente por la labor fundadora e integradora de los primeros, misma mentalidad, actitud y comportamiento que desplegaron por todo el ámbito americano. Si bien es cierto que de la primera camada que vino a Las Indias la mayoría eran analfabetos, a éstos siguieron después muchos bachilleres, como Cortés y Castellanos; y que ya para 1555 la imprenta estaba en la Nueva España y que allí se publicó el primer libro en 1559.

Creemos que quienes han logrado, dentro del pensamiento humanista, acercarse a lo que ha sido la mentalidad y actitud del español venido en esos siglos a las Indias, han sido:

Por una parte, don Miguel de Unamuno (*El sentimiento trágico de la vida*), al indicar que las acciones del hombre deben someterse siempre a un

comportamiento integralmente vital. Posición existencial que, en buen sentido, podemos observar de los hechos de los españoles que vinieron a la conquista de las Indias entre los siglos XVI y XVII, porque en su idealismo apasionado, en su extremada religiosidad y superstición, en su desbordada sed de aventuras, en su enfermiza avaricia de oro y fama, en su ingenio picaresco, en el desenfrenado deseo de ser libres a su manera, pusieron ellos toda la fuerza de sus cuerpos y de sus espíritus, arriesgaron el alma, la sangre, los tuétanos y el corazón, en definitiva, la vida misma. Y es, precisamente, por esos hombres apasionados y alucinados por los que hoy estamos aquí otros hombres, cada día más cerca de un humanismo unamuniano.

Y, en su ámbito, José Ortega y Gasset, quien afirmó, sobre el sentido de lo trágico y de lo heroico, que la voluntad es esencial en el hombre auténtico, o en el héroe; y que su trágico destino lo impulsa a evadir la realidad “real” creándose una nueva realidad “ficticia”; porque en ese irrefrenable desear “lo que sueña encontrar” estriba el discernir y transcurrir de la vida humana (Juan López-Morillas, Julián Marías *En torno a las meditaciones del Quijote*). Características y valoraciones estas, que creemos por demás reconocibles en los españoles que durante los siglos XV, XVI y XVII interfirieron la geografía americana en búsqueda del paraíso terrenal, y de los reinos míticos de Manoa y El Dorado.

Pudiendo concluirse, con lo expresado posteriormente por Guillermo de Torre (ob. cit.): *La mística y la picaresca son los dos límites polares del espíritu español.*

-----o-----

La verdad conocida es que muchos de aquellos españoles acompañaron a algunos jefes que asesinaron, esclavizaron y depredaron, como fueron los casos de Juan de Ampies en las entradas que hiciera contra los Caquetíos; de

Alonso de Ojeda, armador de Cubagua y esclavista de los Cumanagotos; a los Welsares (Ambrosio Alfinger, Felipe de Uthen y Jorge Spira) en los sangrientos periplos alrededor del lago de Maracaibo, tierras del Nuevo Reino de Granada y otras tierras al oeste y sur de la Provincia de Venezuela, cuando enfermos de hambre cayeron en la antropofagia; del peregrino soldado sin rey y resentido patológico, Lope de Aguirre, en su viaje de muerte por el Amazonas, Margarita y tierra firme; de Francisco de Carvajal; de Juan de Villegas; de Sedeño; de Diego de Ordaz; de Diego de Losada; y de Gonzalo de Ocampo, a quien Juan de Castellanos retrata en toda su inhumana crueldad contra nuestros indios, al decir: *Pobló las sendas, playas y caminos/ con cantidad de indios empalados; Trajo también gran número de vivos,/ A quien luego herraba por captivos.*; narrando la entrada que Ocampo, desde Cubagua, hiciera a la región de Cumaná en 1521 para castigar a los indios por haber atacado a la población y matar a los misioneros.

Pero no por esas crueldades se hubo perdido la calidad humana, y citaremos aquí sólo dos ejemplos proverbiales, aunque podríamos dar muchos más. El del lego Juan Garcés, que habiendo sido delincuente, se dedicó a evangelizar; y el de muchos carpinteros y labradores que, inmediatamente de los crímenes de Ocampo, vinieron con Las Casas a Cumaná, de los cuales no todos se envilecieron ni se dejaron arrastrar hacia acciones insanas. Y el del padre Las Casas; baste recordar que no sólo convenció al monarca de que era posible una conquista pacífica de los indios, sino que además, fue propiciador de que se sancionarán las famosas leyes de Burgos y Valladolid, que propendían a la humanización del trato a nuestros indígenas. Pero, sobre todo, unos y otros fundaron.

Porque si bien es cierto que un buen número de aquellos hombres que vinieron a este Nuevo Mundo, ante la lejanía de la justicia real, se vieron

compelidos por la avaricia y el deseo de hacer fortuna, y que muchos de ellos dejaron una estela sangrienta de crímenes, crueldades y tropelías, al principio estuvieron guiados, como bien lo apunta Picón Salas (ob. cit.), por una moral que los hacía creerse la avanzada de la gran cruzada evangelizadora, por lo que su acción se correspondía, y así lo sintieron en su fuero interior, con una sincera obligación cristiana; porque a la par de aquellos facinerosos, vinieron hombres como Antonio de Montesinos, Pedro de Córdoba, Las Casas y otros, que atemperaron, en buena parte, la crueldad de la conquista, y trataron de imponer un freno ético y moral a la relación de los españoles con los indígenas.

Tampoco Herrera Luque, en su obra comentada, reseña la circunstancia de que aquellos pobres de la postguerra de la Reconquista, por el hecho de haber sido soldados unos y delincuentes otros, al cerrar filas en la soldadesca conquistadora, ante lo desconocido e insólito, para ellos, de este Nuevo Mundo, estimulaban automáticamente su mentalidad y actitud hacia la picardía y truhanería; condición psíco-social de interés para este trabajo. Claro, no sólo se daba esta circunstancia en la soldadesca, pues, recuérdese el suceso, la picardía, de Diego Fernández de Serpa con el poeta Pedro de la Cadena, a que arriba hicimos alusión.

Y para que no sospeche el lector que es nuestra intención seguir dorando la leyenda, pero tampoco para ennegrecerla; con el solo ánimo de intentar alcanzar un mínimo de neutralidad en asunto tan controvertido, exponemos, de seguidas, algunos ejemplos de crueldades y crímenes de conquistadores que estuvieron en lo que luego sería la Provincia de Cumaná o Nueva Andalucía, pero que la justicia española se encargó también de cobrárselos.

El primero que apuntaremos es el de las tropelías y asesinatos de Diego de Ordaz, quien después de haber sido nombrado Gobernador de las tierras

que van desde Borburata hasta el Orinoco, comandó una expedición de aproximadamente seiscientos hombres con la que fue depredando a españoles e indígenas; y después de haber traicionado a sus propios compañeros españoles en 1530 asoló las costas de Paria y a la región de Guayana, dejando en su haber múltiples crímenes.

Acerca del itinerario criminal de Ordaz, nos narran Fray Antonio Caulín, en su *Historia Corográfica de la Nueva Andalucía*, y Fray Pedro Aguado, en su *Recopilación Historial de Venezuela*, que este conquistador entró a Paria por la Boca de Drago, y que una vez en tierra se apoderó, con traición y forzadamente, de una Casa fuerte que había sido edificada por Antonio Sedeño; y que hecho dueño de la misma, destacó a un grupo capitaneado por Juan González para que recorriera el delta del Orinoco. Mientras Hordaz, en ese *interin*, entre otros crímenes, asesinaba –más que ejecutaba- a los hermanos Silva, compañeros de travesía que se les habían unido en las Canarias. Y que de regreso de su navegación por el Orinoco, donde estuvo a punto de ahogarse en sus aguas y de ser muerto por los indios, se instaló brevemente en la fortaleza que había robado a Sedeño, porque ésta estaba en ruinas, así que siguió hacia Cumaná, refugiándose en el Fuerte construido por Jácome Castellón en la desembocadura de uno de los brazos del río Kuma, frente a lo que luego se conocería como El Barbudo.

Posteriormente, su estela de crímenes en españoles e indígenas le valió un juicio instaurado en el Consejo de Indias por Antonio Sedeño y el Gobernador Pedro Ortiz de Matienzo. Ante este proceso Ordaz se dio a la fuga, pero este Gobernador logró apresararlo y ejecutó por vil traidor.

El otro caso fue el de Francisco de Vides, quien fuera Gobernador de la Provincia de Cumaná o Nueva Andalucía, entre 1585 y 1595, con extensísima jurisdicción que abarcaba desde el río Uchire hasta el Marañón (nombre con el

cual también, en esta época, se conocía al Orinoco), incluidas las islas de Granada, Trinidad y Tobago.

Acerca de las andanzas sangrientas y depredadora de Vides contra los indios de la región de Cumaná, nos hace una detallada y elocuente descripción Girolamo Benzoni, en su *Historia del Nuevo Mundo*, de una de tantas entradas que para obtener esclavos ordenó este criminal hacia el oeste del río El Tacar, en los dominios de los Tacares, y en tierras de Santa Fé y Maracapaná, que lindaba con los términos de los Cumanagotos, que comandaba el fiero e invencible cacique Cayaurima. Nos relata Benzoni que Cumaná era una ciudad de unas cuarenta casas donde habitaban unos cuatrocientos españoles, además de los muchos bohíos que albergaban a grupos de indígenas, ya sometidos, que vivían en los alrededores; que era costumbre que cada año los hispanos eligieran de entre ellos un capitán, que con un numeroso grupo de soldados y “amigos” que moraban en las riberas del golfo de Cariaco, (y aquí creemos que cuando dice “amigos” se refería a indios aliados), ejecutara en las provincias cercanas una campaña de depredación y esclavitud de indígenas. Uno de estos capitanes bajo las órdenes del Gobernador fue el sanguinario Pedro de Cálice, de una de cuyas aberrantes acciones narra conmovido el cronista itálico: *Mientras estábamos en aquel lugar llegó el capitán Pedro de Cálice con más de cuatro mil esclavos, y aún más había capturado, pero muchos se habían muerto en el camino por la escasez de alimentos, el cansancio y los sufrimientos, y también por el dolor de abandonar a su patria, a los padres o a los hijos. Los que no podían caminar más eran heridos de muerte por los españoles que les clavaban sus espadas en el vientre o en el pecho para que no pudiesen hacerle la guerra si quedaban atrás. Era muy conmovedor ver a aquellas pobres criaturas desnudas, cansadas, maltratadas, agotadas de hambre,*

enfermas, desamparadas; madres infelices cargaban a dos o tres hijos en los brazos y en los hombros, extenuadas por el llanto y el dolor. Todos arrastraban cuerdas y cadenas de hierro que les ataban al cuello, los brazos y las manos. Ya no había joven que no hubiese sido violada por los depredadores, hasta el punto que por causa de tanta lujuria algunos españoles estaban enfermos y hechos una ruina. Este capitán había recorrido más de setecientas millas a través de aquellos países que al principio, cuando vinieron los españoles, estaban llenos de gente; pero cuando yo llegué les faltaba poco para estar completamente destruidos.

Ahora bien, independientemente de que los hechos aquí narrados sean fielmente ciertos o que no fueran observados directamente por Benzoni, su importancia radica en que lo dramático del suceso narrado lo identifica y aún con otras descripciones que, sobre excesos, crímenes y depredaciones de algunos capitanes de la conquista, y en defensa de los indios, desde 1510, hicieron algunos cronistas y personajes como Montesinos, Pedro de Córdoba y Las Casas, y que más tarde harían Sahugún y Motolinía, entre los más relevantes.

Sobre las correrías de este Francisco de Vides, tanto en la conquista del valle de Caracas como en la Provincia de Cumaná, acerca de los juicios que se le siguieron por tantos crímenes y de las sentencias que se dictaron en su contra, además de leer a don Girolamo, bastaría leer la *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, de José de Oviedo y Baños; el estudio *Memorias para la Historia de Cumaná y Nueva Andalucía*, de José Antonio Ramos Martínez; y la obra *El Palacio Arzobispal en la Crónica Caraqueña*, de Juan Ernesto Montenegro.

De este genocida de la Conquista, por cuyos crímenes la justicia española lo encerró hasta su muerte en una prisión madrileña, nos basta con transcribir

lo que de él escribió Ramón Badaracco Rivero, al referirse, en una de sus crónicas, a su matrimonio con doña Elvira de Montes, vecina de Caracas: *Muchos años vivió esta dama privada de su marido. Al parecer don Francisco murió sin dejar descendencia...gracias a Dios.*

Es una verdad incontrovertible que la conquista, por que sí, por definición, habrá de ser violenta. No ha existido en la historia un suceso de conquista que no haya cumplido con este carácter intrínseco; y las denuncias y relatos que sobre crímenes y excesos en la Conquista de América hicieron en su oportunidad Fray Pedro de Córdoba, el Obispo Montesinos, Fray Bartolomé de Las Casas y el historiador López de Gómara, y otros muchos, subrayan esta opinión. Y, como ya se dijo, en la Conquista de lo que es hoy el territorio venezolano, fueron especialmente criminales y degradantes las actitudes y latrocinios de los Belzares, particularmente las de Nicolás Federman, y las de los españoles Juan de Carvajal, Juan de Villegas, Cristóbal Cobos, Diego de Ordaz y Francisco de Vides.

Oviedo y Baños (ob. cit.) estima que ya para 1570 la sustentación básica de la población de la Provincia de Venezuela había sido la de los mil conquistadores que habían venido a nuestro territorio y en éste se habían asentado; y que fue para ese año cuando llegó el último contingente; y asienta que, *para esa fecha habían fenecido todas las expediciones militares que fueron necesarias para la total conquista y pacificación de la Provincia.* Claro, el historiador se refiere aquí a lo que para tal fecha era la Provincia de Venezuela, porque a la Provincia de Cumaná o Nueva Andalucía continuaron llegando, hasta mucho después, expediciones militares para la pacificación total de las regiones de Cumaná, Barcelona y Píritu.

Pero volviendo nuevamente al tema del perfil del hispano que vino a estas latitudes para la conquista y poblamiento, opinamos que para lograr

precisar un acercamiento a ciertos caracteres de ese tipo humano, lo acertado sería tratar de comprender su condición humana, particular, propia de aquel individuo español de los siglos XV, XVI y XVII, considerando en todo caso su origen regional, extracción social o estamental, o grupal, familiar, de dónde provenía, su creencia religiosa y sus ritualidades en los actos cotidianos y en los sucesos de mayor relevancia de su vida, relacionados también con sus creencias mágicas y de supercherías; sus virtudes y sus vicios; su concepción del mundo; su tradición política; la influencia en la formación de su carácter de los hechos nacionales en que se había visto inevitablemente participando; la consecuencia psicosocial que produjo en ellos *el impacto inicial* de la aventura indiana; y sus ideas acerca del *idealismo moral* que, según Picón Salas era característico del espíritu español.

Entendamos, pues, la coincidencia de los tres autores venezolanos citados al afirmar como propios del conquistador español, entre otros caracteres, los de religioso, fanático, aventurero, ambicioso, violento, temerario, cruel, fantasioso, supersticioso, estoico, generoso, individualista e idealista: con los cuales, sin que medie mucha duda, de vuelta por lo menos a los siglos XVI y XVII, pudiéramos identificar mucho de estos caracteres en cualquiera de los personajes de Cervantes a que hemos hecho antes alusión. No obstante esta coincidencia que en buena medida nos satisface para intentar una aproximación a la mentalidad, actitud y comportamiento del español de aquellos siglos, igualmente nos impele, por educación, a la básica interrogante: ¿por qué esa mentalidad, esa actitud y ese comportamiento en el hispano de aquella época?

Creemos, sinceramente, que para lograr una respuesta aproximada a la realidad, se hace imperativo a los investigadores tratar, al menos, de descubrir cuál fue su “circunstancia” (la explicada por Ortega y Gasset); cuál su actitud

ante la vida y la muerte y las interrelaciones con su mundo religioso y mágico, dentro del contexto sociocultural de la península que le sirvió de escenario y en el cual se sucedió la guerra de la Reconquista; cuál durante su tiempo de desocupado en la postguerra; y más tarde, en el encuentro y adaptación en el impactante, fantástico y desconocido, para él, mundo americano; aproximándose a través, entre otras obras, de los ensayos de Rufino Blanco Fombona y Mariano Picón Salas, y de la novela de Francisco Herrera Luque, que antes comentamos; fundamentando la investigación, conceptual y metodológicamente, -por considerarla una vía apropiada-, en el inconsciente colectivo, tal y como lo definen los autores que sobre este tema citamos en capítulos anteriores; y en toda clase de fuentes de aquella época, desde las iconográficas hasta los más elaborados discursos sobre la religión y las supersticiones ligadas a la muerte y sus ritualidades; suceso este cuya importancia es obvia, como bien apunta Vovelle (ob. cit.), porque *ese momento privilegiado de la existencia está rodeado de una serie de enmascaramientos, fintas, tabúes, y, a la inversa, de creaciones fantasiosas o comportamientos mágicos*. Y, además, debiendo considerarse la distinción que acerca de ella hace este mismo autor con las denominaciones de *muerte sufrida* y *muerte vivida*, en especial esta última en todo lo que contiene en su relación con la idea y práctica de lo religioso, mágico, místico y heroico; sin olvidar ni dejar de lado, por supuesto, la importantísima fuente literaria.

Por nuestra parte, hacemos una disquisición sobre este tema, tomando en préstamo algunas ideas que otros ya han expresado. Una de éstas, es ése como no tener miedo a la muerte, en el conquistador español, resultado de una mentalidad, de una actitud posiblemente originaria de primitivos habitantes de la península ibérica, reforzada durante muchísimos siglos por el estoicismo cristiano en la creencia en otra vida después de la muerte y en la definitiva

resurrección, y además, practicada por la conducta de heroicidad que le impuso su comportamiento religioso, político y moral en la larga cruzada de la guerra de Reconquista. Este sentido de la vida y de la muerte, observamos, estaba inscrito fundamentalmente en una ética de la religión. Porque, la conquista de América fue considerado, en principio, -y muchos de lo que vinieron así lo creyeron firmemente-, como una cruzada ineludible por la verdad de Cristo. Iban hacia ella estos hombres costara lo que costare, no importaba si en ello se les iba la propia vida. Subconscientemente para ellos, la conquista no era más que la continuación de la cruzada de la Reconquista. Y si consideramos, que siendo el individualismo uno de los más sobresalientes caracteres del español, este carácter se hacía mucho más concreto y se objetivaba, dramáticamente, o trágicamente, con la muerte, sobre todo con la muerte personal asumida con estoicismo e heroicidad. Así concebida la de esta manera, resultará siempre un acto ratificador de la individualidad y una vía adecuada para acceder a esa otra vida, por la aspiración a la trascendencia, y en lo más profundo del alma (como la entendía Ortega y Gasset), una búsqueda inconsciente de la inmortalidad. Porque este hombre, como era verdad, rezagado en el pensamiento de la Edad Media, actuaba siempre bajo la creencia de que la verdad era su verdad subjetiva, de tal modo estaban afianzadas en él la ideología cristiana y “las escorias” de una mentalidad arcaica; creía, a pie juntillas, que sus sentimientos religiosos y éticos le conferían su verdadera existencia. El sentido que él tenía de la muerte, no era sino el de su propia muerte en una actitud personal, individual. Por todo esto los conquistadores españoles asumieron todos los riesgos, aún a costa de su propia vida, cometiendo los crímenes más atroces porque creían que los purificaba la religión, como acertadamente lo señaló Blanco Fombona (ob. cit.), en la aventura sin par de crear, de inventar un continente, así como de

contribuir, inexorablemente, con su lengua y civilización, a la formación de lo que hoy es nuestra cultura, la cultura hispanoamericana.

Porque, como asentaba Ortega, comentado por López-Morillas en la obra antes citada, el carácter reconocible de la cultura española era la excitación del *alma* y la *vitalidad*, del sentimiento y el instinto, a costas del *espíritu*; rasgo este que se constituye en fuente de su individualismo, espontaneidad y desbordada pasión.

En torno a este tema tan debatido y controversial, podríamos concluir, que la gesta de la conquista de Indias, considerando las opiniones opuestas acerca de la calificación de los conquistadores españoles, donde unos los consideran fermento del infierno y otros justifican muchas de sus inhumanas actuaciones, configura realmente un suceso con características míticas, porque las conductas de aquellos hombres, al llegar a estas tierras, como el brazo del poder y de la ley quedaban en España, se excluían, en gran medida, de todo tipo de restricciones legales y morales, llegando a involucionar, en muchos casos, hacia comportamientos los más bárbaros de la primitiva humanidad; y de allí el desbordamiento de la crueldad y el crimen que tuvieron que sufrir nuestros indígenas y, muchas veces, hasta los propios españoles.

V

LUNA DE CANTO

*Con cante y gitanerías
vinieron las picardías.
Malónimo.*

Acerca del origen de aquellos españoles que vinieron a las Indias durante los siglos XV, XVI y XVII, afirma Jean-Paul Le Flem en su ensayo *El Tiempo de las Ilusiones* (Historia de España, Labor, 1984) que la mayoría de ellos eran andaluces. Y Guillermo Céspedes del Castillo nos dice que esas primeras oleadas que rompieron en las costas de América estuvieron mayormente compuestas por inmigrantes del bajo pueblo, gentes muy pobres *procedentes de la Andalucía Occidental*; que los más de los varones eran solteros y que de los casados gran parte de ellos no viajaron con sus esposas que se quedaron en España; que de todos ellos *un tercio eran andaluces y un veintiocho por ciento (28%) extremeños* (*América Hispánica*, Labor, 1984). Será este tipo de peninsular el que, en un principio, más aportará a la formación de las nuevas estructuras sociales de las regiones americanas, en especial, a las de Venezuela, y su parte Oriental (Cumaná o Nueva Andalucía). Será, a no dudar, este prototipo de español, con todas sus características específicas de mentalidad, actitud, comportamiento y manera particular de hablar, un elemento sustancial de nuestro mestizaje.

En cuanto a esta influencia, Herrera Luque (ob. cit.) afirma que somos andaluces por los cuatro costados, que *Andalucía fue la parte de España que se desgajó con su sorna par darnos vida*. Indudablemente, en el centro y los llanos de Venezuela esto fue así durante los primeros años de la conquista, prolongándose tal vez hasta mediados del siglo XVII, pero en la región Oriental del país se mantuvo por más tiempo. Ya que, a medida que avanzaba la colonización íbamos teniendo una presencia canaria que ha sido de importante influencia en nuestra manera de ser y de hablar. Ahora bien, lo que

sí podemos afirmar es que donde han perdurado hasta el presente voces y giros sintácticos de algunas zonas del sur de España ha sido en Cumaná o Nueva Andalucía; luego, como apuntamos, tendremos la presencia de los canarios que fue decisiva, no sólo en esta provincia sino en todo el ámbito caribeño.

Pero más que esa sorna a la que alude Herrera Luque ¡Dios Santo! Es la picardía, es la truhanería, es esa mentalidad, es esa actitud, es ese comportamiento propio de Ginesillo de Pasamonte, del alcalde Martín Crespo, de Pedro de Urdemalas, de Chanfalla, de la Chirinos, de Rinconete y Cortadillo y de toda la Cofradía; mentalidad que pasó –no nos quede la menor duda- a Hispanoamérica, y muy especialmente a Venezuela, donde, de pronto, pudimos un buen día descubrirla, en harta medida y aplicada a distintas “artes”, en la mayoría de nuestros compatriotas. Pero hacer la lista sería abrumador, interminable. Bástenos recordar y exponer de seguidas unos pocos ejemplos de la picardía y truhanería criolla.

El primero de ellos es representativo del sainete político de los primeros decenios de nuestra vida republicana. Se trata, nada más y nada menos, de quien fuera uno de los personajes más destacado de la actividad política y periodística de la Caracas de mediados del siglo diecinueve, de Antonio Leocadio Guzmán.(*)

De inteligencia vivaz y comprobada capacidad intelectual, este falaz individuo logró, con sagacidad y propósitos muy personales, hacerse secretario de El Libertador, y, más tarde, casarse con una sobrina de éste, para trepar -más que ascender- en el escenario social y político venezolano desde el primer cuarto del siglo XIX, utilizando indebidamente para su provecho personal su cercanía política y burocrática a Bolívar, a quien finalmente terminó haciendo a un lado. Aquí actuó como un Pedro de Urdemalas

farsante. Y por estas denodadas “virtudes”, posteriormente algunos de nuestros historiadores lo tienen como el más destacado demagogo del siglo diecinueve venezolano y el inventor del populismo y clientelismo político en el país. Podría decirse de él, que representa al prototipo del pícaro, del “vivo” político nuestro, que sin ser hijo de doctrina, se hizo de una envidiable formación intelectual, fundó periódicos para ideologizar a las masas de descontentos y resentidos sociales, con el fin de alcanzar sus propósitos políticos; debatiendo, también, en el campo de las ideas y de las opiniones de doctrina política de aquel momento en defensa de su ideario liberal, cuyo partido contribuyó a fundar en Venezuela.

Este conspicuo representante de esta clase de políticos, pícaro oportunista, -al decir de este biógrafo- se conducía siempre en oquedad, *leve como una sombra*; y de condición machista y sádica, pues nos afirma que golpeaba a su mujer. (Ramón Díaz Sánchez, *Elipse de una ambición de poder*, Edime, 1952). (*)

El siguiente caso tuvo que ver con nuestra *Administración de Justicia* en el primer tercio de la centuria pasada, cuando el país apenas contaba con tres millones de habitantes, tan sólo dos universidades activas y una composición social primordialmente rural, todavía enredada entre rezagos de la Colonia y la asimilación real de la Independencia.

De tal modo, en la denominada escala judicial podían distinguirse, claramente, dos órdenes: por una parte, la de jueces escogidos entre aquellos doctores egresados de las aulas universitarias, serios y académicos juristas como eran, los cuales ocupaban –por lo regular- los escaños judiciales de mayor jerarquía y relevancia, desde Magistrados de la Corte Federal y de Casación hasta los de los Tribunales de Instancia y de las Cortes Superiores de los Estados; y por la otra, la compuesta por procuradores, quienes eran por lo

regular parientes y amigos del estable gobierno de turno, ya que se trataba de una dictadura, y de abogados provincianos que viviendo en sus terruños allí envejecían hasta el último aliento. Circunstancia esta última que no denotaba que estuvieran exentos de formación jurídica e intelectual, pues, la verdad sea dicha, los había sabios y eruditos, y, algunos de ellos, dueños de un ingenio sin par, como fue el ejercicio –caso cierto- de un salomónico juez, de cuyo nombre es preferible olvidarse, abogado graduado y apasionado gallero, designado por el Ministro de Justicia y por su amigo el Presidente del Estado titular de un juzgado de Distrito del Estado Sucre, que dejó –para bien y disfrute de la posteridad- la más espectacular e increíble jurisprudencia de la ciencia de la justicia, de la hermenéutica y de la filosofía jurídicas como jamás se haya producido. Pues, antes de la llegada de él a ese distrito eran sus vecinos dados, entre ellos, -de manera permanente-, a enconosos pleitos que, las más de las veces, condujeron a desenlaces fatales y enemistamientos seculares; porque aquellas controversias, en su mayoría, no finiquitaban con las sentencias formales en las actas del proceso, sino que luego de ejecutadas éstas por la autoridad, se continuaban en todas las instancias de la vida civil y se sucedían por trasmisión hereditaria, terminando muchísimas veces en duelos y velamientos.

Solamente la pícara y sutil lógica de nuestro juez logró inducir en el pensamiento de esos distritales, que la única, verdadera y más conveniente justicia era la practicada por él, con la que lograría, verdad sea dicha, cierta tranquilidad, que se traduciría a la larga en felicidad, entre los integrantes de aquella comunidad.

Su concepto de justicia, para este magistrado, estaba inscrito en una muy particular e hiperbólica interpretación y aplicación de la lógica y del silogismo aristotélico, descansado en dos premisas fundamentales y una conclusión

irrebatible, cuales son: *El hombre es un animal* (premisa mayor); *el hombre creó la justicia punitiva* (premisa menor); Conclusión: *la justicia punitiva es animal*; puesto que ésta no se adecuaba con la razón y los nobles sentimientos humanos, atributos estos que el todopoderoso confió a los hombres para su disfrute y bienestar. Y en base a esto les hizo creer a aquella gente simple que la verdadera justicia, la más equitativa y la que les otorgaba mayor número de felicidad, era la justicia distributiva tal como la concebía y aplicaba él, puesto que ella abarcaba y tocaba por igual a todos, incluyendo, gracias a Dios, al encargado de impartirla.

El ejercicio de tan singular justicia era simple. Consistía en que, cualquiera que fuese el caso, el Juez citaba a su Despacho a las partes en litigio, en su gran mayoría gente sencilla y campesinos, donde los recibía ataviado de toga y birrete y en su mano derecha un martillo de madera con el que golpeaba un plato, también de madera, con cuyo sonido subrayaba la conclusión de cada frase altisonante pronunciada cuando les imponía de su discurso doctrinario, que consistía, siempre, en una perorata filosófica acerca de su concepción de esa “original” justicia distributiva y las ventajas de su aplicación en aras del equilibrio social, de la paz y de la tranquilidad ciudadana; la cual, una vez concluida, la proseguía con determinadas preguntas claves, de rigor, respectivamente a cada uno de los litigantes, sobre en qué consistían sus patrimonios o bienes movientes y semovientes: si puercos, si gallinas, si chivos, si becerros, etc.; y dependiendo de la contestación de cada quien, dictaminaba que cada uno de ellos trajera a estrados un par de animales de su peculio, uno de los cuales, un chivo –por ejemplo- un litigante estaba obligado a entregar al otro, y éste, a su vez, estaba obligado a retribuirle con un cochino. Seguidamente, el juez concluía sentenciando, para completar su ejercicio distributivo, que el par de animales

sobrantes (un chivo y un cochino o puerco) ambas partes estaban obligados a enterarlos en el corral del magistrado, todo para bien de la administración de justicia; y, de inmediato, amenazaba –más que acotaba- que el pleito debía concluir allí y en ese punto, porque de no ser así, sentenciaría una nueva distribución de bienes patrimoniales; y conociendo aquel zamarro juez el comportamiento del corazón humano, pues entendía lo mucho que le cuesta al hombre desprenderse de sus bienes materiales, observaba, con alegría poco disimulada, cómo las partes preferían dar por terminado el pleito, para dedicarse, cada quien, a trabajar para reponer con nuevos esfuerzos lo perdido en juicio. Entretanto, y de propósito, mentalmente ratificaba la obscena sentencia: “*¡Más alta una cuarta de juez que una Vara de Justicia!*”.

Por cierto, la aprobación de este ejercicio distributivo era aupado, en extenso, en toda homilía o sermón por el cura de esta jurisdicción eclesiástica, quien disfrutaba, junto con el juez, el almuerzo de todos los domingos, aderezado siempre con animales y verduras provenientes de aquella “justicia distributiva”. Así, de esta manera, e indisolublemente, se daban las manos –y se hartaban- el representante en la tierra de la justicia divina con el de la justicia terrena.

Y luego de cada sentencia, se solazaba aquel juez truhán con pícaro sonrisa, mirando hacia la pared donde colgaban tres dibujos de personajes ataviados con togas romanas, y al lado de estos, otro dibujo de un gallo con las alas abiertas en acción de combate; se dejaba caer en una amplia poltrona, expiraba largamente como quien se quitaba un peso de encima; y dejaba salir una sonora y extensa carcajada para finalmente exclamar, en alta, clara e inteligible voz: *¡He allí a los cuatro más grandes juristas del derecho romano: Ulpiano, Justiniano, Papiniano y...gallo!*

¿Qué hubiera opinado de esto el sabio y buen Gobernador de la ínsula Barataria?

Y veamos también esta otra historia proveniente del acervo popular – aunque preferimos el término *tradicional* que acuñó Menéndez Pidal-, del anónimo, la cual nos narró hace ya más de cuarenta años un peón de una hacienda de El Turimiquire, en las cercanías de Tristé, en el Oriente de Venezuela, recreada por nosotros.

Nos contaba este individuo, que para los años veinte del pasado siglo, por aquellos contornos no había curas establecidos, permanentes, pues estos sólo podían encontrarse en los pueblos de Cumanacoa y Caripe, a relativas largas distancias de Tristé, los cuales llegaban aquí de manera transitoria y, apenas, durante unos pocos y alternados días del año, para realizar mayormente bautizos y matrimonios que producían regular ganancia; y -si coincidía con la visita- algún que otro funeral, porque todos los demás muertos que se hubieran preciado de “buenos”, a menos que fallecieran en olor de santidad – cosa harto difícil, por no decir imposible- tenían que contentarse con fundar ranchos en El Purgatorio y, estarse en éste hasta que el humo del incienso y las letanías caprichosas de un canónigo se elevaran hasta ahí, previa cancelación de canonjías.

Y sucedió que un tal día, como todos los días en ese apacible lugar, luego de sufrir durante mucho tiempo fiebres cuartanas y prolongados dolores, pasadas las ocho de la noche hubo de entregar su alma el padre de un hacendado de rica hacienda, quien deseaba que su progenitor, al que había amado por entero, fuera velado y enterrado como el mejor de los cristianos, con todas las ceremonias y pompas fúnebres de alto rango, publicando –más que diciendo- a sus amigos y vecinos, que como tal había de enterrarlo, costara lo que le costare, que para eso contaba él con muy buenos pesos.

La noticia de esta intención, como era de esperarse, se difundió más allá del poblado como pólvora encendida, llegando, por casualidad, a los oídos de tres individuos que plácidamente bebían unos tragos de ron en una bodega al borde de la carretera. Uno de ellos era el sacristán de la iglesia de San Francisco, el más cercano caserío, conocido por la gente de Tristé; y los otros dos eran, uno de Cumanacoa y otro de San Lorenzo, desconocidos por estos lares.

Estos tres amigos solían reunirse regularmente para irse de tragos, inventar fiestas sin ningún motivo, dar serenatas para intentar *sacarse* a alguna joven, o para producir cualquier diablura, evitando en todo caso que se supiera que ellos eran los protagonistas, las cuales, después, los mismos celebraban porque durante largo tiempo era la comidilla de esos contornos al tenérsele como de las cosas más ingeniosas y graciosas que por allí sucedían.

Al llegarle a estos tres individuos la noticia de lo declarado por el hijo del difunto, Fabio –el de Cumanacoa- comentó que difícilmente el cura de su pueblo podría ir a hacer aquel funeral, porque había salido para Cumaná llamado por el Mayor de los Capuchinos; a lo que Gervasio –el de San Francisco- ripostó, que con el cura de Caripe tampoco podían contar para aquellos oficios, pues dos días atrás habían tenido que bajarlo, en parihuela, enfermo de vómitos y diarreas, para San Antonio del Golfo. A continuación se hizo un sostenido silencio durante el cual apuraron otros tragos; cuando de pronto la proposición de Villafranca –que así se llamaba el de San Lorenzo- cayó en medio de todos como una centella; y apenas transcurridos los pocos segundos de sorpresa, no se hizo esperar la pregunta, casi al unísono, de Francisco y Gervasio: *¿Cómo, que nos encarguemos nosotros de hacer el funeral y de cobrarlo?* Y mientras esto preguntaban los ojos se les agrandaban y sus pupilas relampagueaban con un brillo de asentimiento y complicidad.

Así es, contestó Villafranca, pero antes pidamos otro ron; lo que él mismo hizo, y brindaron y apuraron. El plan es éste, continuó, nos vamos ahora mismo para San Francisco y esta misma tarde mandamos desde allá a un muchacho a que diga a los deudos que hoy llegó aquí un cura nuevo, y que mañana, como a las cinco de la tarde, va ir hasta allá para cumplir las ceremonias del funeral tal como lo quiere el hijo del muerto, con entierro alto de velas y cirios, puesto que es de verdaderos cristianos tratar de complacer a quien sufre y de hacer el bien, sobre todo a un cadáver y a sus deudos, celebrándoles los oficios adecuados de difuntos, que permita, de esta manera, salvar un alma que quedará, sin duda, no sólo agradecida y muy contenta, sino, además, ahita de santamarías y paternoster.

No bien dicho esto se fueron a San Francisco, donde se instalaron en la sacristía de la iglesia, acordando que Villafranca haría de cura y Francisco y Gervasio de monaguillos, contando para revestirse con los trajes y arreos que allí había; que cualquier pregunta que sobre los oficios le hicieran la contestara Gervasio, que era sacristán y sabía de eso, y que, además, pusiera el precio del servicio fúnebre y cobrara por adelantado pretextando que el cura debía llegar pronto a Caripe que estaba sin titular, de manera de propiciar un pronto escape, asegurados los pesos en la faltriquera, no sucediera que alguien descubriera la sustitución y el fraude y los delatara al hijo y demás deudos del difunto, convirtiéndose aquello en un *taparero*, con muerte sacrilega acompañada, y otros funerales, ausentes de sacerdote y de acólitos para celebrar.

A las cinco de la tarde del siguiente día, tal como había sido previsto, hicieron su aparición, en la casa del velatorio y la impronta despedida, *el padre Villafranca*, investido con casulla y estola morada y oro, gorro negro encima de la tonsura (su calvicie prematura le había proporcionado una muy

brillante), asiendo en las manos un braserillo plateado que despedía la humareda del incienso que adentro de éste se quemaba, flanqueado por los monaguillos Francisco y Gervasio, ambos revestidos de negro, uno sosteniendo una vara plateada que culminaba en un crucifijo y el otro con una semejante pero que concluía en un cirio encendido.

Cuando las mujeres vieron aparecer este séquito que se detuvo enfrente de la urna, con el muerto de cuerpo presente y aquel supuesto sacerdote ahumándole con el incensario, abrieron un coro de llantos que, al hacer eco en la montaña, multiplicó el drama y sus dolores; y los deudos, ante tal cuadro, pusieron –aún más- caras de tragedia. Para mayor insensatez y audacia el trío de falsarios llegó achispado de aguardiente. Y sin que se hubiese convenido una señal previa, *el padre Villafranca* irrumpió con una perorata ininteligible, pronunciada en voz baja, en imitación de rezos y oraciones, coreadas al unísono por los monaguillos, lo que asemejaba al ruido sordo de un enjambre de avispas; supuestos rezos y oraciones estos que concluían siempre cuando con clara voz el tal cura decía amén y sus secuaces lo repetían diáfaramente, momento este que se lo apropiaban las beatas, y demás mujeres, para intercalar sus padrenuestros y avemarías. En tanto, en el patio los hombres conversaban y contaban *cachos* entre tragos de café y aguardiente.

Al cerrarse la quinta presunta oración se adelantó *el cura Villafranca* y de nuevo ahumó al cadáver, instante este que aprovechó Francisco para indicarle a la gente que el ritual allí había terminado, por lo que debían sacar la urna de la casa para conducirla al camposanto. En seguida se acercaron cuatro de los hombres, situándose dos a cada lado del féretro, el cual levantaron a la altura de sus rodillas y llevaron afuera, y poniéndoselo sobre los hombros dieron marcha hacia el cementerio, mientras arreciaba el llanto dentro de la casa.

El cortejo lo encabezaba el catafalco y los demás hombres que marchaban a la zaga para ir sustituyendo a los cargadores en el privilegio de cargar al muerto, seguido del *padre Villafranca* y sus dos compinches, algunos deudos, familiares y amigos, casi todos mujeres. En tanto caminaba el funeral, los tres farsantes continuaban lo mismo que habían actuado dentro de la casa, mascullando palabras ininteligibles –en coro-, guirigay que siempre finalizaba en amén; cuando a poco de entrar al cementerio, una vieja que caminaba detrás de ellos dijo a otra que la acompañaba: *Mija, la verdad es que no entiendo **naíta** de lo que dicen este cura y estos monacillos, parece que no fuera rezo de verdad.* Al oír semejantes expresiones a Villafranca se le atragantó la “rezadera”, pero comprendió que para evitar nuevas sospechas debía continuar haciendo que rezaba, de modo que prosiguió su menester hasta que se detuvieron en el sitio de la tumba; y en los momentos en que con unos mecates fue amarrado el féretro para bajarlo a la fosa, otra vez escuchó a la misma vieja decirle a su compañera: *Niña, te repito que los rezos no me parecieron rezos, ni este cura me parece cura, pues no camina ni mueve las manos como cura; además, no le oído que diga nada en latín como rezan los otros curas que siempre han estado en este pueblo.* Ante tales comentarios, el cuerpo de Villafranca se estremeció y, junto con su alma, estuvo a punto de hacerle compañía al difunto dentro de la tumba; diciendo para sí que no era tanto perder el equilibrio y resultar herido, sino llegar a perder los pesos que pensaba ganar a costa de tanto inventar. Sin embargo, sobreponiéndose a tan difícil situación, con un esfuerzo soberano de imaginación e ingenio, se trepó en el montículo de tierra extraída para hacer la fosa y por sobre los presentes, con estudiados gestos de actor con ángel, cara elevada y mirada pía hacia el cielo, balanceó el incensario con su mano izquierda y con la derecha inscribió la señal de la bendición de la cruz en el muerto y en los presentes, en tanto

proclamaba así, en alta y empostada voz, su última letanía para aquel difunto: *Quando de ponte bis, vis desollandum taurus, gallinam cum pollo cloq vacam meorum. Bis papam cum gallum pacis est. Mortus est qui non resuellam. Amen;* al mismo tiempo que cerraba contritamente los brazos sobre su pecho. Entonces el coro no se hizo esperar, pues no sólo lo hicieron los dos acólitos sino todos los presentes, y, con mayor énfasis, el par de viejas que habían dudado del *padre Villafranca*, oyéndose en el camposanto un sonoro y féerico AMEN.

EL DÉBIL COMO PARADIGMA.

En el indio no podía darse esa actitud, ese comportamiento, que hemos venido describiendo como picardía o truhanería, porque la *astucia* del indio, que creemos es como se debe llamar en propiedad, estaba condicionada por su íntima relación con el medio natural dentro del cual vivía de manera armónica. Porque sus interrelaciones sociales, humanas, bien dentro de la tribu o con miembros de otras tribus, respondían a reglas míticas y religiosas que hacían imposible la aparición de conductas que eran propias de pícaros y truhanes. Sus dioses, si así podían llamarse, estaban inscritos dentro de un naturalismo, no en un humanismo, pues eran árboles, pájaros, fieras o peces; no eran como los dioses de los griegos, cuyas formas y acciones se identificaban plenamente con las humanas y sólo se abstraían de éstas de manera transitoria; y fueron, precisamente, los dioses griegos quienes sirvieron de ejemplo de pícaros a los mortales, a los occidentales.

Las *astucias* de nuestros indios tenían como finalidad, en todo caso, sorprender y ganarle a lo inhóspito de la naturaleza o a la fuerza artera de las fieras y demás animales que en ella viven, en cuanto a lograr no ser atrapado y sucumbir. Son más un ejercicio de ingenio y sagacidad que de picardía.

Ingenio que subsiste y está presente en las narraciones puramente indígenas, y en algunas de carácter mestizo como los cuentos de *Tío Tigre y Tío Conejo*, de Antonio Arraiz, que la imaginación popular recreó y enriqueció hasta la saciedad; narraciones que hacen del débil el héroe del relato, del débil contra el poderoso, tal vez para reforzar la autoestima del indio y del negro, diezmados por las acciones vandálicas y de terror del conquistador y, más tarde, del propio criollo. Como es obvio en esto diferimos de la opinión de Uslar Pietri en *El mal de la viveza*.

La *sutileza* indígena la podemos observar en un relato de desbordada e insólita fantasía, que nos narrara un descendiente de los indios Cuacas, de la serranía del Turimiquire, Eleodoro Coronado, quien junto con sus hijos mantuvo la tradición de la música de flautas de carrizos, conocidos con el nombre de *Los Carrizos Precolombinos* con que los bautizara Jean Marc Sellier de Civrieux.

Contaba Eleodoro Coronado que, en una oportunidad en que su mujer ya estaba en tiempo de parir, previniendo ese momento salió de La Fragua, donde vivían, hacia el pueblo de Cumanacoa, a comprar lo que necesitaba la comadrona para hacer su trabajo, que eran *hilo e guevito*, una botella de manteca, sebo de *flandes* y un litro de ron blanco; pero que estando en la bodega, una vez hechas las compras, llegaron unos amigos suyos y comenzó con ellos a celebrar la llegada de la criatura antes de tiempo, bebiéndose unos *palos* que se prolongaron hasta la anochecida, cuando él salió para La Fragua a llevar lo que había comprado. La luna, que esa noche era llena, alumbraba por demás el camino, cuando, de pronto, en un claro de la trocha se encontró de frente con un tigre que le cerraba el paso. *¡Mayor susto!* –dijo- *cuando me vi ante aquel animal. El Tigre ahí y yo aquí. Pero pensé en mi mujer que estaba por parir y, con cuidaíto, saqué del mapire la botella de manteca, el*

sebo de flandes y el litro de ron que me bebí enseguida p'a darme ánimo; me quité toda la ropa y las alpargatas, quedándome desnudo; hice un bojotico con todo esto y el mapire, me unté la cabeza y todo el cuerpo con sebo y manteca, el bojotico me lo puse bajo el brazo y, sin que el tigre lo esperara salí corriendo hacia él que abrió toda su bocota, entonces aproveche y me le tiré de cabeza por la boca, con tanta rapidez, que ahímismo le salí por el culo, sorprendiendo al tigre que se quedaría pensando qué me había hecho yo; y corriendo más que asustao llegué a mi casa, donde me esperaban para partear a mi mujer; mientras del monte se oía el ronquido de aquel animal rabioso.

Y en relación con las manifestaciones culturales espirituales de nuestros indígenas, hacemos mención de la recopilación hecha por el poeta Gustavo Pereira, con el título *Costado Indio*, antes mencionado, que recoge, organiza y expone una muestra significativa de esas manifestaciones de los primeros habitantes de América, desde los iniciales y dramáticos encuentros con el español hasta recientes trabajos de etnólogos; presentada por una especie de genésico texto que abre esta antología, *Sobre poesía indígena venezolana*, poético y doloroso libelo contra la oprobiosa servidumbre a que, la conquista y la colonia, sometieron a nuestros indígenas y al tratamiento de desprecio y exclusión que le hemos dado, hasta hoy, los propios criollos:

En el principio fueron los cantos.

Oraciones teogónicas y cosmogónicas, invocaciones acompañadas de baile e instrumentos, añoranzas de tiempos perdidos, recuentos de hazañas de héroes y deidades: la poesía discurría como prodigio cotidiano.

En ocasiones el cantar abrigábase en el sentimiento individual y se hacía tema lírico de amante o ensalmo mágico de piache o de puidei.

De este modo alcanzó a sustraer al hombre de sus pesares misteriosos y, al entonarlo, la tribu encontró en él sonoridades y claves de la tierra y de los cielos.

Pero el cantar había nacido condenado.

En el largo proceso de la dominación colonial sus oratorios y hablas secretas se tuvieron por obras del demonio y su ternura y su candor por pruebas de una condición censurable.

Así, como a tantos hijos del espíritu, a las naciones indias se les quiso vedar también la magia del canto, ese escondrijo “desde donde hacía sus negocios el diablo”

VI

TAMBIÉN SOMOS NIGROMANTES

*De malicia y arte enjutas
llegaron los hideputas.
Homónimo.*

Pero regresemos a la realidad vivida por aquellos españoles que vinieron a las Indias durante los siglos XV, XVI y XVII. Sobre ésta nos señala Joseph Pérez en su estudio *España Moderna –1474-1700- Aspectos Políticos y Sociales* (Labor, 1984), hechos fundamentales que tendrían decisiva incidencia en la mentalidad de aquel individuo que vino a América en aquellos siglos. Entre otros, asienta él, los siguientes: que en aquellos tiempos, dado que no se había socialmente integrado el pueblo español bajo una definición que los uniera, no se tenía un concepto sociológico de *nación española*; que la guerra de la Corona contra los Comuneros de Castilla y contra las Germanías en el primer cuarto del siglo XVI debilitaron, y casi anularon, a las instituciones populares, concretamente, a los cabildos; que Castilla, desde el comienzo de la conquista, pretendió imponer su modelo de estructura social estamental en América; que la Contrarreforma se inició en 1530, pero, que a pesar de su rigor en todo lo concerniente a la conservación de la integridad doctrinaria de la religión católica y de las costumbres cristianas que prácticamente alejó a España del concierto de las demás naciones europeas, su brazo ejecutor, la Inquisición española, le dio un tratamiento *de circunspección* a la brujería y a ciertas prácticas supersticiosas, mundanas, como la magia, y también a algunas religiosas, que estaban profunda y soterradamente arraigadas en la mente popular; y, además, que los Estatutos de limpieza de sangre no fueron más que una maniobra política de la Nobleza urbana *para desprestigiar a la burguesía y las actividades burguesas, presentadas además de viles, como propias de judíos.*

Estas afirmaciones las creemos acertadísimas; de manera tal, que basta considerar cómo estos hechos influyeron en la mentalidad de aquellos españoles, solamente analizando determinados sucesos de la conquista, como por ejemplo, la guerra civil en Perú que enfrentaron a Pizarro y a Almagro; el caso, por demás conocido, de Lope de Aguirre el peregrino y su famosa misiva al rey Felipe, que fue toda una declaración anticipada de independencia; los impedimentos surgidos de los mismos conquistadores que imposibilitaron implantar aquí la estructura estamental castellana; el resurgimiento en Indias de los cabildos castellanos y su posterior importancia en la emancipación americana; y la conservación de prácticas supersticiosas, mágicas y religiosas traídas por aquellos hombres desde España y su consecuente sincretismo con prácticas de las culturas indígenas y negroides.

Sin duda, era una realidad que las distintas nacionalidades que formaban el primer Estado moderno de Occidente, España, estaban jurídica y políticamente unidas por la Corona, que en este caso era la de Castilla más que la de Aragón, y, así mismo, política y espiritualmente por el catolicismo militante; pero, por lo demás, cada una de esas nacionalidades formaba causa aparte. Y a propósito de este catolicismo, transcribamos lo que sobre nos dice Blanco Fombona (ob. cit.): *el servir la religión como instrumento político y vínculo entre las diversas regiones de España que no tenían entonces vínculo más poderoso que las mancomunara y constituyera en haz; es decir, en unidad, en nación*. Por lo demás, todos conocemos cómo esta actitud autonomista y social se traslada a América, donde asumiría una especial conformación institucional, renaciendo en nuestros cabildos populares, autónomos, tal como habían existido en España hasta que el absolutismo de Carlos V los proscribió al ajusticiar a sus líderes, Padilla, Bravo y Maldonado; ayuntamientos que serán, a comienzos del siglo XIX, el fundamento social,

político e institucional, cuyos integrantes como legítimos representantes del pueblo, reunidos en Congreso, sancionarán la primera Constitución americana en Caracas, y, casi inmediatamente, las demás Constituciones de los otros países hispanoamericanos.

En cuanto a la pretensión de trasplantar la estructura social estamental castellana en las Indias, pudo cumplirse, en gran medida, en los centros de poder fuertes como Nueva España y el Perú, y más tardíamente, y a medias, en la Nueva Granada. Pero, en lo que es actualmente el territorio de Venezuela fue prácticamente una ilusión, porque dadas las mentalidades y caracteres de aquellos españoles que aquí llegaron y se establecieron, como lo señaláramos anteriormente, y por la manera como se cumplió en nuestro país el proceso de conquista y poblamiento; por el pronto y acelerado mestizaje; y por la condición marginal de nuestro territorio en atención a los grados de importancia que la Corona española otorgaba a sus colonias; el pretendido traslado del modelo estamental castellano sólo se cumplió de manera jurídicamente formal, porque en vista de todas estas circunstancias anotadas, no logró encajar jamás en la mente de la mayoría de aquellos habitantes, mestizos (aún algunos con posesión de fortunas) y marginales, quienes consciente e inconscientemente rechazaban ese modelo. Y esta realidad mental y social, a la larga institucionalizó en nuestro país otra forma de distinción social que partía de la apariencia del color de la piel; *prejuicio de razas* lo denominaba, en su concepción positivista, Laureano Vallenilla Lanz (*Cesarismo Democrático*, Tipografía Garrido, 1952); lo cual se tradujo en la división social por *castas* en la Colonia. Durante ésta, fueron los *mantuanos* o *grandes cacaos* quienes ocuparon la cúspide de la pirámide social, debido a sus acaudaladas fortunas mayormente provenientes de la propiedad inmobiliaria, de sus grandes haciendas; eran todos, o casi todos, mestizos,

producto de la mezcla de peninsulares con indias, que se creían superiores a éstos y también a los *blancos de orilla*, y a todos los demás mestizos, provinieran del aparejamiento de estos blancos venidos a menos con indias o negras, o pardos, o mulatos. Por supuesto en la última escala estuvieron los pobres negros esclavos.

Pero, a pesar de estas alcabalas sociales, por suerte, en nuestro país el proceso de mestizaje y la mezcla institucional de castas fue inatajable, aún contra los reclamos desesperados y permanentes de algunos representantes de la Corona y de la Iglesia; tanto, que a escasos años para que se culminara la emancipación de nuestro territorio, concretamente en el año diecisiete, en una ciudad goda y realista como Coro, el Síndico Procurador General del Ayuntamiento, Don Mariano Arcaya y Chirinos, se alarmaba *por la facilidad con que se ve en estos días celebrarse los matrimonios entre personas notoriamente desiguales* (Vallenilla Lanz, Ob. cit.)

Con respecto a las mentalidades mágicas y de supersticiones religiosas de aquellos españoles que vinieron a este Continente, bastará transcribir aquí, a manera de ilustración, las dos citas que Fernando Díaz-Plaja expone en su aludida obra, cuando señala, en la parte *Los Aquelarres*, primero, que *la Inquisición, que tan dura y cruel se mostraba con cualquier individuo que pusiese en duda la virginidad de María o los milagros de Jesucristo, era escéptica respecto de esas relaciones con el diablo*; y luego, pone en evidencia, y ratifica la afirmación anterior, de cuáles eran las creencias de los expertos del Santo Oficio acerca de tan delicada materia, con los dictámenes de Pedro Valencia y del Doctor Laguna sobre el proceso de los endemoniados de Metz, cuya conclusión fue: *De donde podemos conjeturar que todo lo que dicen y hacen las desventuradas brujas es sueño causado de brebajes y unciones frías, las cuales, de tal suerte le corrompen la memoria y la fantasía,*

que se imaginan y aún firmísimamente creen haber hecho despiertas todo cuanto soñaron durmiendo...los tales accidentes no pueden proceder de otra causa –dictamina el botánico- sino de la excesiva frialdad del unguento que las traspasa todas y se les mete en los tuétanos...Ni con el espíritu ni con el cuerpo, jamás se apartan del lugar donde caen agravadas del sueño.

Ya Cervantes en *El coloquio de los perros*, con ocasión de cuando Berganza vive como *perro sabio*, nos proporciona una muestra elocuente de esta mentalidad, en los personajes de la Montiel y la Camacha de Montilla, famosa ésta por sus artes de *tropelía* para convertir hombres en animales y por congelar, cuando le venía en ganas, las nubes para tapar el sol; y con la Cañizares al describirnos un caso de posesión por untura de un unguento a base de *jugo de hierbas*, como lo señalaron Pedro Valencia y el doctor Laguna.

Estas mentalidades y supersticiones de aquellos españoles, al establecerse aquí en Las Indias, se nutrieron abundantemente, primero con las aportaciones indígenas y luego, con el rico animismo africano, que subsisten y nos demuestran no sólo los hechos consumados del mestizaje, sino la belleza indómita de la mezcla de lo religioso y étnico, traducida en poesía, folclore y tradición, que perdura, gracias al cielo, en personas del pueblo, memorias y espíritus de la comunidad que hablan con la voz mestiza de español, indio y negro, en música de estribillo o *joropo tramao*, con la cual enseñan simbólicamente los elementos que permiten a un enamorado, o enamorada, vencer la resistencia de aquél, o aquélla, que se requiera de amores, o lograr que caiga en el olvido del deseo quien vive apasionado por un amor; *trabajos* estos de magos o *curiosos* que, realizados bajos pautas rituales, *ensalman* o *desensalman*, bien para conquistar al deseado o para desasirse de quien pretenda amores.

Y como muestra de esta creencia popular sobre “oraciones” para el juego amoroso, veamos -sólo por cotejar- la sencilla e ingenua versificación del acervo mágico-religioso de nuestro mestizaje, del cual se podrán extraer determinados aspectos que evidencian, en parte, nuestro sincretismo cultural:

*Te queremos conocer/ para prestarte una ayuda/ y a ese hombre que te persigue/ que lo cojas y lo sacudas./ Estas yerbas que te traigo/ aprécialas con cariño:/ amansaguapo y cilantro/ y el nombrado corocillo./ También te traigo un cuadrito/ que tú lo vas a alumbrar,/ éste San Juan del chaparro/ ponlo debajo del altar./ Este santo milagroso/ lo pones con Santa Elena,/ para que lo chaparree/ y lo ponga a sufrir sus penas./ Con la Oración del Tabaco,/ si es que tú te has defendido,/ búscate un escapulario/ que lleve a San Ceferino./ Y si tú lo quieres ver/ a ese hombre, como él a tí te quería/ búscate la yerbasanta/ y el cuadro de Santa Lucía. (**)*

Existen en estas letras populares, de una belleza elemental, como arriba señalábamos, muchos ingredientes del sincretismo religioso y cultural, pero sólo haremos alusión a algunos de éstos que, en nuestra opinión, serán suficientes para someramente ilustrar al lector. Al primero que nos referiremos es al tabaco, por tratarse de una planta originaria de este Continente, que tan poderosamente atrajo la atención de Luis de Torres, médico judío y traductor, que vino con Colón en su primer viaje, quien prefirió quedarse en Cuba estudiándola a seguir con el Almirante en su viaje descubridor; planta esta que integra propiedades múltiples, e imprescindibles, para muchos rituales míticos y animistas, ya sea en magia negra o en magia blanca. Vemos, así mismo, la *yerbasanta*, *amansaguapo* y *cilantro*, que aparte de sus condiciones medicinales refuerzan con sus propiedades esotéricas la efectividad de “*el trabajo*”. Luego, encontramos santos del santoral de la brujería, como *San Juan del Chaparro*, que, puesto *debajo del altar*, es el

antídoto o “*la contra*” para detener o impedir cualquier trabajo *brujeril* destinado a una persona. Por último, se menciona a *Santa Lucía*, porque de amores se trata, ya que la leyenda que de ella se tiene por los lados de Cariaco y Campoma (Estado Sucre), tal como en su simplicidad nos fue contada, es que esta santa estaba casada, pero el marido no la quería así ella se esforzara en complacerlo siempre; y en una oportunidad le dijo que para verlo feliz haría cualquier cosa que él le pidiera; a lo que el esposo preguntó ¿serías capaz de sacarte los ojos? enseguida, la santa poniéndose un plato a la altura de su pecho, con los dedos de la otra mano se sacó los ojos que cayeron en esa escudilla. Así es como la imagen Santa Lucía sostiene un plato a la altura del pecho. Y por eso esta santa, -aseguran candorosamente-, debe estar siempre presente en cualquier “*trabajo*” que se haga para lograr la fidelidad de la persona amada.

De modo que podemos observar de esas creencias muy arraigadas en la mente del pueblo, como el sincretismo religioso y cultural aflora, de manera espontánea e ingenua, en este tipo de manifestaciones que forman parte de un devocionario popular.

Otra cosa es, por ejemplo, una manifestación más propia, amplia y compleja, de verdadero mito (y leyenda) popular venezolano, como el de *María Lionza*, la hermosa india que aparece en las montañas de Sorte cabalgando desnuda sobre una danta, que ya forma parte del acervo mestizo venezolano, pero del que no entraremos en materia, pues el mismo ha sido ya estudiado, antropológica y sociológicamente, en profundidad, desde varias de sus facetas, como propiamente mito, como leyenda y desde el punto de vista de sus ritualidades. Sólo recordaremos aquí que la belleza de este relato mítico y la fascinante hermosura de la reina, inspiró la novela, de Francisco Herrera Luque, *La Luna de Fausto*, donde el rostro y cuerpo de María Lionza se

convierten en el obsesivo sueño de Felipe de Uthen, llevándolo a la perdición y la muerte en su aventura conquistadora en territorio venezolano.

Y con relación a esta mentalidad mágica y los conocimientos de medicina impartidos en la Universidad de Caracas para finales del siglo dieciocho, nos aclara, en su obra *La Universidad Colonial*, el Doctor Humberto Cuenca: *Que verdad es que los médicos europeos tampoco habían alcanzado gran rigor científico, creían en el poder curativo de los pulmones de zorro, aceite de perro, carne de víbora, polvo de cráneos*. Y de Venezuela cita el caso del célebre médico brujo Zibico, que para esa época ejercía sus artes en la ciudad de Cumaná, donde el Gobernador Emparan, demostrando tener una mente más abierta por lo menos a las teorías científicas que estaban en boga en Europa, le impidió a aquel *curioso*, más que médico, *–loco armado de los puñales de su botica–*, que siguiera ejerciendo; sin embargo, la Real Audiencia de Santo Domingo le autorizó para ejercer la medicina, previo un examen sobre la materia (Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1967). Estos dos ejemplos del Doctor Cuenca, nos demuestran que la mentalidad mágica no sólo estaba en los estratos sociales más pobres y sin educación, sino que la misma habitaba en muchos académicos y altos funcionarios del Estado.

El arraigo de la mentalidad mágica, su resistencia en el inconsciente colectivo de nuestro pueblo lo ilustraremos una vez más aquí con una historia del primer decenio del siglo veinte, sucedida en los avatares políticos en que estaba envuelto nuestro pueblo, a raíz de la asunción, por golpe de mano, del general Juan Vicente Gómez a la Presidencia de la República, momento este en que se iniciaba la más larga y cruenta dictadura sufrida por Venezuela.

Como en el Estado Sucre habían quedado solapados algunos sujetos contrarios al dictador, éste había enviado a Cumaná un cuerpo de soldados

originarios de los Andes, a quienes los orientales despectivamente llamaban *chácharos*, que campesinos de esa zona del país conservaban por lo mismo un modo de vida propio, un lenguaje distinto y una mentalidad arcaica, de su secular mezcla de blancos e indios, sobre todo con predominio hereditario de estos en sus facciones, incondicionales a sus jefes también andinos y de los que el gobierno podía confiar, por entero, para que combatieran cualquier insurrección y detuvieran a cualquier sospechoso de desafecto.

Contaban viejos cumaneses que, por aquella época, el Presidente del Estado, una mañana recibió la información de que por los lados de los cerros de Camacuey, camino de Marigüitar, se escondía uno de estos enemigos del General Gómez, de nombre Crispulo Andrades, que había combatido como soldado a las órdenes del General Sotillo en *La Libertadora*, denominación dada, paradójicamente, a este movimiento armado contra el gobierno de Castro por gobiernos imperialistas europeos y compañías petroleras internacionales, con intenciones, inequívocas, de apoderarse de todas nuestras riquezas; y de quien se decía que podía cambiarse, a voluntad, en *tigre palenque* y en cuanto animal o cosa se le ocurriera. Ante este inconveniente, se giraron precisas instrucciones escritas al Comandante de la Tropa, quien a su vez destacó a un sargento para que con veinte hombres armados saliera esa misma noche hacia el sitio de Camacuey, con la orden expresa de trasladar, a como diera lugar, preso a esa Guarnición (Castillo de San Antonio de la Eminencia) al susodicho *brujo Andrades*, como también le mentaban; quien en verdad estaba escondido cerca de donde vivía una de sus *queridas*. Allí, en horas tempranas de esa noche, disfrutó el amor con ella y, luego, se trasladó a su *rancho* acostándose a dormir en el chinchorro que guindaba en lo que fungía de sala.

Hombre de sueño liviano, despertó al sentir que los chivos en el corral del traspatio se inquietaban; e individuo avezado en las experiencias de andar siempre huyéndole al gobierno, se levantó y puso de pie, recogió su ropa y alpargatas, no sin antes meter dentro del chinchorro, que acababa de dejar, una mano de pilón, -que utilizaba por lo regular como tranca de puerta para evitar que los animales pasaran adentro del *rancho*-, cubriéndola con la cobija que había usado para arroparse y rápida y sigilosamente se fue al corral, donde, quitecito, se acurrucó bajo unos chivos que, como ya le conocían su olor, se mantuvieron tranquilos.

De manera que cuando el sargento con tres de sus hombres entraron de pronto al *rancho* y se fueron directamente al chinchorro, que Crispulo acababa de desocupar, y le apuntaron con sus chopos dándole la voz de arresto, mientras encendían un hacho que les proporcionara claridad, sin embargo, nada se movió en aquel silencio; en vista de lo cual el sargento se adelantó, con sumo cuidado, y con la punta del cañón de su arma fue levantando poco a poco la cobija; y al darse cuenta de lo que allí parecía, llamó a todos los soldados que comandaba para que se percataran. La inquietud estuvo a punto de desconcertar a aquellos hombres, pero, calmado y decidido, el sargento, ordenó a dos de ellos que cargaran el chinchorro con la mano de pilón, agregando seguidamente con voz firme: *¡Oras! Lo llevamos preso a Cumaná y lo encerramos en un tigrillo del Castillo de San Antonio; porque en algún momento tendrá que recobrar su mortalidad.*

Sobre el aporte africano con relación a la mentalidad mágica-religiosa de nuestro pueblo y con su sincretismo, bastaría señalar las celebraciones de San Benito, en el Estado Zulia, denominada de *Los Chimbángeles*, de cuyas fiestas realizó un hermoso documental filmico la antropóloga Michelle Ascencio. Así mismo, consideremos todos los ritos y ritualidades negroides, presididos por

los tambores, que en Venezuela se celebran a propósito de las fiestas de San Juan, especialmente en las costas de los Estados Vargas y Miranda y región de Barlovento. No se diga de toda una hermosa tradición de mitos y cuentos populares, cuyos temas se evidencian mezclados fundamentalmente con el legado indígena, como es el caso del mito de la culebra de la laguna de Campoma, en el Estado Sucre, donde se dice que los cataclismos se suceden cuando ella se muerde la cola.

VII

NO OTRA HERENCIA

*Para piedad y buen instinto:
indio, negro, blanco y... tinto.*
Yomónimo

Así, pues, es necesario indagar –como decíamos- acerca de la mentalidad, actitudes, comportamientos e ideología del pueblo español de los siglos XV, XVI y XVII, en relación con la lengua hablada y escrita, con lo religioso, lo mágico, etc., a partir especialmente de los textos cervantinos que hemos aquí elegido para su consideración, de los cuales podemos decir con el historiador ruso de la cultura, Mijail Bajtin (citado por Pelorson), que ellos recogen las tradiciones orales, reproducen el habla popular, informan de las canciones, bailes, fiestas, juegos, etc., del pueblo, y ponen de manifiesto *toda una concepción de la vida y del mundo*. Así mismo, es una verdad indiscutible, que el pueblo disfrutó, disfruta y disfrutará, de placer lúdico al usar los juramentos, maldiciones, imprecaciones, blasfemias y palabrotas, como esta de *hijo de puta*, muy en boca de Sancho; placer que, hoy por hoy, seguimos y seguiremos gozando el pueblo español y nosotros los hispanoamericanos; amén de que ellas son como la sal del idioma, su irreverencia lícita contra el orden y el poder. A todo esto podemos adicionar, como lo ha señalado Pelorson (Ob.cit.), que por el fenómeno de la *hibridación cultural*, es decir, por la interacción de la cultura oral en la cultura escrita, y viceversa, la primera se ha perpetuado también a través de la segunda, en refranes, anécdotas, cuentos, coplas, romances, etc.

Sustentándose, entonces, en los conceptos de la historia de las mentalidades, en el estudio de los procesos de larga duración, como los han denominado sus adscritos, podemos deducir que los personajes de Cervantes en su comedia *Pedro de Urdemalas*, en el entremés *El Retablo de las Maravillas* y en la novela *Rinconete y Cortadillo*, extraídos todos del

estamento pueblo, de los marginados y excluidos, a pesar de haber sido escritos y descritos a comienzos del siglo XVII, es decir, pasada más de una centuria de la llegada de los españoles a las Indias, esos personajes, por razones de herencias culturales y resistencias inconscientes colectivas, e individuales, conservaban, presumimos, las mismas mentalidades que aquellos viajeros de finales del siglo quince, y que los del siglo dieciséis, que llegaron a la conquista y poblamiento de nuestro territorio.

Ya hemos señalado que la mayoría de los españoles que vinieron a América eran andaluces y extremeños. Y como dato curioso y ejemplar, encontramos sus correspondientes estereotipos en *La Tía Fingida*, obra también del siglo XVII atribuida a Cervantes, en el pasaje cuando la tía, hablándole de los hombres, instruye a Esperanza, advirtiéndole: *Los extremeños tienen de todo como en boticarios y son como la alquimia, que si llega a plata lo es, y si a cobre, cobre se queda. Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco; porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces y no nada miserables.* Aquí es conveniente e imprescindible observar, que a pesar de que los estereotipos contienen prejuicios y exageración, también en ellos hay evidentes indicios de verdades.

En *Pedro de Urdemalas* dijimos que se dan las características de enredador, malicioso, trapacero, rezandero, astuto, ingenioso, aventurero, amistoso, prudente, fraterno, gran hombre, bizarro y generoso; y en *Martín Crespo* resaltan las de trabajador, buen padre, corrupto, pues obtuvo por cohecho la vara de la justicia, y de recto con los suyos, como lo fue al permitir el matrimonio de su hija Clemencia con Clemente, porque éste aunque pobre era trabajador y decente, y de justo en el caso de su sentencia en el pleito de los dos labradores.

Casi todas estas características son las de los personajes de *El Retablo de las Maravillas*, pues *Chanfalla* y la *Chirinos*, en los cuales se hubo recreado *Ginesillo de Pasamonte*, son dos truhanes burladores con su teatrillo, *donde ninguno puede ver las cosas que en él muestran que tenga alguna raza de confeso, o no sea habido y procreado de sus padres en legítimo matrimonio*. Esta ironía que en este pasaje hace Cervantes a la “limpieza de sangre”, se presenta aún más ridícula en la actitud del *Gobernador* que a pesar de no ver nada de lo que los burladores dicen que está ocurriendo en el retablo, actúa como si en realidad estuviese viendo lo que ellos falsamente exponen que sucede, justificándose –diciendo para sí-: *por la negra honrilla*.

Así mismo, todos esos caracteres, pero mucho más pronunciados los negativos, los vamos a encontrar en los jóvenes pillos *Rinconete* y *Cortadillo* y en todos los integrantes de la Cofradía que jefatura el delincuente *Monipodio*.

Y con relación a estas agrupaciones o cofradías, es necesario hacer una breve disquisición en torno a su origen y a ciertas características propias de este tipo asociaciones marginales.

Comencemos diciendo, que toda cofradía –y la de *Monipodio* no es una excepción- se instituye bajo normas o pautas rígidas que no derivan de la moral sino de la solidaridad. Se trata, en todo caso, de cuidar de la estabilidad y perdurabilidad de su organización, de su supervivencia. Porque en su estructura y funcionamiento se ponen en juego todo tipo de conductas, positivas y negativas, sin limitaciones, cuya única medida será siempre el grado de colaboración que aporta cada quien a la unidad y pervivencia de la agrupación; es decir, la valoración de las conductas de sus miembros depende del grado de utilidad que comporten para mantener la unidad de la organización y el logro de sus fines. No hay que olvidar que la Cofradía es

una organización para transgredir el orden, los códigos sociales establecidos; porque en aquella España estructurada como una sociedad estamental, se imponía –porque sí, por el poder- la jerarquía sobre la solidaridad, mientras que en la Cofradía la que se impone es esta última. De modo que este grupo al margen de la ley, no es más que la apertura, consciente e inconsciente, a la libertad prohibida, que sólo se atrevían a asumir los delincuentes y otros marginados, que, para coadyuvar a su ejercicio, elaboraban para su comunicación un *codice* verbal propio e independiente de los lenguajes cotidiano y oficial. Se trata, en todo caso, del surgimiento a la consciencia de formas de resistencias desde lo más profundo del inconsciente colectivo; es, como apunta Jean Duvignaud, *la nostalgia que atestigua la supervivencia de prácticas que tienen como finalidad una solidaridad parcial*. Son mentalidades y actitudes sumergidas en las capas más internas del inconsciente, que surgen ante determinados estímulos y necesidades sociales e individuales; porque habrá de considerarse, que la memoria colectiva está construida de los múltiples cambios y variaciones que conmueven los sentidos, conmociones estas que no son más que las respuestas a cómo el hombre percibe las leyes y de cómo las viola, es el ser expuesto al interdicto. Porque el hombre ha creado en su cultura los testimonios de esta verdad, evidenciados en los contenidos de *las metáforas, los ensueños y las ficciones, en la confusa trama de lo que llamamos mitos, que revelan un esfuerzo oculto por transgredir, abolir lo que impone la esclavitud de los códigos* (Duvignaud, *La Solidaridad*, Fondo de Cultura Económica, 1990).

En este sentido, existe, pues, un eje de símbolos que legitiman la solidaridad, alrededor del cual giran el saber y el artificio de la palabra, donde lo lúdico se traduce en un espacio libérrimo en el ámbito de las necesidades de la vida colectiva, porque en él se juega con la libertad, se juega con la muerte;

y mientras, el imaginario va urdiendo su acopio de cuentos, de leyendas y dramatizaciones que hacen la literatura.

Además, siempre habrá que tener presente, que toda sociedad produce sus espacios cerrados, especies de *escondites* para salvaguarda, o refugio, de los que se excluyen, o son excluidos; de un modo de organización gregaria con reglas de conductas que éstos no aceptan y que rechazan consciente e inconscientemente.

Pero volviendo a la novela *Rinconete y Cortadillo*, en ella se hace mención, diríamos que por excepción, a un tipo de marginado que hasta esta obra –a riesgo de equivocarme– estuvo totalmente ausente de nuestra literatura: el judío pobre, ladrón de oficio, que no es sino un delincuente más dentro del cuadro de miseria que se había cernido sobre España, que sólo podía encontrar, en aquella época, refugio, acogida y tolerancia, en una cofradía como la de Monipodio; distinto del tan conocido estereotipo, producto del prejuicio católico, del judío presentado como avaro y agiotista. Por otra parte, observemos del personaje *Cortadillo* que, por la profesión de sastre de su padre, lo más probable es que fuera hijo de judío o de converso.

Se evidencian, por lo demás, otros detalles y algunas coincidencias entre *Pedro de Urdemalas*, *Rinconete y Chanfalla* y *la Chirinos*. Porque además de que todos ellos provienen del mismo estrato social, del estamento pueblo, y estar adoctrinados en religión, los cuatro saben leer y escribir; los dos primeros, porque así lo declaran expresamente, y de *Rinconete* es el propio Cervantes quien nos dice *que sabía algo de buen lenguaje*; de los otros dos truhanes, porque consideramos que para ejercer el oficio de titiritero y teatrero era menester saber leer y escribir; sin olvidar, por supuesto, a Ginés de Pasamonte quien escribió el libro de sus aventuras, del cual dijo a Don Quijote: *Es tan bueno que mal año para Lazarillo de Tormes y para todos*

cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Este hecho, como ya advertimos antes, no sorprende, pues ya vimos que fue política de la Iglesia española de esos tiempos, el tratar de enseñar los rudimentos de la lectura y escritura a los pobres de los hospicios y a que ingresaran hijos de gente pobre a los conventos e iglesias.

Hombres –entre otros- con estas características que hemos venido señalando a través de este trabajo, seculares y frailes, fueron los que mayormente vinieron a las Indias desde finales del siglo XV hasta mediado, por lo menos, el siglo XVII.

Así mismo, tanto en *Pedro de Urdemalas* como en *Rinconete y Cortadillo* la presencia de América es expresa. Ya vimos cómo el primero confiesa, en el romance, **que vino a las Indias** y regresó a Sevilla *sin un maravedí*; cómo también en la puerta de la iglesia le dice a Marina que vio a uno de los difuntos que *un asno trae puesto/ el cerro de Potosí*; y en la imprecación que hace a los labradores, que se niegan a entregarle dinero para el supuesto cautivo de Argel, de *Cómante malos caribes*, refiriéndose –lo más probable- a aquellos indios que tuvieron fama de antropófagos, lo cual se ha puesto en duda, de lo que devino la expresión *canibal*. Y en cuanto a *Rinconete y Cortadillo*, como quiera que la trama del libro se desarrolla en Sevilla, puerto que era de salida hacia América y receptáculo de lo que de aquí iba a España, la novela nos dice que los pillos esperaban a los que sacaban dinero de la Casa de Contratación, o de la Moneda, para seguirlos y robarlos. Porque en ese puerto de control de viajeros y mercancías que salían para América o que provenían de ésta, el delito de robo el ladrón lo endosó a la víctima aplicándole una expresión fiscal: *pagar aduana*; disimulando de esta manera el hecho delictuoso y evadiendo, a la vez, el oído de la justicia. También nos dice la novela que la llegada de los protagonistas a Sevilla

coincidió con el tiempo de *cargazón de la flota*, ésta misma donde estuvo de grumete Pedro de Urdemalas cuando hizo su viaje a las Indias, a América, a la que Cervantes, en *El Celoso Extremeño*, había calificado como *refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, desengaño común de muchos y remedio particular de pocos*; y si no, recordemos a Lope de Aguirre *El Peregrino* y su periplo amazónico-venezolano; sin olvidar el hecho cierto de que también Don Miguel quiso venirse a las Indias. Verdad es que no pudo lograrlo, pero muchos de sus personajes sí pudieron hacerlo; aquí se avecindaron y actuaron con sus mismos pensamientos y mentalidades.

Sin dudarlo, Don Quijote estuvo presente en la hidalguía y arrojo de Andrea de Ledesma cuando enfrentó al pirata y sus secuaces; y redivivo en Bolívar, (y en otros Libertadores), por el ideal de libertad y en su lucha, hasta el último momento, para hacerla realidad; y según refieren algunos “patriotas” –en frase muy cerca del mito y la leyenda- que ya vecina su muerte habría dicho, que entre los grandes majaderos de la historia estaban El Caballero de la Triste Figura y él. ¡Y cuántos Quijotes más! ¡Y cuántos Pedros de Urdemalas!

América ha transitado cinco siglos. Muchos de estos personajes cervantinos nos habitan. Es tiempo –creemos- de reflexionar sobre nuestra mentalidad, actitud y comportamiento para lograr la ansiada *conciliación mestiza* a la que aspiraba Picón Salas. Aunque ésta no es más que una vía entre muchas.

Lo ensayado aquí, como vemos, es apenas una idea al voleo. Faltaría tan sólo esfoyar para descubrir los granos del elote, el oro de la mazorca.

Cumaná, 2001

**BIBLIOGRAFÍA LEÍDA Y RECOMENDADA LEER A PROPÓSITO
DEL ANTERIOR TRABAJO**

Abdhala.- Memorias de Abdhala, último rey zirí de Granada destronado por
Los Almorávides. Alianza, Madrid, 1979.

Acosta, Vladimir.- *Viajeros y maravillas*. Monte Avila, Caracas, 1992.

Aguado, Fray Pedro.- *Recopilación Historial de Venezuela*. Acad. Nac. Hist.
Ven., 1987.

Ariée, Philippe.- *Essais sur histoire de la mort en Occident*. Le Seuil, París,
1975.

Badaracco, Ramón.- *Tierra de Frijoles* (Crónicas). El Periódico de Sucre,
1998.
Fundación de Cumaná. Cultura Universitaria, UDO-Su-
cre, 1995.

Bello, Andrés.- *Estudios Filológicos*.(Estudio Preliminar, Pedro Grases).
Obras Completas. Casa de Bello, Caracas, 1986.

Benzoni, Girolamo.- *Historia del Nuevo Mundo*. Acad. Nac. Hist. Ven.,1987

Blanco Fombona, Rufino.- *El Conquistador Español del Siglo XVI*. Madrid,
1922.

- Borges, Jorge Luis.- *Ficciones*. Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1984.
- Briceño Guerrero, J.M.- *El Laberinto de los minotauros*. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1993.
- Caballero, Manuel.- *Ni Dios Ni Federación*. Planeta, Caracas, 1996.
- Caulín, Fray Antonio.- *Historia Coreográfica de la Nueva Andalucía*. Acad. Hist. Ven., 1987.
- Cervantes Miguel.- *Pedro de Urdemalas, El Retablo de las Maravillas, Rinconete y Cortadillo, El Celoso Extremeño, El Licenciado Vidriera, El coloquio de los perros y La Tía Fingida*. Aguilar, Madrid, 1965.
- Céspedes del Castillo, Guillermo.- *América Hispánica*. Labor, Madrid, 1984.
- Clemencín, Diego.- *Notas de la Edición IV Centenario de El Quijote*, Ediciones Castilla, S.A., Madrid, 1967.
- Cuenca, Humberto.- *La Universidad Colonial*. Biblioteca de la U.C.V., Caracas, 1967.
- De Coulanges, Fustel.- *La ciudad antigua*. Emecé Editores, S.A., Buenos Aires, 1951.

- De Miguel, Amando.- *La perversión del lenguaje*. Espasa Calpe, Madrid, 1994.
- De Torre, Guillermo.- *Historias de las literaturas de vanguardia*. Guadarrama, Barcelona, 1974.
- Díaz Sánchez, Ramón.- *Elipse de una ambición de poder*. Edime, Buenos Aires, 1966.
- Díaz-Plaja, Fernando.- *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*, Crónicas de la Historia. Edaf, Madrid, 1994.
- Diez-Echarri, Emiliano y Roca Franquesa, José María.- *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*. Aguilar, Madrid, 1966.
- Duvingaud, Jean.- *La Solidaridad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1990.
- Herrera Luque, Francisco.- *Los Viajeros de Indias*. Pomaire S.A., Barcelona, 1991.
- Los Amos del Valle*. Pomaire, S.A., Barcelona, 1989.
- La Luna de Fausto*. Pomaire, S.A., 1982.
- Huizinga, Johan.- *El Otoño de la Edad Media*. Alianza Editorial, Madrid, 1978.

Jiménez Arraiz, F. - *Estirpes Caraqueñas*. Acad. Nac. Hist., Año 1, Tomo 1, No. 1, Caracas, 1912.

Leal, Ildelfonso.- *Historia de la Universidad de Caracas (1721-1827)*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, Caracas, 1963.

Le Flem, Jean Paul.- *El Tiempo de las Ilusiones*. Historia de España. Labor, Madrid, 1984.

Le Goff, Jacques.- *Lo Maravilloso y Cotidiano en el Occidente Medieval*. Ariel, Madrid, 1986.

López-Morillas, Juan.- *Intelectuales y Espirituales – Unamuno, Machado, Ortega, Marías, Lorca*. Revista de Occidente, S.A., Madrid, 1961.

Manzano Manzano, Juan.- *América fue descubierta en 1494*. Acad. Nac. Hist. Ven., Caracas, 1984.

Maristany, Luis.- *El gabinete del doctor Lombroso*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1973.

Martínez Mígueles, Miguel.- *La Nueva Ciencia*. Editorial Trillas. México, 1999.

Montenegro, Juan Ernesto.- *El Palacio Arzobispal en la crónica caraqueña*.

Acad. Nac. Hist. Ven., Caracas, 1987.

Morón, Guillermo.- *En la Universidad de San Marcos*. Boletín de la Academia Nacional de la Historia Ven. Caracas, No. 251, Tomo LXIII, Julio-Septiembre 1980.

Morón, Guillermo (Director).- *Historia General de América*. Ediciones de la Presidencia de la República, Año Bicentenario del Natalicio del Libertador. Academia Nacional de la Historia, Caracas. 199_

Mota Salas, Julián.- *Miguel de Cervantes Saavedra*. Editorial Renacimiento, S.A., México, 1965

Ojer, Pablo y Subero, Efraín.- *Un Poema de Pedro de la Cadena*. Universidad Católica “Andrés Bello” (UCAB), Caracas, 1976.

Ordaz, Ramón.- *El Pícaro en la Literatura Española*. Revista Fontus, No. 2, Universidad de Oriente (UDO), Cumaná, 1998.

Oviedo y Baños, José.- *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*. Monte Avila, Caracas, 1974.

Pardo, Isaac J. - *Introducción a Elegía de Varones Ilustres de Indias de Juan de Castellanos*. Acad. Nac. Hist. Ven., Caracas, 1984.

Parker, Alexander.- *Los Pícaros en la Literatura*. Gredos, Madrid, 1975.

- Pelorson, J.M.- *Aspectos Ideológicos, La Frustración de un Imperio*. Historia de España. Labor, Madrid, 1984.
- Pereira, Gustavo.- *Costado Indio*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2001.
- Pérez, Joseph.- *España Moderna (1474-1700), aspectos políticos y sociales*. Historia de España. Labor, Madrid, 1984.
- Picón Salas, Mariano.- *De la Conquista a la Independencia*. Fondo de Cultura Económica, México, 1950.
Comprensión de Venezuela. Monte Ávila Editores, Caracas, 1976.
- Rama, Ángel.- *Rufino Blanco Fombona y El Egotismo Latinoamericano*. Separata de la Universidad de Carabobo, Valencia, 1975.
- Ramos Martínez, José Antonio.- *Memorias para la Historia de Cumaná y la Nueva Andalucía*. UDO, Cumaná, 1970.
- Rico, Francisco.- *La Novela Picaresca y el punto de vista*. Seix Barral, Barcelona, 1976.
- Rodríguez Prampolini, Ida.- *Amadices de América*. Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", Caracas, 1975.
- Selke, Ángela.- *El Santo Oficio de la Inquisición*. Guadarrama, Madrid, 1968.

Torres Rivero, Jesús.- *Antológica*. Editorial Rayuela. Caracas, 1996.

Uslar Pietri, Arturo.- *Letras y Hombres de Venezuela*. Edime, Buenos Aires, 1968

Nuestro Señor Don Quijote. Revista Nacional de Cultura, No. 225, Caracas, 1984.

Cuarenta Ensayos. Monte Ávila Latinoamericana, Caracas, 1990.

Vallenilla Lanz, Laureano.- *Cesarismo Democrático*. Ediciones de la revista Bohemia, Caracas, 1979.

Vargas Llosa, Mario.- *La orgía perpetua, Flaubert y "Madam Bovary"*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1975.

Vasconcelos, José.- *La Raza Cósmica*. Espasa Calpe, Madrid, 1948.

Vovelle, Michel.- *Ideologías y Mentalidades*. Ariel, Madrid, 1985.

(*) Cuando redactamos este ensayo no conocíamos la *Biografía de Antonio Leocadio Guzmán*, de Rogelio Altez, editada por la Biblioteca Biográfica Venezolana.

(**) Supimos de este texto sencillo por medio de su autora, Guillermina Ramírez, mujer del pueblo que en Cariaco (Estado Sucre) dirigía y actuaba la comparsa o diversión "Taparitas de Cariaco".

APÉNDICE

ESPAÑA, EL NUEVO MUNDO Y LOS ENCANTAMIENTOS

“Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi consciencia”

Don Quijote.

Después de haber desistido del cerco al *Krak des Chevaliers*, esperaba Saladino -en las cercanías de Trípoli- que aquel sirviente trajera noticias del caballero a quienes los normandos cruzados habían encarecido se entrevistase con él, pues le tenía impresionado su gallardía y valor; cuando, a la caída de la tarde entró en la tienda, la cabeza inclinada y mirada en tierra, el sirviente esperado, ordenándole el Califa que hablara.

“No ha mucho tiempo -dijo- llegó, sólo y no se sabe cómo, desde el país que está al norte de Al’Andaluz, a estas sagradas tierras de nuestros antepasados y, hoy, bajo tu poderosa guía ¡Oh Señor!, ése cuyo verdadero nombre es desconocido y a quien llaman El Caballero Verde; que asienta al descubierto y se distingue por ir siempre a la vanguardia en las batallas, separado de los demás infieles, pues no es de su talante pertenecer a grupos o escuadras, dicen que por voto que hiciera a una bella señora de su tierra. No más esto y de su valentía se sabe del tal caballero. Debe estar por llegar a nuestras tiendas”.

A un suave gesto de la mano de Saladino el sirviente salió de su presencia, retirándose igualmente inclinado, caminando hacia atrás. Y

dirigiéndose el Califa a uno de sus lugartenientes le ordenó que una vez llegado el caballero lo condujese a su presencia.

Cuentan que fue en el siglo XII (*), durante el verano de 1188, en las afueras de Trípoli, al descampado bajo la noche, a ruego del cruzado, -y habiendo quien jurara que por encantamiento- para no contar otros testigos que los astros del cielo, cuando tuvo lugar la entrevista entre El Caballero Verde y el Califa.

Nunca Saladino traicionó el secreto de lo que allí hablaron hasta el amanecer, cuando sobre su cabalgadura se dirigió hacia el mar aquel misterioso y valiente caballero andante. Y, muchísimo tiempo después se afirmaba entre los creyentes de Mahoma, que desde el campamento musulmán El Caballero Verde habíase transportado sobre un gran pájaro de arenas, que Saladino por arte nigromántico le había proporcionado, hacia una región encantada de España donde reposaría hasta que, pasados cientos de años, apareciera una doncella soñada de nombre “*músico y peregrino y significativo*”.

Ya había transcurrido más de un siglo de haber Colón topado con nuevas tierras; el *Mundo Novus* de Américo Vespucio había inspirado a Tomás Moro a escribir *Utopía*; la *Philosophía Christi* había conducido al Humanismo con Erasmo de Róterdam, Luís de Vives, Francisco de Vitoria y Alfonso de Valdés, entre otros, ya la “razón” pretendía imponerse a la imaginación; muchos años pasaron desde que el Papa Paulo III publicó la bula *Sublimis Deus* en la que prescribía la racionalidad de nuestros indios; había quedado atrás la polémica sobre guerras justas o injustas entre Ginés de Sepúlveda y Francisco de Vitoria, en la que intervino el Padre de Las Casas, quien a la postre logró la sanción de las humanitarias Leyes de Burgos y de Valladolid, que buscaban suavizar la barbarie de la conquista y, en consecuencia, proteger

a los indios americanos; habíanse sucedido la Dieta de Augsburgo y el Concilio de Trento; se había desatado la persecución religiosa por la Inquisición a partir de la Contrarreforma; había el catolicismo triunfado en Lepanto; y la Armada Invencible presa de los elementos. Ya España, por haber encontrado el Nuevo Mundo, hito que había producido la revolución cultural más grande de la historia del hombre, creíase predestinada a poner orden en el concierto de las naciones del mundo europeo, como lo señalara Campanella, sin embargo, lo que desató -por envidia de éstas- fue una serie de guerras, continuas y agotadoras, en suelo europeo, y el asalto y saqueo, de piratas, corsarios y bucaneros ingleses, franceses y holandeses, en mares y territorios americanos. Y el pueblo español, protagonista de pasadas glorias, amante de lo heroico y de la aventura, imaginativo e idealista, apasionado y místico, lejos de tener en su propio territorio riqueza y bienestar, se hacía cada vez más paupérrimo e infeliz; y aquellos hidalgos invencibles que habían luchado cuatrocientos años para hacer su reconquista y allende los mares iban creando un Nuevo Mundo, en su patria quedaban para ironía y sarcasmo de la picaresca. Bastó un poco más de una centuria para que la ética y valores nacionales que habían producido la gran gesta, creado el primer Estado moderno de Occidente y cambiado la concepción del universo, se fueran olvidando y sustituyendo, en gran medida, por lo trivial y la pomposa banalidad. Empero, América, el nuevo mundo, seguiría siendo fuente de las grandes inspiraciones e induciendo a construir la maravillosa utopía.

-----o-----

América es una invención de la palabra, una proposición del idioma castellano al que le adicionaron lo indígena y africano. Hubiera sido imposible

esta creación sin el espíritu aventurero, místico, ideal e imaginativo del español de los siglos XV y XVI y su aspiración a realizar hazañas de caballería andante. Porque, si bien es cierto que el origen de las novelas de caballería hay que situarlo en el norte de Europa, cuando se iniciaba al joven para la guerra; que ello se continuó en el norte de Francia, más concretamente, en Normandía, de donde saldrían los primeros caballeros a la conquista de Tierra Santa, y que fue durante las Cruzadas cuando se consolidó el material de la gran literatura caballerescas, al enriquecerse con aventuras fantásticas y la incitación femenil, agregados estos que, en nuestra opinión, provenían -si no totalmente, en mayor medida- del mundo oriental, de su literatura oral y escrita, la cual se remontaba a la griega, persa e hindú; sin olvidar que la compilación del material que conforma el superior monumento de la literatura árabe, *Las Mil y Una Noches*, comenzó a hacerse aproximadamente en el siglo X, de acuerdo con los eruditos investigadores; que la primera Cruzada es del siglo XI y que ésta fue la que proporcionó el ingrediente para el nacimiento de las canciones de gesta, con su héroe vuelto leyenda y hecho mito, Godofredo de Bouillón; no menos cierto fue, aunque tardíamente, el pueblo español quien hizo la más auténtica simbiosis con el ideal, conducta y estilo caballerescos.

Cuando ya la literatura caballerescas era apenas un recuerdo en el resto de Europa, en la España de los siglos XV y XVI se mantenía viva, presente, porque estaba reciente la enorme cruzada de su Reconquista, cercanos y paradigmáticos los héroes que la realizaron; y por ello el español se sintió predestinado para realizar la otra magna cruzada de imponerse en el mundo que había encontrado a este lado del Atlántico. Su espíritu cristiano, religioso, reforzado por más de cuatrocientos años de luchas en su propia patria, místico y providencial, fuera de toda “razón”, continuó su gesta intrépida en tierras del Nuevo Mundo. Añadiría, por tanto, a la gesta caballerescas contenida en

aquella literatura, el incomparable legado de su aventura de creación de este nuevo continente, que sobrepasaba -no hay dudas- toda imaginación contenida en los anteriores libros de caballería. El pueblo español, de esa época, por lo mismo, rechazaba la “razón”, la cual quedaba danzando entre los cerebros de los pocos erasmistas y el aparato del Estado. Bastaba un sueño, una ilusión, un ideal, para que el común de la gente se lanzara a su conquista, en especial, si ese sueño, esa ilusión y ese ideal se correspondían en primer lugar con la religión y con la posibilidad de lo heroico, que, en fin de cuentas, eran lo mismo para el español de aquel momento. La victoria de Lepanto acrecentó aún más este espíritu y anunciaba la magnífica aventura caballescaca de todos los tiempos: La aventura del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Porque, “...*mientras más portentosas las hazañas de los españoles, más naturales las de los caballeros andantes*” (**).

América fue aventura de ilusos. Sus protagonistas, hasta muy entrado el siglo XVI, no sabían siquiera que fuera un continente. Son sus cuentos y descripciones orales, sus historias de segunda mano escritas, sus increíbles aventuras dentro de crónicas que siguen siendo libros de caballería, son, en definitiva, las palabras, el idioma, lo que van creando la magnífica literatura que da lugar al continente americano. No otra cosa es, buscar la ideal manera de cristianizar a los indios, por la que vivió Las Casas en Cumaná, en el Caribe y Chiapas; buscar Ponce de León la fuente de la juventud en La Florida; la prodigiosa vida de Cabeza de Vaca, el perseguido de los huracanes, dioses de las tormentas; el quemar Cortés las naves y la noche triste y el salto de Alvarado; el perfumado cadáver de Martín Tinajero en la conquista de Venezuela; el asombroso periplo amazónico de Lope de Aguirre, El Peregrino; y perseguir los espejismos míticos de Manoa y El Dorado.

Si Cervantes, cristiano, iluso, peregrino, aventurero, valiente e idealista, dio a la luz *Don Quijote de la Mancha*, la mayor obra de la lengua castellana, no de otra manera podía ser, porque así fueron los españoles de los siglos XV y XVI, con una conducta entroncada entre el cristianismo y formas de vida de la Edad Media, cuyas hazañas basadas en esos ideales produjeron la portentosa historia de *Alonso Quijano El Bueno*. Vemos cómo desde su primera salida hasta su muerte, *El Quijote* fue capaz de convertir una cosa en otra, una persona en otra; llega un momento en que convierte a su propio autor y lo torna encantado, cuando éste llega a decir: “*En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quijote...*”, refiriéndose a la ventera, a su hija y a Maritornes, cuando éstas despedían desde la puerta de la venta al caballero, también encantado, a quien metían en la jaula para conducirlo a la vida “razonable” y burguesa de su casa manchega. Pero, por suerte, el hidalgo se resistía a ir contra su cultura y moral, de modo que prefiere seguir viviendo su vida de encantamiento, y así lo comunicaba a su escudero, quien ya hablaba de que todo en la venta era de encanto y del *moro encantado*, y, además, sufría el retardo que le podía hacer perder el gobierno de su ínsula, que era como si al pueblo se le alejara la oportunidad de acceder al ansiado poder, por eso “*Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste...*”.

Igual encantamiento resulta la aventura americana de los españoles. Aquí llegaron de todas partes de la península, gentes de toda índole, y sucedió que lo dramático de la aventura de *El Quijote* con el joven Andrés, se repitió en América con la imposibilidad de aplicación de las Leyes de Indias que pretendieron proteger a los indios del maltrato de los encomenderos. Porque una cosa es el ideal, el deber ser, la moral, y otra la degradante realidad de la condición humana. Pero no por esto el hombre debe renunciar al ideal, a lo

bello y a lo justo, precisamente a lo que aspiraba el *Ingenioso Hidalgo*; valores que retomarán los adalides de nuestra emancipación: Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins, Hidalgo, Martí y Sandino. Y fue también en este Nuevo Mundo donde se trocaron -por trastrueque- porqueros en virreyes y “mozas del partido” en marquesas. Y todo sucedió, visto en la palabra y a esta distancia, como por arte de encantamiento; en lamentables casos, por fantásticos y crudelísimos casos de encantamientos.

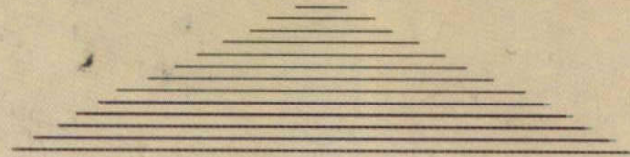
Y asumimos, junto con otros autores que lo han expresado antes que nosotros, que América hispana y su literatura han sido la continuación del ideal de la literatura caballerescas de los siglos XV y XVI españoles; y afirmamos aquí que nuestra literatura fantástica (española e hispanoamericana), si le hacemos un acertado camino inverso, descubriremos que tiene sus orígenes en los libros de caballería y en la literatura oral indígena y en la transcrita, en principio. Porque para nosotros, la llamada “literatura fantástica” que se inicia en Europa en el siglo XIX, no es más que una reacción formal, superficial, contra el racionalismo y el positivismo, que no contra la literatura realista que pueda contener una grandiosa fantasía, baste citar *El Quijote*; esa “literatura fantástica” no es tal, porque podremos decir de ella lo mismo que expresara el maestro Juan David García Bacca del erasmismo: “*que no pasa de ser un tema de opinión*”; igualmente, acogiéndonos a otra frase del maestro al referirse a lo que fue la caballería para Cervantes, podemos aseverar de nuestra literatura fantástica (española e hispanoamericana) que ésta es “*un tema vital*”(***)).

(*) Runcinam, Steven.- *Historia de Las Cruzadas*, Tomo 3, El Reino de Acre y las últimas Cruzadas. Revista de Occidente, Madrid, 1958.

(**) Rodríguez Prampolini, Ida.- *Amadises de América*. Ediciones del CELARG, Caracas, 1977.

(***) Ibidem, Juan David García Bacca citado por la autora,

La Huella Insondable



Es un libro que propone una relectura de lo que en parte somos, especialmente los venezolanos, como herencia histórica y social mestiza. Sin aspirar a que éste sea un trabajo de rigor investigativo y académico, ni pretender, en ningún momento, afirmar una respuesta definitiva, a partir de la literatura, y en especial de la obra de Cervantes, el texto irá describiendo el fresco de una mentalidad, una actitud y un comportamiento, de un temperamento y de unas ambiciones, que eran propias de aquellos osados personajes que se lanzaron a descubrir la pasión americana, que son irremediablemente nuestros antepasados a los que no podemos dejar de reconocer, y a quienes, sin embargo, a través de algunos personajes cervantinos aquí expuestos, podríamos hoy ser

nosotros los que los descubriéramos a ellos. Vinieron y, aparte de lamentables sucesos cruelísimos, no pudieron eludir la aventura erótica y lujuriosa de la condición humana, al principio fusionándose con lo indígena y más tarde con la brasa africana, produciéndose la coalescencia, nuestra condición mestiza. Y hoy, que en nuestro país la irresponsabilidad e ignorancia pretenden dividirnos en antiguas calificaciones de castas, se hace más urgente que nos veamos en el espejo de lo que verdaderamente somos y, asumamos, como aspiraba Mariano Picón Salas, la tan deseada conciliación mestiza.

